

# ALIENÍGENAS II

**José Carlos Canalda**



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
EN LAS RIBERAS DEL OCÉANO DE LAS GALAXIAS	4
GLOBALIZACIÓN	8
INVASIÓN FALLIDA	9
EL CAJERO AUTOMÁTICO	10
CORTOCIRCUITO	12
SIERVOS Y SEÑORES	17
NO HAY ENEMIGO PEQUEÑO	22
CONTACTO FALLIDO	25
ERROR DE CÁLCULO	33
RESULTADO IMPREVISTO	37
MALA SUERTE	46
RESERVA DE CAZA	47
LAS EXTINCCIONES MASIVAS	48
XENORGASMO	50
CABALLO DE TROYA	65
VISITA EXTRATERRESTRE	68
ATENTADO ECOLÓGICO	72
BIENVENIDOS A LA GALAXIA	74
LA ZANAHORIA	75
UNA VIDA MUELLE	85
UN CONCURSO UNIVERSAL	89
NO ESTAMOS SOLOS	90
BIENVENIDOS A LA TIERRA	92
UN PROBLEMA TEOLÓGICO	94
SUPERPOBLACIÓN	98
POR FAVOR, AGUARDE SU TURNO	99
REQUIESCAT IN FAUCES	101

IMPROVISACIÓN	103
LA IMPORTANCIA DE SABERSE EXPLICAR	107
MILES GLORIOSUS	108
EL INTRUSO SIDERAL	110
ALIENÍGENAS GOURMETS	115
INSPIRACIÓN	116

## PRESENTACIÓN

Uno de los tópicos más comunes de la ciencia ficción es el del encuentro -y en muchas ocasiones choque- de la humanidad con civilizaciones extraterrestres, o alienígenas tal como se dice ahora.

Como cabía esperar yo no me podía sustraer a esta tentación, por lo que un número relativamente elevado de mis relatos abordan precisamente esta temática... aunque siempre, eso sí, dándoles mi toque personal, en ocasiones humorístico e incluso mordaz. Porque las cosas no siempre tienen que ser necesariamente tal como nosotros las esperábamos.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he repartido en dos volúmenes, siendo éste el segundo.

*José Carlos Canalda*

## EN LAS RIBERAS DEL OCÉANO DE LAS GALAXIAS

-Es evidente que los extraterrestres no existen.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -pregunté a mi vehemente amigo.

-Porque no contamos con la menor prueba de ello. -aseveró con aplomo- O, mejor dicho, todas aquellas que se han intentado esgrimir como tales han resultado ser falsas, cuando no fraudulentas.

-En eso estoy de acuerdo contigo. -concedí de buena gana- Y desde luego, toda esa caterva de iluminados, pícaros y embaucadores que lograron poner de moda temas tales como los ovnis, los astronautas prehistóricos y demás parafernalia por el estilo, por supuesto siempre en beneficio propio, han hecho mucho daño a la investigación seria de estos fenómenos. Pero esto no quiere decir que...

-No quiere decir nada. -me interrumpió- Porque, insisto en ello, no existe ni un solo caso real cuya certeza haya podido ser constatada.

-Que no tengamos pruebas no quiere decir que no existan; lo único que demuestra esto es que, al día de hoy, no nos ha sido posible encontrarlas. -objeté, empeñado en ejercer de abogado del diablo.

-Bobadas. -su tesón era realmente berroqueño- Tendríamos que haberlos visto siquiera alguna vez, deberían haber dejado algún rastro... auténtico, por supuesto. -remachó- Es de todo punto imposible que hayan podido pasar por aquí sin que quedara el más mínimo vestigio de su presencia.

-Puede que pusieran especial interés en evitarlos...

-Sí, ya lo sé, conozco esa teoría que afirma que los extraterrestres nos observan a distancia, evitando cuidadosamente ser descubiertos para no influir en nuestra evolución... se trata de una excusa muy hábil, pero no me convence. No se puede estudiar un sistema sin interactuar de algún modo con él, como muy bien saben los naturalistas cuando investigan la vida de los animales; aunque procuran no perturbarlos en su hábitat natural, las interferencias no se pueden suprimir en su totalidad por mucho que se minimicen. Y nosotros, convendrías en ello, seríamos lo suficientemente perspicaces como para darnos cuenta de ello o, cuanto menos, para sospecharlo; demonios, no somos ni focas ni avestruces...

-¿Tú crees? -le rebatí.

-¿Cómo puedes decir eso? -se revolvió furioso- Tendrás que darme una buena razón para convencerme.

-Como quieras. -sonreí- Pero para ello, tendrás que renunciar a cualquier tipo de antropocentrismo previo.

-¿Qué pretendes decirme? -preguntó suspicaz.

-Algo tan sencillo como que, si dejáramos de considerarnos el ombligo del universo, quizá podríamos llegar a entender las verdaderas razones por las que no hemos sido capaces de descubrir la existencia de nuestros hipotéticos vecinos cósmicos... a lo mejor resulta que todo se debe a que no somos lo suficientemente importantes como para encontrárnoslos en nuestro camino.

-¡Bah! -bufó con desprecio- Eso que dices es completamente absurdo. Admito que, para los parámetros de una raza capaz de viajar por las estrellas, nosotros no pasáramos de ser una tosca y atrasada raza primitiva, ¿pero eso qué demuestra? Hasta los integrantes de la más remota tribu amazónica serían capaces de percibir que los visitantes blancos provenían del exterior de la selva, y desde luego en caso de intentar pasar desapercibidos no serían los exploradores occidentales quienes lo consiguieran sino antes bien al contrario, y el caso que estamos considerando no tendría por qué ser demasiado diferente.

-Mi querido amigo, -respondí displicente- olvidas que, aun rebajándote a la categoría de hombre primitivo, a escala galáctica por supuesto, sigues pecando de antropocentrismo. ¿Acaso no eres capaz de imaginar que los humanos no alcanzáramos a ser ni tan siquiera eso?

-Vaya, o mucho me equivoco, o intentas reducir al hombre a la categoría de mero animal... -ironizó.

-¿Y por qué no? -porfié.

-En poca estima te tienes... En cualquier caso, -insistió- incluso los animales son relativamente capaces de percibir las perturbaciones artificiales de su entorno... a no ser, claro está, que reduzcas a la humanidad a la categoría de percebes...

-En realidad no es necesario llegar a tanto. -concedí- Tenemos ejemplos más cercanos, y más familiares, como es el caso de las ratas de alcantarilla.

Mi amigo se echó a reír a mandíbula batiente. Cuando finalmente pudo contenerse, entre jadeos, exclamó:

-Muy divertida la comparación. Así que nosotros... así que nosotros...

Y estalló de nuevo en carcajadas. Pero al ver el semblante serio de mi rostro, acabó preguntándome desconcertado:

-¿Y en qué te basas para decir eso?

-Tan sólo pretendía ponerte el ejemplo de una especie animal capaz de vivir a nuestro lado sin necesidad de interactuar con nosotros... no es difícil imaginar que muchas ratas puedan nacer, vivir y morir sin haber visto un humano en su vida, por más que sus madrigueras se encuentren en el corazón mismo de nuestras ciudades.

-¡Para el carro! -de nuevo había retomado los bríos tras su momentánea desorientación- Eso que afirmas es cierto, no lo discuto, pero no menos cierto es también que muchas ratas sí tienen ocasión de vernos, no sólo en el interior de las alcantarillas... a los poceros, claro, sino también fuera de ellas; porque las ratas salen a la calle, no me lo negarás...

-Claro que no, se trata de algo evidente. -concedí- Precisamente por eso es por lo que las perseguimos, porque podrían acabar convirtiéndose en una plaga. Pero imagina por un momento que las ratas, por la razón que fuera, no abandonaran jamás la seguridad de sus tranquilas alcantarillas y vivieran la totalidad de su existencia en el interior de las mismas... ellas jamás verían a un humano salvo, claro está, a los poceros, algo que según los parámetros de sus cortas vidas tan sólo ocurriría de forma excepcional. Y como tampoco invadirían el hábitat de sus anfitriones, no serían perseguidas por éstos. Para la inmensa mayoría de la población roedora, en consecuencia, los humanos ni existirían siquiera... lo cual, evidentemente, no concordaría con la realidad.

-No se puede negar que el cuento te ha quedado muy bonito. -gruñó, al tiempo que se removía inquieto en su asiento- pero por desgracia, tu argumentación tiene un fallo grave.

-¿Cuál? -pregunté fingiéndome ignorante.

-Está claro; tal como acabo de decir, las colonias de ratas siempre acaban saliendo tarde o temprano de las alcantarillas, supongo que a causa de la escasez de comida, del aumento de población o de ambas cosas a la vez... por esta razón, resulta ilógico presumir que se fueran a mantener escondidas en sus seguros refugios de manera indefinida. Aplicándolo a tu analogía, ¿no sería inevitable que los humanos acabáramos tropezando algún día con esas hipotéticas razas galácticas en cuyas alcantarillas cósmicas habríamos estado viviendo hasta ahora sin saberlo? Al fin y al cabo ya hemos sido capaces de explorar la casi totalidad del Sistema Solar con nuestras sondas espaciales; el resto es tan sólo cuestión de tiempo.

-Por supuesto. -respondí con tanto aplomo que el cuerpo de mi amigo se estremeció de parte a parte sin que él fuera capaz de evitarlo- Por supuesto.

-¿Quieres decir que...? -preguntó con un hilo de voz antes de sumirse en un ominoso silencio; al parecer, estaba empezando a comprenderlo.

-Así es. -reconocí- Cuando las ratas comienzan a salir de sus madrigueras comienzan a convertirse en una molestia, cuando no en un peligro, y por lo tanto es entonces cuando han de ser exterminadas en prevención de que pudieran acabar transformándose en una plaga.

-Y nosotros... -dejó la frase inconclusa.

-La humanidad está empezando a abandonar la seguridad de las alcantarillas. -sentenció, remarcando ya sin disimulo mi distanciamiento de la primera persona del plural al referirme a ella- Y la gente de allá afuera ha comenzado a alarmarse. Por eso me enviaron a investigar aquí antes de que fueran adoptadas las medidas pertinentes.

\* \* \*

Una semana después según el calendario terrestre, y ya desde la cómoda lejanía de nuestra base lunar, pude ser testigo privilegiado de la esterilización del planeta. Por fortuna mi desagradable misión de *pocero* -vaya, se me había pegado el impremeditado símil- había concluido ya, pero necesitaría un período de reposo bastante prolongado para poder recuperarme tanto física -en el sentido literal de la palabra, dado que adoptar la morfología de los humanos me había resultado extremadamente incómodo- como mentalmente, a causa de la repugnancia que había tenido que vencer a la hora de habitar, siquiera de forma temporal, en mitad de tanta inmundicia haciéndome pasar por uno de ellos. Pero la misión había merecido la pena, ya que gracias a mis informes la amenaza de esa plaga potencial había sido conjurada de forma satisfactoria antes de que pudiera llegar a ser demasiado tarde.



## GLOBALIZACIÓN

-Disculpe, caballero. -exclamó una voz atiplada- ¿Sería tan amable de indicarme el camino hacia el astropuerto más cercano? Me temo que he debido de despistarme...

Sorprendido por tan extraña pregunta, abandoné el ensimismamiento en el que había estado sumido al constatar que ésta iba dirigida precisamente a mí... descubriendo con perplejidad que mi interlocutor era un ser de baja estatura -no llegaría ni al metro y medio-, piel de tonos mostaza moteados en violeta, dos tentáculos superiores al parecer prensiles, una corona de cinco o seis inferiores sobre los que se apoyaba el rechoncho -y aparentemente desnudo- cuerpo, y dos eréctiles antenas sobresaliendo de lo que supuse sería la cabeza. Los ojos, o algo que se les parecía, se encontraban situados justo en los extremos de las antenas. No pude identificar, por el contrario, la boca ni ninguna otra cosa que pudiera ser considerada como un aparato fonador, por lo que supuse -no me pregunten como- que se habría dirigido a mí merced a algún tipo de telepatía.

Perplejo por la naturaleza del individuo, pero tranquilizado por su exquisita amabilidad, le respondí:

-Lo lamento mucho, señor, pero no tengo noticias de que existan unas instalaciones de esa naturaleza en todo el planeta; debe de haberse equivocado.

-¿Cómo? -exclamó sorprendido- ¿No nos encontramos en XP-47925/7Q, tercer brazo de Orión?

-Que yo sepa no... Esto es la Tierra, Sol III, Vía Láctea...

-¡Oh, no! -se lamentó desolado al tiempo que su color se tornaba gris ceniciento- Estos chapuzas de la agencia de viajes han vuelto a meter el tentáculo. ¡Se van a enterar, como que me llamo Xjrrrrpwwq!

Dicho lo cual se perdió entre la multitud que abarrotaba la plaza dejándome con la palabra en la boca. Realmente, parecía estar bastante *cabreado*.

## **INVASIÓN FALLIDA**

Los Xxrijps, la raza más belicosa de todo el universo conocido, sufrieron el primer fracaso de su larga trayectoria como conquistadores en su intento de apoderarse de la Tierra.

Y es que con cruceros de cinco centímetros de longitud, por muy bien armados que estuvieran, les resultó materialmente imposible derrotar a los gigantescos nativos.

## EL CAJERO AUTOMÁTICO

-Di, papá, ¿quién le da dinero a ese señor por la ventana?

La *ventana* era un cajero automático que acababa de usar un cliente. El padre, tras dudar durante unos segundos, respondió:

-¿Quién va a ser? Un enanito que está escondido allí dentro... una persona normal no cabría, eso es muy estrecho.

Al fin y al cabo su hijo tenía tan sólo cinco años, y no era cuestión de llenarle la cabeza con abtrusos conceptos informáticos que ni siquiera él era capaz de comprender demasiado bien.

-¿Cómo los enanitos de Blancanieves? -se entusiasmó el pequeño.

-Bueno, no exactamente... -dudó su progenitor, atrapado por la implacable lógica infantil- sí, en realidad es algo parecido, pero en moderno. Entonces no se habían inventado todavía los cajeros automáticos.

-¡Ah, ya! -admitió el niño, pese a no haber entendido nada en absoluto; aún no era capaz de cuestionar la infalibilidad paterna.

Y ambos doblaron la esquina, alejándose calle adelante. Instantes después se entreabría una trampilla situada en la base del cajero, de la cual surgió con sigilo una figura de no más de un metro de estatura que, tras atisbar cuidadosamente a uno y otro lado para comprobar la ausencia de posibles testigos molestos, cerró apresuradamente la trampilla y, corriendo a toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas, se escabulló en dirección a un portal cercano perdiéndose en la oscuridad del zaguán.

Si alguien le hubiera observado, habría podido oírle mascullar unas palabras que le resultarían ininteligibles, y que traducidas vendrían a equivaler a:

-Harto estoy ya de tanto espionaje idiota y sin sentido. ¿Cuándo entenderán que la Tierra es un planeta tan primitivo que la invasión va a resultar un juego de niños? ¿Para qué tanto empeño en retrasarla mientras nos siguen teniendo aquí recabando una información inútil? Si fueran ellos los que, en lugar de estar todo el día sentados en sus cómodos sillones allá en Xfrxpq, tuvieran que pasarse tantas horas encerrados aquí dentro aguantando a estos estúpidos terrestres, seguro que se habrían dado bastante más prisa. Pero no, mientras tengan imbéciles para hacer el trabajo sucio, ellos tan contentos. Y hala, después de echar la meada, otra vez al ataúd... ¡Maldita sea!

Mientras tanto, en la pantalla del aparato campeaba la siguiente advertencia:

**CAJERO AUTOMÁTICO TEMPORALMENTE FUERA DE SERVICIO  
DISCULPEN LAS MOLESTIAS  
EN BREVE VOLVEREMOS A ATENDERLOS**

## CORTOCIRCUITO

Aunque me avergüence reconocerlo, me veo obligado a admitir que acabé encariñándome a mi modo de los terrestres. Esta afirmación escandalizaría sin duda a cualquiera de mis colegas, imbuidos como están del sacrosanto precepto que con tanta insistencia nos inculcaban a todos ya desde nuestros primeros días en la Academia: un controlador jamás tiene que dejarse llevar por el más mínimo sentimiento de afecto hacia los sujetos que investiga. Esta prohibición tiene, como es natural, su justificación: tan sólo podrás desempeñar de forma objetiva tu trabajo si eres capaz de mantener una distante indiferencia hacia unos seres que, posiblemente desde su punto de vista, se verán perjudicados de una u otra manera por tu intervención.

Esto es cierto, lo entiendo y, aún más, hasta el inicio de esta misión yo estaba convencido de ello, a pesar de no ser precisamente un novato sino un agente veterano con una larga y brillante hoja de servicios a mis espaldas. Pero los terrestres eran especiales, jamás hasta entonces me había encontrado con una raza como ésta, y la marca que dejaron en mí, mucho me temo, será indeleble. Por lo demás, poco me importa ya que mis superiores descubran este aparente signo de debilidad, dado que he decidido renunciar a mi carrera de controlador. Poco me importa, pues, la posible amenaza de un expediente, una sanción o incluso el castigo extremo de la expulsión del Cuerpo, ya que yo me adelantaré de forma voluntaria a todas ellas.

¿A qué se debe esta aparente crisis de identidad? En un principio los terrestres no eran, según los informes llegados a nuestro departamento, sino una de tantas razas semirracionales que abundan a lo largo y ancho del universo, de todas las cuales las estadísticas indican que tan sólo una mínima parte logrará franquear el umbral de la civilización pasando a integrarse por derecho propio en el seno de la comunidad galáctica, tal como lo hiciera hace ya tanto tiempo mi propia especie. En cuanto al resto, la mayoría se limitará a cumplir su ciclo vital sin interferir fuera de los estrechos límites de sus respectivos sistemas planetarios. Claro está que siempre resta una minoría capaz de crear problemas, y es entonces cuando entramos en escena los controladores, también motejados por nuestros críticos, no sin razón aunque las connotaciones empleadas por ellos sean claramente negativas, los esterilizadores.

Ésta es en esencia nuestra labor, la de controlar a toda aquella especie susceptible de convertirse en una plaga adoptando los medios necesarios para conjurar la amenaza, los cuales suelen ser, por lo general, la esterilización del planeta de origen de las mismas, tal como se acabó haciendo en la Tierra. Evidentemente antes de proceder a una decisión tan drástica e irreversible es necesario realizar un estudio de campo, y eso sólo lo podemos hacer los controladores, convenientemente mimetizados, desplazándonos hasta el planeta objeto de estudio para una vez allí, camuflados entre la población local, recabar toda la

información necesaria hasta que el informe queda terminado. Sólo si éste determina que la raza dominante local es susceptible de convertirse en plaga se procede a la esterilización del planeta, cuidando de que abarque a la totalidad de la población dado que, de no ser así, la plaga podría acabar rebrotando tarde o temprano, con lo que el esfuerzo habría resultado baldío. Ese trabajo sucio no lo llevamos a cabo los controladores sino los ejecutores, pero es responsabilidad nuestra que tenga lugar o no.

Yo fui uno de los controladores que investigaron en la Tierra, tal como he dicho. En realidad inicié mi labor en el convencimiento de que se trataba de una misión rutinaria más, en nada diferente a cualquiera otra de las anteriores; ¡cuán equivocado estaba! Los terrestres, tal como pronto tuve ocasión de comprobar, presentaban varios rasgos típicos de las razas preplaga: pese a lo efímero de sus ciclos vitales -mi estancia allí, pese a no ser demasiado prolongada, abarcó varias de sus generaciones, obligándome a cambiar de identidad cada cierto tiempo para no levantar sospechas por mi inusitada longevidad conforme a los parámetros locales-, su extremada prolificidad compensaba con creces este inconveniente, de modo que cuando llegamos allí ya padecían unos preocupantes índices de superpoblación a los que se sumaban, agravando el problema, la esquilmación feroz de los recursos naturales y la degradación sin freno del medio ambiente, todo lo cual presagiaba un futuro ciertamente sombrío.

Si los terrestres no hubieran resultado ser tan peculiares no habríamos tenido demasiado problemas, ya que la crisis habría tendido a resolverse por sí sola sin necesidad de intervención alguna por nuestra parte; tal como solemos decir en estos casos, aunque por su vulgaridad procuramos utilizar la expresión tan sólo entre nosotros, los terrestres habrían acabado ahogándose en su propia mierda, y asunto solucionado. Por si fuera poco, comprobamos también que el potencial autodestructivo de estos especímenes era excepcionalmente alto, de modo que las matanzas entre sus diferentes tribus habían actuado tradicionalmente a modo de eficaz método de control de la natalidad, habiendo estado a punto incluso, poco antes de nuestra llegada, de arrasar el planeta gracias a su irresponsable utilización con fines bélicos de la entonces recién descubierta energía nuclear.

Pero no, pese a todos los indicios, los terrestres no estaban en modo alguno dispuestos a evitarnos todas las molestias de nuestro trabajo. Una vez establecida nuestra red de investigación, pronto descubrimos que, una vez superado el riesgo de un conflicto global -aunque persistían los locales en toda su tradicional virulencia-, los terrestres no sucumbirían como especie, ni tampoco volverían a sufrir un colapso tecnológico o cultural, como había sucedido en varias ocasiones a lo largo de su corta historia, que retrasara siquiera lo que pronto comprendimos que resultaría inevitable: el desbordamiento de su esquilmado planeta y su conversión en plaga que, si no poníamos los medios para evitarlo, acabaría extendiéndose por todo el sector estelar vecino.

Esto era algo que de ningún modo podíamos consentir, máxime cuando el potencial atávico de estos seres se reveló ser inusitadamente elevado. Por sorprendente que resulte, y supongo que nuestros estudiosos tendrán material de sobra para sus investigaciones durante bastante tiempo gracias a la ingente cantidad de información que les suministramos, los terrestres conjugaban un acendrado primitivismo con un desarrollo tecnológico insólito en una raza de sus características, sin que existiera precedente alguno en toda la historia del Cuerpo. De hecho, hasta a un profano le llamaría la atención que unos salvajes de tal calibre pudieran ser capaces de saltar fuera de su sistema planetario en estadios tan primitivos de su evolución, algo todavía más llamativo si cabe teniendo en cuenta que este inusitado desarrollo tecnológico había tenido lugar en el transcurso de un breve ciclo de generaciones... sin que en tan breve lapso de tiempo los siempre lentos mecanismos evolutivos hubieran sido capaces de atemperar, como cabe suponer, sus atávicos instintos primordiales.

Las conclusiones del informe, pues, no podían ser otras que las de recomendar la esterilización inmediata del planeta, dado que el peligro era tan cierto como evidente. De hecho, pocas veces en la historia del Cuerpo sus responsables habían estado tan seguros de la sentencia. Yo también estuve conforme con las conclusiones del resto de mis compañeros, pero a diferencia de ellos no deseaba la esterilización de los terrestres pese a estar plenamente convencido de la peligrosidad de los mismos. ¿Qué me inducía a ello? Pues algo tan sencillo como la certeza de que el azar había puesto en nuestro camino un caso único en toda la galaxia, de modo que esterilizando la Tierra acabaríamos con una de las razas más vigorosas y emprendedoras, pese a sus evidentes lacras, que jamás había surgido sobre la faz del universo. Dicho con otras palabras, renunciaríamos a una savia nueva de la cual podríamos llegar a estar muy necesitados.

Mirémonos a nosotros mismos, las orgullosas razas que conformamos la comunidad galáctica. Somos civilizados, nuestra tecnología nos proporciona todo cuanto necesitamos, y nuestras vidas transcurren con una placidez exenta por completo de sobresaltos. La situación, a priori, no puede parecer más perfecta. Pero, ¿somos felices? Muchos de nosotros lo afirmarían sin titubear un solo instante, pero yo comienzo a tener mis dudas. Pese a nuestra aplastante prosperidad, o quizá precisamente a causa suya, ¿no estaremos empezando a estancarnos? ¿No habremos perdido ya, de forma irreversible, el vigor de la juventud y, con él, la posibilidad de eludir los primeros síntomas de una preocupante decadencia, camino seguro hacia la extinción? Existen ya pensadores que están convencidos de ello.

Sin embargo, vigor era lo que les sobraba a los impetuosos terrestres. Cierto que con él iban entreverados esos desagradables instintos agresivos que tanto nos repelían, pero ¿por qué no darles una oportunidad? ¿Por qué no otorgarles un margen de confianza dejando que esas afiladas aristas se fueran limando por sí solas? Es verdad que no existía ningún precedente de evolución de ese tipo, pero no menos cierto era también que jamás nos

habíamos encontrado con una raza igual a la terrestre, con lo cual de esterilizarlos perderíamos una ocasión única difícilmente repetible en un futuro. Desde mi punto de vista, pues, merecería la pena intentarlo, aplazando la esterilización hasta que no se tuviera la certeza de que su evolución había llegado a un callejón sin salida conforme a nuestros intereses.

Además, el riesgo a correr sería limitado y en modo alguno peligroso, por más que a nuestros superiores les hubiera entrado la histeria. En realidad, aunque desbordaran las fronteras de su planeta poco daño podrían hacer, dado que los planetas habitados más cercanos seguirían encontrándose fuera de su alcance durante al menos bastante tiempo, mientras que todo lo que pudieran llegar a destrozar en el curso de su expansión sería fácilmente reparable una vez evacuados de allí.

Entonces, ¿a qué venía tanta prisa? ¿Por qué esa interpretación tan tajante e inflexible de una normativa que había sido redactada antes de conocerse un caso tan singular como el terrestre? Así lo expresé en el voto particular que incluí en mi informe, sin que sirviera para alcanzar el menor resultado positivo. Es por ello por lo que he decidido abandonar el Cuerpo, dado que estimo que hemos echado a perder una ocasión única para estudiar una raza tan singular como la terrestre; aunque mucho me temo que, de volvernos a encontrar en una situación similar, lo más probable sería que la malográramos de nuevo.

Nada pude hacer, pues, por evitarlo, y la totalidad de la población de la Tierra fue finalmente esterilizada. Ahora los terrestres son felices, dicen los defensores de tan drástica medida; sus cerebros están libres de instintos atávicos, ha desaparecido su agresividad por vez primera en su historia, y su comportamiento hacia sus propios congéneres, hacia el resto de las especies con las que comparten su hábitat e incluso hacia ese mismo hábitat es ahora infinitamente más respetuoso de lo que lo fuera antes. Problemas tales como la superpoblación, las guerras y la contaminación pertenecen ya al pasado, y su nivel medio de vida se ha incrementado en proporciones espectaculares a la par que desaparecían las enormes diferencias que antaño existieran entre unas tribus y otras. Asimismo, y en realidad esto era lo único importante para los anquilosados gobernantes galácticos, han abandonado para siempre sus pretensiones de abandonar su sistema expandiéndose por el universo.

La amenaza ha sido conjurada, eso es cierto, pero ¿a qué precio? Los terrestres son ahora una raza mansa y tranquila incapaz de causar el menor daño ni a ellos mismos ni a nadie, pero a la par que sus defectos han perdido también todas las inquietudes que les impulsaban hacia delante, las mismas que les habían encaminado en la senda del progreso en una mínima fracción de tiempo del que necesitara una cualquiera de las orgullosas razas de la comunidad galáctica, algo en lo que por desgracia nadie parece haber reparado. Los hemos lobotomizado, tal como denuncian las asociaciones de disidentes que, pese a todo, todavía existen en el seno nuestra conformista sociedad, esos que siempre hemos tomado



por locos por oponerse a las esterilizaciones planetarias y que, sin embargo, ahora estoy convencido de que tenían razón.

Hemos exterminado una especie. No físicamente, faltaría más; seríamos incapaces de ello en nuestra civilizada e hipócrita piedad. Los terrestres siguen existiendo, extrañados quizá del brusco giro que han dado sus vidas pero ignorantes por completo de las causas que lo han producido. Pero los seres que ahora habitan en ese pequeño planeta no son ya sino los espectros de sus orgullosos antecesores, meros cascarones vacíos de los que desapareció de forma irreversible esa chispa que los hacía únicos. Sus cuerpos siguen siendo los mismos, para tranquilidad nuestra, pero sus mentes, por desgracia, ya no.

## SIERVOS Y SEÑORES

### INFORME DE LA MISIÓN EXPLORATORIA XB-403 AL PLANETA 3/87,5ρ/-63,42φ/4.605e<sup>m7</sup> (\*)

#### **Aarfgñpj, comandante-jefe de la unidad exploradora Auuhj**

Conforme a las instrucciones recibidas, nos dirigimos al planeta referido por las coordenadas estelares arriba indicadas, con objeto de realizar una exploración del mismo. Gracias a los datos previos remitidos por sondas rastreadoras no tripuladas, se había llegado a la conclusión de que se trataba de un astro que presentaba grandes posibilidades de albergar condiciones adecuadas para la vida.

El sistema planetario tiene una estructura correspondiente al modelo 3-A, con un grupo de planetas interiores de naturaleza rocosa y otro exterior formado por gigantes gaseosos, junto con dos anillos asteroidales principales, el primero rocoso sirviendo de límite entre los dos grupos planetarios y el segundo, ocupando los límites exteriores del sistema, constituido principalmente por hielos condensados de materiales volátiles.

El planeta XB-403 (en aras de la sencillez, en adelante nos referiremos a él con las siglas de la misión en lugar de por sus complicadas coordenadas espaciales), gira en torno a una estrella amarilla de parámetro de convergencia 0,97, siendo el tercero en orden de distancia al sol (excepción hecha de un puñado de pequeños asteroides sin la menor importancia) y el penúltimo de los rocosos. Cuenta con un único satélite de gran tamaño (relación de masas 81:1, relación de volúmenes 49:1). Se trata de un astro muerto carente de atmósfera que orbita a una distancia media de 60 radios planetarios, lo que implica la existencia de unas apreciables fuerzas de marea gravitatoria en la superficie del planeta.

XB-403 tiene un diámetro de 0,95 Unidades Planetarias Normalizadas y una gravedad superficial de 1,07 UPN. Su inclinación orbital de 2,6 décimas de cuadrante y la duración de su día (1,16 UPN) hacen que los ciclos térmicos diario y anual caigan dentro de los valores considerados compatibles con la vida, al tiempo que permiten la existencia de grandes cantidades de agua en estado líquido que ocupan aproximadamente las tres cuartas partes de la superficie total excepto en los dos casquetes polares, donde existen grandes depósitos en forma de hielo. Otros detalles dignos de interés son la atmósfera, de composición tipo B6, con grandes cantidades de oxígeno libre de origen biológico, y

---

\* En aras de una mejor comprensión, tanto los caracteres alfanuméricos como las coordenadas espaciales han sido transcritos a notaciones familiares para el lector. Asimismo, la transcripción fonética de los nombres propios se ha realizado de la manera más aproximada posible teniendo en cuenta la gran diferencia existente entre ambas lenguas.

presión a cota cero (determinada por el nivel medio de la superficie acuática) de 0,937 UPN, siendo inapreciable la existencia de componentes minoritarios tóxicos o peligrosos, o la presencia de un campo magnético propio (lo que indica la existencia de un núcleo férrico de considerable extensión) capaz de frenar la mayor parte de las partículas de plasma solar. En resumen (un informe detallado de todos los parámetros planetarios medidos durante el transcurso de la misión puede ser consultado en el anexo 1), puede concluirse que XB-403 reúne todos los requisitos precisos para considerarlo como potencialmente apto para la vida humana.

Ya en las primeras exploraciones telescópicas efectuadas desde la órbita se pudo comprobar la existencia de vida animal y vegetal extremadamente variada. Esta vida está basada en el carbono y, más en concreto, en ciclos metabólicos compatibles con nuestra propia bioquímica, con un porcentaje estimado de coincidencia de alrededor del 0,98, el más alto de los encontrados en todos los planetas explorados con anterioridad. De hecho, los alimentos nativos resultaron ser perfectamente asimilables para nuestros animales de laboratorio, sin que se pudieran apreciar efectos perniciosos en los mismos.

Resulta sorprendente la similitud encontrada entre la ecología nativa y la nuestra propia, hasta el punto de que, en opinión de nuestros científicos, ambas resultan ser perfectamente intercambiables. Somos conscientes de que esta cuestión avivará sin duda la discusión existente entre la escuela panespérmica y la defensora de la teoría de la evolución convergente, pero se trata de algo a lo que nos confesamos ajenos limitándonos a reflejar las evidencias experimentales sin hacer ningún tipo de especulación sobre sus posibles orígenes.

Como cabía esperar, el sistema taxonómico descubierto en XB-403 ha resultado ser, hasta donde nos ha sido posible determinar y a la espera de futuros estudios de campo más detallados, muy similar a los existentes en planetas homólogos, aunque se ha podido apreciar la existencia de algunas diferencias de índole menor que deberán ser objeto de un estudio más detallado en el futuro, pero que en ningún momento alteran nuestra conclusión final sobre la compatibilidad total ya apuntada.

El *phylum* más evolucionado de todos los observados pudo ser identificado sin demasiados problemas con el de los vertebrados, existiendo asimismo el equivalente a nuestros mamíferos. Estos animales poseen un esqueleto interno de naturaleza fosfocálcica, simetría bilateral y cuatro extremidades, son homeotermos y vivíparos, tienen la piel recubierta por una pilosidad de origen proteínico y amamantan a sus crías. La reproducción es sexual, existiendo dos sexos bien diferenciados.

Aunque la morfología de las diferentes especies de mamíferos investigadas no se corresponde en su totalidad con la de sus equivalentes en otros mundos conocidos, en la

mayoría de los casos su afinidad con éstas es notable, lo que no impide la existencia de algunos llamativos endemismos propios de este planeta.

Sin embargo, el hallazgo más importante con diferencia es el descubrimiento de la existencia de una especie inteligente que, siguiendo la pauta habitual en estos casos, se ha convertido en la dominante en el planeta. Su capacidad racional es algo que queda fuera de toda duda, ya que las huellas de su avanzada tecnología (tipo Z23, nivel 4A subestelar) son patentes por toda la superficie de su mundo.

Esta raza resultó ser homomorfa nuestra (parámetro de convergencia 0,93), lo que confirma la hipótesis panetnocósmica. Aunque su afinidad filogenética con nuestra especie es sólo relativa, siendo nula la tasa de interfertilidad existente entre ambas, la convergencia evolutiva es tan notoria que no tuvimos la menor duda a la hora de considerarlos semejantes nuestros. No obstante, la gran diferencia de nivel tecnológico entre ambas culturas, producto sin duda de su mayor juventud evolutiva, desaconsejó cualquier tipo de contacto directo con ellos, evitándose posibles influencias perniciosas en su cultura autóctona. Por este motivo, nos limitamos a recopilar información tanto desde nuestra órbita, que siguiendo los protocolos establecidos no abandonamos en ningún momento, como con sondas automáticas que, valiéndose de sus capacidades miméticas, lograron introducirse en las ciudades nativas sin ser descubiertas en ningún momento.

Gracias a ellas hemos podido comprobar que, pese a tratarse de una cultura plenamente tecnológica tal como ha sido comentado, ésta se ha desarrollado de una manera sumamente peculiar sin parangón alguno en ningún otro mundo conocido, ya que los nativos, en lugar de manipular por ellos mismos los distintos artefactos que fabrican, optaron por domesticar a una de las especies animales originarias del planeta, adiestrándolos para que fueran ellos quienes cargaran con la responsabilidad de su manejo.

En consecuencia, la especie dominante del planeta se ha limitado a desarrollar su mente, sin necesidad alguna de hacer lo propio con las habilidades prensiles que comúnmente han venido siendo asociadas a la inteligencia o a las correspondientes aptitudes tecnológicas. En realidad, y ésta es la grandeza de su cultura, no les hace ninguna falta, puesto que son sus siervos animales quienes realizan todas estas tareas bajo su vigilancia, desde las más sencillas hasta, aparentemente, las más sofisticadas, sin necesidad de realizar el menor esfuerzo por su parte.

En lo que respecta al nivel de inteligencia de estos siervos animales, aunque la premura de tiempo no nos ha permitido evaluarla con la suficiente precisión, quedando pendiente este punto para futuras expediciones, sí hemos estimado con un razonable grado de certidumbre que ésta no debe de ser especialmente elevada, limitándose estos seres a obedecer las órdenes de sus amos sirviéndoles a éstos como herramientas vivas, notablemente sofisticadas, eso sí. De hecho, son estos animales quienes realizan todas las tareas necesarias para el funcionamiento de la complicada maquinaria que mantiene en pie

a tan compleja sociedad, limitándose sus amos a beneficiarse de su trabajo sin más esfuerzos por su parte que, aparentemente, los de controlar a sus dóciles siervos, a los que por supuesto cuidan con esmero por su propio interés.

Dadas las circunstancias, y aunque evidentemente resulta todavía muy prematuro opinar al respecto, nos gustaría sugerir, como una de las hipótesis a tener en cuenta en el futuro, la posibilidad de capturar algunas parejas de estos animales con objeto de poder criarlos en cautividad en nuestros propios planetas, utilizándolos de la misma manera de la que lo hacen nuestros congéneres del planeta XB-403. Conforme a nuestras apreciaciones, consideramos que no resultaría demasiado complicado hacerlo, ya que estos animales son extraordinariamente prolíficos (hemos estimado su población total en varios miles de millones de individuos) y muchos de ellos desempeñan tareas que aparentemente no implican contacto directo con sus amos, por lo cual su desaparición pasaría, con toda probabilidad, desapercibida.

Al igual que ocurre con la especie dominante, estos siervos tienen asimismo su equivalente en nuestra fauna, los simios, a los cuales curiosamente nosotros no hemos logrado domesticar jamás. Sin embargo, los simios de XB-403 presentan ciertas peculiaridades propias que quizá sean las responsables (o puede que la consecuencia) de esta domesticación. Así, son bípedos totales y no parciales, como los nuestros, y su envergadura es asimismo mayor, superior incluso a la de sus amos. Otras características anatómicas suyas son la ausencia de cola y las mandíbulas chatas, lo que les inutiliza la boca no sólo como herramienta prensil sino también como arma, tal como demuestra el considerable atrofiamiento de la dentadura. Estas carencias se suplen al parecer, aunque de forma incompleta, por el carácter prensil de sus extremidades anteriores, las cuales utilizan aparentemente para todos estos menesteres mientras las posteriores están reservadas exclusivamente para la locomoción. Este bipedismo absoluto, desconocido hasta ahora en mamíferos, nos induce a pensar que estos animales deben de ser bastante torpes en sus desplazamientos y, como tales, fáciles presas para los depredadores, razón por la que nos inclinamos a creer que pueda ser producto de una selección genética realizada durante años por nuestros congéneres, ya que resulta difícil concebir que animales salvajes de esta naturaleza pudieran desenvolverse por sus propios medios en un ambiente hostil sin acabar extinguiéndose víctimas de sus enemigos naturales.

Lo más llamativo de su fisiología, no obstante, es su carencia casi absoluta de pilosidad corporal, algo sorprendente en un mamífero no sólo de nuestros propios mundos, sino también, hasta donde pudimos apreciar, en el propio XB-403. Tal como se puede comprobar en los hologramas adjuntos, estos animales tienen protegida la piel tan sólo en la parte posterior de la cabeza (y no siempre, ya que al parecer algunos machos maduros pierden el pelo de forma parcial o incluso total), aunque también pudimos observar machos a los que el pelo les recubría asimismo el hocico, sin que pudiéramos determinar la causa de estas aparentes anomalías. Las hembras, por el contrario, suelen preservar cubierta la

parte posterior de la cabeza (es más, en ocasiones su melena puede llegar a alcanzar longitudes notables), aunque en contraposición, y al igual que ocurre con los cachorros de ambos sexos, siempre presentan desnudo el hocico.

No pudimos apreciar el grado de recubrimiento piloso del resto del cuerpo, ya que sorprendentemente estos animales lo llevan protegido con unos extraños envoltorios de naturaleza artificial que impiden la observación de su piel. Aunque es evidente que deben de ser sus amos quienes les proporcionan estos curiosos abrigo, resulta extraño que ellos mismos no actúen de modo similar ya que a ellos, al igual que nosotros, les basta con nuestra capa de pelo natural.

Puesto que no nos fue posible capturar, ni tampoco estudiar in situ, a ninguno de estos animales, tan sólo cabe formular hipótesis al respecto, inclinándonos a pensar que pueda tratarse de una protección frente al frío que palia la ausencia de cobertura natural en estos animales. Esta suposición se apoya además en una de las filmaciones obtenidas, en la cual se aprecia, por desgracia no con la suficiente definición, un grupo de siervos que aparentemente están bañándose en la orilla de uno de los mares del planeta bajo la atenta vigilancia de algunos de sus amos. Éstos se encuentran casi desnudos a excepción de las zonas genitales y, en las hembras, también de las glándulas mamarias (tan sólo dos, en posición torácica), ambas cubiertas por esas curiosas protecciones artificiales, lo cual interpretamos como un posible método de control de la natalidad por parte de sus amos. En las zonas descubiertas se observa en la piel una ausencia casi total de vello, mucho más acusada en las hembras que en los machos, lo cual confirmaría nuestra suposición acerca de la utilidad como cobertura térmica de los citados envoltorios, dado que la temperatura ambiente estimada en dicho lugar se encontraba próxima a la temperatura corporal de los especímenes, lo que hacía innecesario este tipo de defensas frente al frío.

Poco más es lo que hemos podido determinar en esta primera exploración, aunque los datos recogidos nos permiten augurar resultados fructíferos para las futuras expediciones, razón por la que recomendamos encarecidamente que el planeta  $3/87,5\rho/-63,42\phi/4.605e^{m7}$  sea catalogado como de clase prioritaria 3a.

Se humilla dócilmente ante Su Canidad, con el rabo entre las piernas:

**Aarfgñpj**

## NO HAY ENEMIGO PEQUEÑO

Tradicionalmente, los autores de ciencia ficción popular, *pulp* o de serie B -o Z-, llámese como se prefiera, habían venido pintando a los extraterrestres con todos los pelajes posibles surgidos de su fértil imaginación, aunque por lo general éstos solían inspirar una repulsión innata -al fin y al cabo solían ser los *malos* oficiales- y asimismo, muy frecuentemente, acostumbraban a ser versiones corregidas y aumentados, en especial en lo referente a su tamaño, siempre igual o superior al humano, de los diferentes bichos de la fauna terrestre: pulpos, insectos, arañas u otros animalitos por el estilo.

Claro está que luego llegaban los aguafiestas de los científicos y de un plumazo iban y se cargaban todo cuanto de atractivo tenían éstos alienígenas, negándoles cualquier posibilidad, aun remota, de existencia real; y lo peor de todo, era que los muy puñeteros recurrían a argumentos tan irrefutables como detestables para cualquier *friki* que se preciara de serlo.

Así, por ejemplo, negaban rotundamente que pudiera haber insectos o arácnidos no ya de tamaño similar al humano, sino ni tan siquiera superior al de los mayores ejemplares vivos de ambas clases de artrópodos, es decir, a lo sumo dos o tres decenas de centímetros, y eso sólo en ambientes tropicales, lo cual no se puede decir que sea demasiado.

¿Por qué razón tenía que ser forzosamente así? Bien, argumentaban ellos, todo se debía a que los sistemas respiratorio y circulatorio de estos animalitos no lo permitía, ya que en su sencillez estaban diseñados para ser funcionales tan sólo en organismos de pequeño tamaño, resultando inviables para animales de envergadura mayor. Sí, era cierto que sus parientes acuáticos, es decir, los crustáceos, podían alcanzar tallas bastante más considerables, sólo había que ver la hermosura de las langostas o los centollos, pero eso se debía a que, por vivir en el seno del agua, su sistema respiratorio basado en unas branquias era diferente, como diferentes eran los de los peces y los mamíferos. Y en cualquier caso, añadían, tampoco se había llegado a ver nunca gambas de dos metros de largo.

Por si fuera poco, ni siquiera acababan ahí los jarros de agua fría. El sistema nervioso de los insectos, o de los invertebrados en general, añadían los eruditos, era extremadamente simple y sencillo, sin tener nada que ver con los sofisticados cerebros de los animales superiores ni, mucho menos aún, con el humano. Así pues, de insectos gigantes e inteligentes capaces de disputarnos la hegemonía galáctica, nada de nada.

Bien, porfiaban los tenaces *frikis*, ¿por qué razón no podrían haber evolucionado, en algún remoto lugar del universo, unos seres insectoides provistos de pulmones -y por ende, sin excusa ya para alcanzar un tamaño equivalente al nuestro- y de cerebro? Pues porque

entonces ya no serían insectos, sino algo completamente diferente sin parangón alguno con la zoología terrestre, respondían impertérritos los adustos hombres de ciencia.

Claro está que nada hay equiparable al fervor del auténtico *friki*, y mal haría cualquiera en subestimarlos. Era evidente que en Venus no existían selvas tropicales pobladas de gigantescos dinosaurios; Marte no era en modo alguno el astro moribundo surcado de canales y poblado por bellas princesas acostumbradas a enamorarse de gallardos aventureros terrestres; nadie en sus cabales admitiría la posibilidad de existencia de planetas errantes, con malévolo emperador incluido, dando tumbos por ahí; tampoco podía haber superhombres invulnerables capaces de volar o de realizar mil proezas inaccesibles a los mortales corrientes, y ni tan siquiera el humilde cinturón de asteroides podía ser presentado como una barrera infranqueable tras la cual se agazapaban los enemigos mortales de la humanidad. Y sin embargo, no por ello a ningún aficionado digno de tal nombre se le ocurriría descalificar a todas aquellas obras de ciencia ficción -novelas, relatos, *cómics* o películas- que incurrían en semejantes herejías, al igual que tampoco existía el equivalente a una hipotética inquisición científica responsable de perseguir tamaños desafueros.

Así pues, los *frikis* se negaban en redondo a renunciar a sus queridos insectos y/o arácnidos -el resto de los artrópodos, como los cangrejos o los ciempiés, jamás llegaron a gozar de semejante popularidad, vete a saber por qué- de sus buenos dos o tres metros de envergadura, por supuesto taimados e imbuidos de aviesas intenciones hacia los humanos y, preferiblemente, también antropófagos, que eso siempre viste mucho. Y por supuesto, los científicos siguieron castigándolos con el más olímpico de los desprecios, al tiempo que a los escritores y los lectores más exigentes, que haberlos haylos como las meigas gallegas, atrapados como estaban entre dos fuegos, tan sólo les quedaba el recurso de lamentarse por la manía de la gente ajena de considerar al género como algo carente por completo del más mínimo rigor, así como también por la de los *frikis* de considerarse casi como pertenecientes a una exclusiva secta. Y todos quedaban contentos, o descontentos, según como se mire.

Lo que nadie, ni siquiera el *friki* más furibundo, podía llegar a sospechar, era que efectivamente una raza de insectos inteligentes, procedentes de las profundidades del espacio, llegaría hasta el Sistema Solar con la sana intención de expulsar a la humanidad de su patria secular con objeto de poder volcar en ella sus ingentes excedentes de población... vamos, exactamente igual que lo descrito en cualquiera de las denostadas películas de serie B que aterrorizaron a varias generaciones de niños antes de sucumbir ante las nuevas modas de Hollywood.

Por desgracia en esta ocasión no habría un final feliz, ya que las astronaves invasoras, dotadas de una tecnología infinitamente superior a la terrestre, desbarataron a nuestras fuerzas armadas con una facilidad insultante, al tiempo que la civilización se desmoronaba



a pasos acelerados sin que nadie fuera capaz de evitar la catástrofe. En lo que respecta a los ahora atribulados hombres de ciencia, éstos se rasgaron tardíamente las vestiduras intentando comprender las razones de su garrafal error, lamentándose por no haber caído en la cuenta de algo tan evidente.

Ciertamente los insectos invasores eran inteligentes, mucho más que los humanos a juzgar por los resultados de la confrontación entre ambas razas, aunque todavía era motivo de discusión, bizantina a todas luces, si se trataba de inteligencias individuales similares a las nuestras o si, por el contrario, nos encontrábamos frente a un caso extremo de inteligencia comunal al estilo de los hormigueros o las colmenas, terrestres, lo cual, a la hora de la verdad, poco importaba.

Lo que sí estaba claro era que los invasores carecían de pulmones, siendo su sistema respiratorio similar en todo al de los familiares insectos terrestres; algo que por otro lado no les suponía el menor menoscabo, puesto que su talla media no era superior a la de un vulgar saltamontes, lo que no había impedido que sus ágiles astronaves de apenas dos metros de eslora, o sus mortíferos aviones de veinte centímetros de envergadura dieran buena cuenta de los orgullosos navíos de guerra o los poderosos aviones terrestres, miles de veces mayores que éstos, que torpemente salieron a hacerles frente.

Eso sí, no eran antropófagos. ¿Para qué iban a querer tamañas montañas de carne cuando tenían a su disposición miles de millones de sabrosas presas de su mismo tamaño? En realidad tan sólo les interesaban los insectos terrestres, no los animales mal llamados superiores que tan sólo les suponían un estorbo al ser una desagradable plaga que competía con ellos por los recursos naturales del planeta. Por esta razón, y movidos por un pragmatismo digno del mejor encomio, iniciaron una sistemática campaña de exterminio de cualquier tipo de vertebrado, incluyendo claro está a los humanos,

Así pues, tras desbaratar nuestras estructuras sociales se dedicaron a perseguirnos como si de alimañas se tratara, matándonos e incinerándonos de forma inmediata con sus invencibles rayos ígneos para evitar posibles problemas de putrefacción. Así de sencillo. De esta manera, mientras la civilización colapsaba y los cada vez más escasos y embrutecidos supervivientes de la estirpe humana bastante tenían con luchar día a día por evitar su exterminio, los alienígenas invasores encontraron en la Tierra su particular paraíso; que dejaran de compartirlo con nosotros, sería tan sólo cuestión de tiempo.

## CONTACTO FALLIDO

-¿Querría alguien hacer el favor de explicarme qué demonios está pasando aquí?

El coronel Boogley se encontraba de pésimo humor, por más que éste fuera comprensible; a nadie le agrada que le interrumpen sus vacaciones sacándolo sin contemplaciones de la cama en un hotel de Kenia a mitad de la madrugada para, sin darle siquiera tiempo a vestirse, trasladarlo en helicóptero hasta el aeropuerto de Nairobi y embarcarlo en un avión militar que aguardaba con los motores encendidos para conducirlo finalmente, en un vuelo directo y sin escalas, hasta una base secreta situada en algún lugar del desierto de Nevada... en estas circunstancias cualquiera en su sano juicio habría corrido el riesgo de perder los estribos, y todavía más de haberse visto privado de una agradable compañía femenina.

Aunque en el avión, mejor o peor, había podido asearse, los varios litros de café ingeridos no habían sido capaces de disimular sus llamativas ojeras. De hecho el coronel se caía literalmente de sueño, ya que a la noche en blanco (y no sólo con posterioridad a la llegada de sus captores) había que sumar el brutal cambio horario acumulado durante su frenético viaje. Y por si fuera poco, el uniforme que le habían prestado le quedaba incómodamente estrecho...

El coronel Boogley era uno de los dos jefes militares responsables del programa *Big Ear*, un proyecto secreto que el gobierno de los Estados Unidos había encomendado al Ejército, cuyo objetivo era el de intentar entrar en contacto con inteligencias extraterrestres... algo así como los proyectos *Ozma* y *SETI*, pero en militar; mientras los civiles se entretenían jugando con los radiotelescopios, ellos trabajaban en secreto aprovechando el anonimato que les garantizaba la duplicidad de funciones. Que los científicos chuparan toda la cámara que quisieran si esto les permitía a ellos trabajar sin testigos molestos; y así, todos contentos.

Aprovechando la llegada de su colega el coronel O'Harty, Boogley había solicitado un permiso que, contra todo pronóstico, le había sido concedido, lo cual aprovechó para poner tierra por medio -literalmente varios miles de kilómetros- antes de que sus superiores tuvieran ocasión de arrepentirse.

Y no se arrepintieron, para sorpresa suya; pero tan sólo un par de semanas más tarde, cuando apenas había comenzado a saborear las mieles de sus bien merecidas vacaciones, al imbécil de O'Harty le había dado por quitarse de en medio justo en el momento en el que había estallado la crisis... y de poco le había valido perderse en el otro hemisferio, puesto que hasta allí habían ido a buscarlo para que lo sustituyese. En honor a la verdad había que reconocer que O'Harty convalecía en el hospital

recuperándose de un infarto de miocardio, pero también había sido casualidad... y si ese imbécil no fumara y bebiera como un cosaco, a lo mejor podía haber evitado el arrechucho y él habría seguido retozando tranquilamente en su refugio africano.

Por si fuera poco, durante el viaje no había conseguido que ninguno de sus cancerberos le informara con detalle de las circunstancias de lo ocurrido en la base, desconocía si por ignorancia u obedeciendo a órdenes estrictas, aunque barruntaba que la movida debía de ser bastante fuerte como para provocar tamaño zipizape en vez de recurrir a su segundo el mayor Gómez, lo cual hubiera resultado mucho más sencillo. *“Lo siento, mi coronel, tan sólo nos han dicho que lo trajéramos a la base lo antes posible”*. -había sido la invariable respuesta- *“Ya le informarán cuando llegemos allí”*.

Bien, ya estaba allí, y con un humor de perros. En la base se respiraba un tenso nerviosismo, pero todos rehusaron responderle amparándose en que sería Gómez quien lo hiciera... y el puñetero mayor no aparecía.

Estaba Boogley a punto de comerse el tercer lápiz, cuando finalmente apareció su enjuto subordinado. Éste, tras disculparse por la tardanza alegando que la base se había convertido en una jaula de grillos y que había tenido que estar dando vueltas sin parar de un lado para otro, se avino a ponerle en antecedentes de todo lo ocurrido.

-Contactamos, mi coronel. -fue su escueta explicación.

-¿Cuándo? -la curiosidad tuvo la virtud de apaciguar la irritación de Boogley.

-Justo después de irse usted. Un satélite detectó una señal que no parecía ser natural, y los programas de decodificación lo confirmaron.

-¿Extrasolar? -Boogley ya no se acordaba ni de Kenia ni de sus truncadas vacaciones.

-No. La fuente de la señal se desplazaba con bastante rapidez, lo que nos permitió determinar que se encontraba muy cerca, a una distancia inferior a la de la órbita de Marte aunque muy por encima del plano de la eclíptica. Su trayectoria le habría hecho pasar de largo en apenas un par de días, por lo que el coronel O'Harty ordenó que se pusiera en marcha el protocolo de iniciación de un contacto.

-Bien. -gruñó Boogley, sintiendo cómo una punzada de envidia le atenazaba el corazón; a él le habría gustado figurar en los libros de historia como el primer humano que había establecido contacto con una civilización extraterrestre, pero al fin y al cabo, se dijo, su rival yacía en el hospital y era él quien en esos momentos se encontraba al frente del programa- ¿Y luego?

-En un principio, todo marchó según lo previsto. -explicó el mayor retorciéndose nerviosamente las manos- Enviamos primero unas secuencias de números primos y potencias de los mismos, luego pasamos a fórmulas geométricas sencillas como el teorema de Pitágoras, y a continuación seguimos con formulaciones algebraicas más complejas...

-Abrevie, Gómez, -le interrumpió con brusquedad- no tenemos todo el día, y además conozco de sobra estos protocolos como para que me los recuerde. Vaya al grano.

-Está bien. -suspiró éste- El caso es que los visitantes respondieron y modificaron su rumbo, dirigiéndose hacia uno de los puntos de Lagrange de la órbita lunar, el L4 concretamente, donde se anclaron. La comunicación siguió más o menos las pautas esperadas, aunque tuvimos ciertos problemas antes de descubrir que los alienígenas no usaban el sistema decimal, sino el duodecimal...

-Tendrán seis dedos en cada mano. -rezongó el coronel- ¿Qué más?

-Los mensajes intercambiados fueron volviéndose cada vez más complejos aunque, claro está, todavía nos faltaba mucho para poder llegar a mantener una auténtica conversación.

-¿Mandaron imágenes? -le volvió a interrumpir.

-Pensamos que sí, pero los técnicos todavía están tratando de descodificarlas; al parecer los extraterrestres emplean unos sistemas de emisión completamente incompatibles con los nuestros. Pero al final...

-¿Al final qué? -Boogley tenía que reprimir los deseos de estrangular a su cachazudo lugarteniente.

-El coronel O'Harty estaba cada vez más impaciente. Ordenó que se emitieran los vídeos que habían preparado los exopsicólogos con la esperanza de que fueran ellos quienes aprendieran nuestra técnica y nos enviaran a su vez los suyos ya en un formato compatible con el nuestro, pero aparentemente no dio resultado. Los aliens seguían enviándonos unos galimatías ininteligibles que volvían locos a nuestros muchachos, y ni siquiera teníamos la seguridad de que nuestros propios mensajes fueran entendidos por ellos. Y entonces....

-¿Entonces, qué? ¡Continúe, Gómez, no se quede callado como un pasmarote! - explotó Boogley al ver que el mayor había enmudecido de repente.

-Entonces fue cuando sobrevino la catástrofe. El coronel decía que los vídeos que les habíamos mandado eran unas... -titubeó- mariconadas que no servían para nada, así que decidió saltarse los protocolos mandando otros que él consideraba más adecuados.

-¿No me irá a decir que les mandaron películas porno o algo similar? -se alarmó el coronel.

-Ojalá hubiera sido eso. -suspiró el mayor- No, la idea en principio parecía buena; se trataba de recurrir al medio de comunicación más abstracto, y por ello más universal, de todos, la música. El coronel opinaba que podría ser de utilidad enviarle, en lugar de esos absurdos vídeos matemáticos que ninguno de nosotros entendía, una serie de grabaciones musicales, a ser posible acompañadas de imágenes relajantes. capaces de transmitir sentimientos, o ideas, sin tropezar con la barrera del idioma. Así pues, se reunió con sus asesores civiles -el tono despectivo en que lo pronunció Gómez resultó más que evidente- y les preguntó acerca de los títulos que podrían resultar más adecuados.

-No me parece una mala idea. -apuntó Boogley sin darse cuenta de que estaba repitiendo las mismas palabras de su interlocutor- ¿Qué eligieron?

-¡Oh, era un buen surtido de obras de música clásica, aunque no sabría decirle con exactitud sus títulos ya que a mí ese tipo de música nunca me ha gustado, en realidad me aburre... creo que había cosas de Beethoven, de Bach, de Mozart y de otros compositores de nombres raros que no recuerdo. Una vez hecha la lista, el coronel O'Harty mandó a los chicos que las buscaran, y también que eligieran vídeos relajantes para acompañarlas, ya sabe usted, atardeceres en el mar, montañas nevadas y cosas por el estilo.

-No veo que tuviera nada de malo. -insistió el coronel- De haber estado en su lugar, yo seguramente habría hecho lo propio. -remachó, silenciando que su cultura musical era, en lo referente a la música clásica, todavía inferior a la de su subordinado.

-No, no lo tenía, y todo el mundo estuvo de acuerdo con su iniciativa. El problema surgió cuando, tras rebuscar por toda la base, no fue posible encontrar la mayor parte de las piezas elegidas, y eso a pesar de que, según decían esos cabezas cuadradas, se trataba de obras muy conocidas.

-Bueno, con encargarlas...

-¿A dónde? ¿Olvida usted que estamos en una base secreta? No podíamos coger a un ordenanza y enviarlo a la ciudad más cercana a comprar los discos, y si las pedíamos por vía oficial se retrasarían demasiado y, probablemente, los chupatintas de allá arriba se empeñarían en hacernos preguntas... y si algo no nos interesaba era dar

explicaciones, dado que el coronel O'Harty planeaba saltarse los protocolos establecidos.

-Entonces, ¿qué se hizo?

-El coronel montó en cólera, y ordenó a sus ayudantes que se las apañaran como pudieran, pero que quería esas grabaciones listas para ser emitidas en veinticuatro horas, justo cuando los visitantes se encontraran en la posición más favorable sobre el firmamento. Así pues, los chicos se pusieron a buscar a toda prisa a alguien que pudiera bajarlas de internet.

-¿Lo encontraron?

-Lamentablemente, sí. Teniendo en cuenta las severas restricciones de acceso a internet que están implantadas en la base, era de esperar que nadie se atreviera a reconocer que se conectaba a la red de forma clandestina, pese a que era *vox populi* que esto ocurría. Hubo que garantizar que no sólo no se tomarían represalias sino que, por el contrario, se premiaría a quien accediera a hacerlo, y aun así costó mucho trabajo conseguir un voluntario... en mala hora. -rezongó Gómez.

-¿Quién fue? -preguntó Boogley en tono severo.

-¿Quién iba a ser? El degenerado de MacMillan, ¿quién si no? Por cierto, no tendrá que molestarle usted en arrestarlo, ya me encargué yo de mandarlo al calabozo.

-Ese MacMillan... ¿no será el tipo que tenía montada una timba clandestina en los dormitorios de la tropa?

-El mismo. También hacía apuestas ilegales por internet, incluso parece ser, aunque no lo hemos podido demostrar todavía, que traficaba con bebidas alcohólicas que a saber de donde las sacaba. Un buen elemento, pero le necesitábamos, y él lo sabía. Le preguntaron si sería capaz de bajarse de internet las obras musicales de la lista que le proporcionaron, y aseguró que no tendría ningún problema en hacerlo. Así pues, le pusieron delante de un ordenador conectado a internet, le dejaron que instalara en él los programas que necesitaba para entrar en las redes de intercambio de ficheros sin preguntarle por qué estaban en su poder, y le dejaron solo rogándole que se diera la mayor prisa posible.

-¿Bajó la música?

-Eso nos hizo creer, el muy sinvergüenza. Luego supimos que todo ese tiempo se dedicó a trapichear en portales de juego y a visitar páginas pornográficas; por cierto, nos dejó el disco duro completamente infectado de virus y gusanos informáticos, a saber qué sitios se debió de meter.

-Bien, la verdad es que, si hacemos abstracción de la cuestión disciplinaria, no acabo de ver donde estribaba el problema; -objetó Boogley- Si no pudieron mandar las grabaciones musicales, habría bastado con olvidarse de ello y seguir adelante con el protocolo establecido...

-El problema fue que MacMillan sí nos pasó un disco grabado haciéndonos creer que se trataba de la música que le habíamos pedido; cuando vio que se le acababa el tiempo que le habían asignado, al muy golfo sólo se le ocurrió echar mano de lo primero que encontró, sin saber siquiera lo que nos daba. -explicó Gómez con un hilo de voz- Y el coronel O'Harty estaba tan nervioso, que a ninguno de sus ayudantes se le ocurrió comprobar antes su contenido; los muy cretinos, que por cierto están haciendo compañía a MacMillan en el calabozo, se limitaron a copiarlo en el ordenador y enviarlo por radio hasta el punto L4 junto con las imágenes de vídeo que ya tenían preparadas.

-¿Y qué pasó?

-Pues que, para sorpresa de todos, a las pocas horas de haberlo enviado los alienígenas dejaron de emitir sin ningún tipo de advertencia previa; simplemente enmudecieron por completo, y todo parece indicar que se han debido de marchar por donde vinieron renunciando a contactar con nosotros.

-Gómez, haga el favor de decirme de una puñerera vez qué demonios había en ese disco. -ordenó el coronel, que había palidecido ostensiblemente.

-Pues nada menos que un completo surtido de las preferencias musicales del rata de MacMillan: rock duro, *rap*, música discotequera de lo más estridente... cuando los chicos lo pusieron en un reproductor, a duras penas logramos evitar salir corriendo.

Para sorpresa del atribulado mayor, su superior estalló en una estruendosa carcajada.

-¿De qué se ríe usted? -le reprochó- No creo que la situación sea precisamente para tomársela a broma; por culpa de un descerebrado rijoso hemos echado a perder una ocasión única que quizá no vuelva a repetirse ya; el corazón del coronel O'Harty no pudo resistirlo precisamente porque fue incapaz de asumir la magnitud del desastre, y sin embargo usted se lo toma a chacota...

-Discúlpeme, querido Gómez, nada más lejos de mi intención que burlarme de usted. -respondió al cabo Boogley conteniendo aún a duras penas los espasmos que le producía la risa. Y como vio que éste continuaba con el ceño fruncido, explicó- ¿Conoce usted la historia del conde Potemkin?

-No. ¿Quién era? El nombre suena a ruso...

-En efecto, era ruso, y fue el favorito de la emperatriz Catalina II allá por la segunda mitad del siglo XVIII, más o menos cuando Washington se convertía en el primer presidente de nuestro país. Una de sus múltiples hazañas consistió en levantar falsos pueblos contruados con decorados, algo así como los de las películas del oeste, al paso del séquito de la emperatriz en sus visitas por las distintas regiones de su reino, en un intento de camuflar la miseria en la que estaba sumido éste; dicen, incluso, que una vez que Catalina había pasado de largo, desmontaban a toda prisa los decorados para volverlos a montar en la siguiente etapa de su viaje. Todo un viejo zorro el amigo Potemkin, pero aunque ignoro si logró mantener su farsa hasta el final sin ser descubierto, lo que sí es cierto es que sus picardías no sirvieron de mucho a la hora de intentar evitar la imparable decadencia del imperio de los zares.

-Ya. Pero, ¿qué tiene que ver ese Potemkin con nuestro problema? -se amostazó el mayor, al que la historia nunca le había interesado gran cosa.

-Todo, querido Gómez, todo... y también es casualidad, mira por donde. Por culpa del cretino de MacMillan, de la impaciencia de O'Harty y de la negligencia de los técnicos, sin quererlo ni pretenderlo hemos mandado a nuestros visitantes un retrato de la humanidad probablemente mucho más fiel que el que mi colega, o incluso yo mismo de haber estado en su lugar, habríamos decidido mostrar. ¿No le parece divertido?

-En absoluto. -gruñó éste con gesto avinagrado- Se supone que cuando pretendemos algo lo más conveniente es dar la mejor impresión posible, a nadie se le ocurre ir a pedir trabajo hecho un desarrapado, ni se presenta a la primera cita con una chica borracho como una cuba... y no me negará que la imagen que hemos dado a los alienígenas no ha podido ser más penosa.

-Penosa... pero ajustada a las pautas de conducta de una mayoría de nuestra sociedad, nos guste o no. Tiene usted razón al decir que todos nosotros intentamos en muchas ocasiones, si no falsear la realidad, sí al menos maquillarla, sin que quede demasiado claro el límite en el que acaba la verdad y comienza la mentira... me temo que esto forma parte de la hipocresía social en la que todos nosotros, nos guste o no, estamos prisioneros; y, claro está, luego pasa lo que pasa en el momento en que, tarde o temprano, se descubre que no todo el monte es orégano. Por eso es por lo que estoy tan satisfecho como un crío chapoteando en un charco después de burlar la vigilancia de sus padres; porque, a pesar de todas nuestras mentirijillas, los visitantes han podido hacerse una idea cabal de como las gastamos. -concluyó Boogley con una sonrisa de oreja a oreja.

-Y gracias a esa idea cabal que a usted le satisface tanto, se han largado sin despedirse siquiera. -bufó Gómez- Quizá para no volver.



-¿Quién lo sabe? A lo mejor tan sólo nos han puesto en cuarentena al estimar que todavía estábamos verdes, y quizá vuelvan a intentarlo dentro de algunos siglos por si se diera la casualidad de que mientras tanto hubiéramos aprendido algo... en cualquier caso, no creo que sea algo que nos tenga que preocupar demasiado.

-¿Cómo que no tiene por qué preocuparnos? -se escandalizó el mayor- A saber qué harán ahora con el programa, usted sabe que había políticos empeñados en cancelarlo, y en cuanto se enteren de lo ocurrido van a disponer de la excusa perfecta para conseguirlo.

-Bueno, ¿y qué? -respondió el coronel con un ingenuo encogimiento de hombros- Lo peor que puede pasarnos es que nos trasladen a otro destino, y si he de serle sincero, yo ya estaba empezando a hartarme de aquí, encerrado como un topo y sin poder tener el menor contacto con el exterior. Eso sí, me gustaría que me permitieran concluir mis vacaciones africanas.

Y viendo que su subordinado seguía con cara de póker, insistió:

-¡Venga Gómez, tómese la vida con alegría, que parece usted un empleado de funeraria! ¿Le apetece un trago para celebrarlo? -preguntó al tiempo que abría con llave una gaveta de su escritorio y sacaba de ella una botella y un par de vasos- Le aseguro que este bourbon es excelente, no tiene nada que ver con el matarratas que vendía MacMillan; considérelo privilegios del cargo.

## ERROR DE CÁLCULO

-Disculpe... -las placas dérmicas frontales del alienígena adoptaron la combinación pigmentaria que en su raza equivalía a un discreto carraspeo.

Lo cual no le sirvió de mucho, puesto que el funcionario al que se dirigía pertenecía a una especie completamente ciega a los colores. Así pues, se vio obligado a repetir su petición en galáctico estándar, algo sumamente incómodo para él dado que sus espiráculos respiratorios no estaban adaptados para tal función sonora.

-¿Sí? -preguntó su interlocutor, distraído, alzando una de las dos cabezas mientras la otra permanecía absorta en la lectura de un holoperiódico escrito en caracteres ininteligibles para el visitante- ¿En qué puedo ayudarle?

-Yo... -titubeó éste, fatigado por el esfuerzo de hablar- Soy un empresario de la galaxia NGC 4414, y he llegado aquí en viaje de negocios; mi compañía desea abrir una corresponsalía en el Sector Tercero del segundo brazo espiral. Aquí tiene mi pasaporte y el visado de entrada -explicó, al tiempo que le extendía los documentos.

El funcionario de aduanas los asió con dos de sus seis tentáculos superiores y, tras echarles una mirada distraída, interrumpió el ya iniciado ademán de sellarlos. Aunque no se podía decir que frunciera el ceño, eso se debió tan sólo a que carecía de este rasgo anatómico.

-¿Qué ocurre? -preguntó el empresario, repentinamente alarmado por su gesto.

-Espere un momento; he de comprobar algo. -fue la escueta respuesta del interpelado, que con una de sus cabezas seguía releyendo cuidadosamente los documentos al tiempo que con la otra revisaba unos datos en el terminal- Lo siento, señor XXXJRFGLKKWKK -era lo más que se podía aproximar a la pronunciación correcta de su nombre-, pero me temo que en su visado hay algo erróneo.

-¿Cómo dice? -exclamó angustiado XXX...

-Lo que usted me ha entregado es un visado para poder viajar, por motivos de negocios, por la galaxia NGC 3660, expedido en la embajada de la misma en el planeta capital de NGC 4414, fecha estelar 47.967A5... ¿correcto?

-Sí, es correcto... -suspiró XXX...- ¿Entonces, dónde está el problema?

-Pues en que ésta no es la galaxia NGC 3660, sino la NGC 2928; me temo que se ha debido de equivocar usted de destino.

Si una bomba de dilitio hubiera estallado bajo su caparazón, XXX... no se habría llegado a sorprender tanto. Fue una lástima la ceguera a los colores del funcionario, puesto que sus placas dérmicas esbozaron, en apenas unos segundos, toda una orgía cromática que se extendía incluso hasta el ultravioleta cercano. Cuando al fin logró calmarse, le espetó:

-¡Eso es imposible! ¿Cómo puede pensar que en la agencia de viajes cometieran un error tan garrafal? ¿Me está usted tomando el... -y pronunció una palabra, en su enrevesado idioma, equivalente semánticamente al cuero cabelludo humano.

-En absoluto. -las expresiones de los dos rostros del funcionario eran completamente serias- Le aseguro, señor XXX..., que nos encontramos en la galaxia NGC 2928, como puede usted comprobar personalmente -concluyó, haciendo que emergiera ante él un holorregistro de ordenador.

-Entonces, ¿cómo puede haber ocurrido esto? -gimió desconsolado.

-Creo conocer la explicación. -respondió la cabeza derecha- ¿Sería tan amable de mostrarme sus apéndices prensiles? -y ante la expresión de asombro del empresario añadió- a no ser que se trate de un tabú de su especie, claro.

-No... no tengo el menor inconveniente. -balbuceó el interpelado, al tiempo que extendía sus extremidades anteriores- Pero no veo qué relación puede tener esto con mi problema...

-Pues créame que la tiene. -sentenció el nativo- Si no me he equivocado al contar, cada una de sus extremidades cuenta con cuatro apéndices prensiles, lo que hace un total de ocho. ¿Me equivoco?

-No; bueno, siempre y cuando no cuente también los palpos abdominales; pero éstos los solemos llevar ocultos, ya que su misión principal es la de... -explicó al tiempo que se ruborizaba, o el equivalente en su raza.

-No es necesario que me dé explicaciones; con esto es suficiente. Ocho apéndices prensiles... lo que quiere decir que su sistema de numeración estará basado en esta cifra, o bien en algún múltiplo o submúltiplo suyo. ¿Es así?

-Nuestro sistema de numeración es octal, efectivamente. -bufó- El ocho es el número perfecto, la encarnación del dos por dos por dos, la mónada elemental multiplicada por las tres dimensiones del universo... por esa razón quiso el Gran Constructor dotar a nuestra anatomía con la encarnación de Su Poder Infinito. Pero, ¿qué tiene esto que ver?

-Mucho. Supongo que no desconocerá que otras razas no contamos con ese ¡hum! privilegio otorgado por su Dios, de modo que el número de nuestros apéndices suele oscilar dentro de un amplio rango de valores... y como normalmente los sistemas de numeración se

han venido basando en ellos, ya que al parecer a nuestros remotos antepasados les resultaba más sencillo contar en unidades de apéndices que de cualquier otra manera, esto generó la necesidad de establecer un sistema de numeración común para la totalidad de las razas de las diferentes galaxias.

-¿Y? -XXX... comenzaba a impacientarse, como lo demostraba la púrpura coloración que habían adoptado sus pseudoélitros.

-Pues que el sistema de numeración elegido fue el que estaba basado en el número diez; no me pregunte por qué, a mí me parece tan absurdo como le pueda parecer a usted, y desde luego completamente inadecuado para nuestro propio sistema duodecimal -explicó, al tiempo que le mostraba sus doce tentáculos-; pero lo cierto es que se implantó, probablemente debido a la imposición de alguna extraña raza provista de diez apéndices... así pues, en todas las operaciones intergalácticas es necesario tenerlo en cuenta, cosa en la que al parecer no cayeron quienes le gestionaron la documentación en su planeta natal.

El gesto de asombro del visitante era tan palpable, que el funcionario no tuvo necesidad alguna de suponerlo. Así pues, continuó:

-Basta con realizar una sencilla conversión para descubrir que el número octal 3660 se corresponde con el decimal 2928... y es aquí a donde le mandaron, sin percatarse de que su verdadero destino, el decimal 3660 es en realidad para ustedes el 4575. ¿Me sigue?

-Sí, creo que sí... -el cerebro ventral de XXX..., responsable de sus reacciones más atávicas, ya estaba comenzando a especular con las posibles represalias a tomar contra el inútil que le había metido en ese fregado- entonces, ¿qué puedo hacer para solucionarlo? -su segundo cerebro, el apical, mucho más evolucionado, prefería optar por el pragmatismo.

-Lamento decirle que con esta documentación no puede entrar aquí, aunque de todos modos no creo que esto le sirviera de mucho, ya que carece de intereses comerciales en esta galaxia... yo le sugeriría que volviera a NGC 4414 y desde allí se dirigiera al destino correcto, o bien que intentara buscar un vuelo directo que le llevara hasta NGC 3660... lo siento, en otra cosa no le puedo ayudar.

-Y cómo se llega hasta allí?

-Aguarde un momento que lo compruebo; 3660 está en la constelación de Crater, vaya nombrecito raro, a quién se le ocurriría ponérselo, con lo cual... me temo que es un largo viaje, necesitaría atravesar nada menos que cinco nodos hiperespaciales para llegar hasta allí. Lo siento, veo difícil que pueda encontrar un vuelo directo. ¡Espere! -se corrigió- Vaya, parece que ha habido suerte. Hay uno de la *Transgalactic Ltd.* que le puede dejar en NGC 3661, casi al lado, y desde allí supongo que ya no le resultará demasiado difícil llegar; no es lo que se dice una naviera de lujo, más bien se dedica a transporte de mercancías, pero al parecer aceptan pasajeros en sus naves. Pienso que ésta es la mejor

solución. En la terminal cuatro tiene usted una agencia de viajes, en la cual le podrán tramitar el viaje.

-Muchas gracias, señor. Le estoy muy agradecido. -respondió el atribulado viajero, al tiempo que realizaba en su honor la solemne genuflexión treinta y dos del tercer protocolo de cortesía.

-Estos paletos... -le musitó la cabeza izquierda a su compañera, acompañando el comentario con un no demasiado elegante gesto de complicidad, una vez que éste se hubo marchado- ¿Por qué se empeñarán en salir de su galaxia, si luego son incapaces de dar dos pasos fuera de ella?

Tras lo cual ambas se volvieron a enfrascar en sus respectivos y ociosos menesteres, a la espera de que llegara el final de su jornada.

## RESULTADO IMPREVISTO

En la sede de la misión arqueológica que operaba en el planeta Sol-III reinaba una agitación cercana al frenesí. Sus integrantes eran conscientes de que tenían en sus manos o, según los casos, su equivalente fisiológico, un descubrimiento fundamental para la interpretación de la extraña y prácticamente desconocida civilización que había florecido en el planeta antes de que tuviera lugar su misteriosa extinción, algo que excitaba a sus habitualmente metódicas mentes científicas.

Porque, pese a que los tri-solarianos habían dejado múltiples vestigios de su paso por el planeta, prácticamente nada era lo que se conocía de su cultura. Con anterioridad a esta misión los arqueólogos procedentes de diversas zonas de la Federación Galáctica habían encontrado infinidad de restos, tanto edificios de las arruinadas ciudades como todo tipo de objetos encontrados en el interior y en el exterior de los mismos, lo cual había permitido diseñar un modelo bastante consistente del modo de vida de sus desaparecidos moradores. También se habían recogido abundantes restos orgánicos de los propios tri-solarianos, básicamente piezas óseas de sus armazones esqueléticos internos, gracias a los cuales los paleontólogos habían sido capaces de reproducir su más que presumible aspecto físico y, dentro de ciertos márgenes, sus propios parámetros biológicos, bastante similares por cierto a los de muchos de los animales que todavía hoy poblaban el planeta, con los cuales debieron estar evolutivamente emparentados.

Cuestión bien diferente era el tema de los aspectos sociales de la civilización desaparecida. Se sabía como eran y como vivían, pero se desconocía absolutamente todo acerca de como se relacionaban o de la forma en la que cultivaban el arte, la ciencia o la literatura... todo, en definitiva, lo relacionado con su cultura, ya que hasta el momento no había sido posible encontrar ningún documento procedente de tan remota época que pudiera aportar algo de luz al respecto.

Y en este marco era donde encajaba el sensacional hallazgo que, por azar, habían realizado los ufanos arqueólogos.

La razón de este desconocimiento era sobradamente conocida por los estudiosos. Los sistemas de registro de datos que sin duda hubieron de utilizar los naturales del planeta debían de haberse basado en materiales deleznable e incapaces de soportar incólumes el desgaste producido por el paso implacable del tiempo. Estaba claro que, pese a su más que notable nivel tecnológico, los tri-solarianos no habían llegado a dominar la técnica de la grabación molecular, comúnmente utilizada en la Federación y la única que garantizaba la preservación de los documentos por tiempo indefinido, sino que se habían limitado a utilizar métodos más primitivos e imperfectos -y por ello mucho menos fiables- similares a

los empleados en ciertos mundos primitivos situados en los confines del territorio de la Federación.

El inconveniente era, pues, considerable, ya que ninguna de las tecnologías que supuestamente habrían podido ser usadas por los tri-solarianos, tales como la grabación magnética o la óptica, eran capaces de sobrevivir, salvo en circunstancias muy excepcionales, más allá de unos pocos miles de ciclos estelares, período de tiempo netamente inferior al calculado al que había transcurrido desde la extinción de esta civilización. De ahí el empeño puesto por todas las misiones arqueológicas que pasaron por Sol-III con anterioridad a la actual en encontrar algún vestigio de su misterioso pasado, siempre sin resultados hasta que un afortunado golpe de suerte había puesto en las manos -y quelíceros, seudópodos o tentáculos- de éstos tan valiosa y simpar reliquia.

El documento hallado, sorprendentemente, era todavía más primitivo de lo que se pensaba, ya que se trataba nada más y nada menos que de un soporte orgánico, algo propio de los albores mismos de la civilización y considerado por ello no ya primitivo, sino arcaico por cualquier estudioso de la tecnología galáctica. De hecho, tan sólo los expertos en culturas pretecnológicas estaban familiarizados con tan venerables reliquias.

Aunque la misión arqueológica carecía de profesionales especializados en la materia, al parecer el citado soporte parecía ser un derivado de la celulosa, un tipo especial de polisacárido insoluble presente en numerosas formas de vida, todas ellas fotorreceptoras y autófagas sumamente abundantes por todo el planeta. Huelga decir que al tratarse de un material biodegradable resultaba ser extremadamente sensible al paso del tiempo, por lo cual la preservación del documento debía calificarse de milagrosa.

La reliquia estaba formada por un conjunto de finas láminas oblongas, todas del mismo tamaño, cosidas en forma de bloque por uno de sus lados, lo que permitía -aunque su estado de conservación no lo recomendaba- ir las pasando una a una de forma manual -o tentacular-. A su vez, el conjunto estaba protegido por unas tapas rígidas de otro material más compacto, al parecer en esta ocasión procedente de un tegumento animal tratado con una técnica desconocida para los estudiosos de la Federación.

Pero eso no importaba. Lo verdaderamente importante era que todas las hojas, incluso las tapas y el dorso que protegía el bloque, estaban repletas por ambas caras con los caracteres alfabéticos utilizados por los tri-solarianos, en todo similares a los que aparecían tallados con profusión en muchas de las piedras encontradas en las ruinas de las ciudades. Aunque hacía tiempo que este alfabeto había sido descifrado, y las inscripciones traducidas, en todos los casos se trataba de textos breves que, aparte de su evidente interés para los filólogos, poco era lo que habían aportado al conocimiento de la extinta cultura.

A partir de ahora, por el contrario, se dispondría por vez primera de un documento suficientemente extenso como para hacer las delicias de cualquier xenosociólogo o

cualquier xenohistoriador, prometiendo por ello convertirse en el mayor descubrimiento arqueológico de los últimos decaciclos... pero por desgracia entre el personal de la misión no se encontraba ningún experto en filología alienígena, por lo cual nadie de los allí presentes se mostró capaz de realizar la ansiada traducción.

Lo más lógico en esta situación hubiera sido reclamar a un filólogo de suficiente talla para encomendarle esta misión, pero... los sempiternos -aunque se disimulen, o incluso se nieguen- celos científicos se encargaron de enredar la cuestión. El Muy Venerable Profesor Doctor Hrg Klvtrrrzp, director de la misión y por consiguiente autoridad máxima de la misma, era no sólo uno de los más afamados arqueólogos de la Federación, sino asimismo uno de los más puntillosos, desconfiados e irascibles miembros de la comunidad científica galáctica... algo que no era de extrañar teniendo en cuenta el exacerbado mal humor congénito de los Pvrwy, la raza a la que éste pertenecía, una de las más antiguas -y también de las de más difícil trato- de todo el orbe galáctico.

Y por encima de todo, el Muy Venerable Profesor Doctor era extraordinariamente celoso de los logros ajenos, temiendo siempre, con razón o sin ella, que sus rivales potenciales pudieran causarle un menoscabo a su prestigio. Dicho con otras palabras, no consentía el menor atisbo de posible competencia. La gloria debía ser siempre para él de forma íntegra, y como mucho consentía reservar a regañadientes algunas migajas -siempre las menos posibles- a sus dóciles colaboradores.

Para complicar todavía más las cosas, en el ámbito de la filología existía su *alter ego*, equiparable al Muy Venerable Profesor Doctor tanto en prestigio como en poder... y exactamente igual de ególatra y ambicioso. Se trataba del Extremadamente Sabio Doctor Profesor Xrjpm Wkmltv, perteneciente asimismo a la raza de los Pvrwy, y por lo tanto enemigo furibundo de sus congéneres planetarios, una de las razas más rabiosamente individualistas -y también más belicosas- de todo el universo conocido.

Huelga decir que en estas condiciones resultaba virtualmente imposible conseguir que un filólogo sometido a la férula del E.S.D.P. -la inmensa mayoría, por no decir todos- fuera invitado por el M.V.P.D. a colaborar con su equipo, máxime teniendo en cuenta que el control del E.S.D.P. sobre los ámbitos académicos de esta disciplina era cuanto menos igual de férreo y absoluto que el que ejercía con potestad de autócrata el propio M.V.P.D. en el campo de la arqueología... sobre todo teniendo en cuenta que el M.V.P.D. y el E.S.D.P. se odiaban a muerte, con esa tenacidad de la que tan sólo se podía encontrar en los miembros de su raza, capaces de asesinar a sangre fría y sin el menor escrúpulo por un trivial error en sus endemoniadamente enrevesados rituales protocolarios.

Así pues, este camino estaba vedado. Pero puesto que ni el M.V.P.D. ni sus acólitos estaban en modo alguno dispuestos a renunciar a su importante trofeo, se planteaba la necesidad de buscar alguna posible alternativa, la cual no se presentaba nada fácil de encontrar dado lo tupido de la red de control e influencias tejida por el influyente E.S.D.P.



Reunidos en cónclave, los principales colaboradores del M.V.P.D. dedicaron todas sus energías a buscar una solución al aparentemente irresoluble problema que resultara acorde con sus intereses, algo que rozaba lo imposible dada la omnipresencia del rival así como la nada retórica amenaza del M.V.P.D. de destruir personalmente la reliquia, más allá del umbral de recuperación, antes de permitir que ésta pudiera caer en los quelíceros de su aborrecido rival.

Tras barajar -y descartar-, una por una, todo un rosario de posibles alternativas, los integrantes del sanedrín estaban ya a punto de tirar la toalla cuando el más insignificante de todos ellos -huelga decir que el M.V.P.D. tenía instaurada una sólida jerarquización entre sus súbditos- propuso con timidez la posibilidad de recurrir a la Universidad de Perma-VII.

Una bomba estallando en mitad de la sala de reuniones no habría provocado a buen seguro tanto revuelo en el seno de la docta reunión; y no era para menos. Perma-VII era un insignificante planeta perdido en los límites de la Federación, de la que formaba parte desde hacía tan sólo poco más de un hectociclo. Considerados bárbaros y palurdos por el común de los ciudadanos galácticos, que los miraban con olímpico desprecio, los ingenuos permacianos cargaban estoicamente con su estigma esperando confiados que el tiempo acabara barriendo estos prejuicios, ignorantes por completo de cómo las gastaban las estiradas razas originarias del núcleo galáctico, origen de la actual Federación.

En el ámbito científico la situación era todavía peor. La Universidad permaciana, la única existente en todo el planeta, gozaba de nulo prestigio en los círculos académicos galácticos, no sólo por el rechazo generalizado hacia los habitantes del planeta, sino también en buena medida a causa de las peculiares teorías científicas imperantes en ella, las cuales eran tildadas sin tapujos incluso de heréticas por buena parte de la comunidad científica interplanetaria.

En esencia, los permacianos renegaban con vehemencia de todo cuanto adoleciera del menor atisbo de especialización, en el convencimiento de que ésta era intrínsecamente perjudicial para el avance científico dado que, utilizando un símil, los árboles acababan impidiendo tener una visión del bosque. Los permacianos defendían, pues, la aplicación de una única disciplina pancientífica capaz de abordar todos los temas de forma horizontal, y no vertical, lo que permitía según ellos captar panorámicas amplias del problema mucho más efectivas que las superespecializadas soluciones obtenidas por sus colegas de otros planetas.

Dados estos precedentes, no era de extrañar que las críticas le llovieran al defensor de tan heterodoxa propuesta, pese a lo cual éste no se arredró. Había que tener muy en cuenta, insistía una y otra vez, que el aislamiento científico de los permacianos resultaba ser en esta ocasión una inmejorable ventaja, dado que éste les ponía a buen recaudo de las garras del E.S.D.P., a quien los Antiguos Galácticos confundieran.

Poco a poco, y ante tan evidentes argumentos, la oposición inicial fue amainando, siendo cada vez más quienes acababan viendo ventajas a la audaz propuesta; pero esto solo no bastaba, puesto que sería la voluntad soberana del M.V.P.D. la que decidiría incluso contra el unánime dictamen en contra de la totalidad de sus asesores. Éste, fiel a su costumbre, se mantenía en silencio dejando hablar a sus súbditos, razón por la que éstos, sumidos en la encendida discusión, desconocían por completo cual podría ser su veredicto.

Finalmente dictó sentencia. No se molestó, nunca lo hacía, en justificar su decisión, ni habría consentido que nadie se lo pidiera; se limitó a dar su visto bueno a la cooperación con Perma-VII y acto seguido se retiró con majestad a sus aposentos privados. Por su parte no había más que hablar, razón por la que sus colaboradores, ya sin estar él presente, se dedicaron a la tarea de perfilar los detalles pendientes, empezando por designar al responsable de las negociaciones; todos eran conscientes de que, de tener éxito la iniciativa, sería el M.V.P.D. quien se llevara los honores, mientras que en caso de fracasar la responsabilidad del fiasco recaería exclusivamente sobre el elegido. Por esta razón a ninguno de los presentes le apetecía demasiado recibir tal honor, que finalmente acabaría siendo adjudicado al propio promotor de la sugerencia.

Éste, resignado a su suerte, partió con rapidez rumbo a Perma-VII; nada irritaba más al M.V.P.D., aparte de la competencia, que los retrasos. Por fortuna este planeta se hallaba en el mismo sector galáctico que Sol-III, por lo cual su viaje no resultaría demasiado largo aunque sí incómodo, dado que se trataba de una de las regiones más agrestes y menos civilizadas de todo el ámbito de la Federación.

Una vez en su destino se apresuró a ponerse en contacto con las autoridades académicas de la Universidad, a las que transmitió sin demasiado entusiasmo la propuesta de colaboración con la misión arqueológica. Para su sorpresa, y a pesar de que, tal como era habitual en él, el M.V.P.D. reservaba un protagonismo muy secundario a sus coautores foráneos, los permacianos aceptaron encantados las draconianas condiciones que se les imponían; por muy poco airoso que resultara el papel que se les había asignado, aun en esas circunstancias una publicación conjunta -era un decir- con alguien de la talla académica del M.V.P.D. les vendría de perlas, o al menos así lo creían, para romper siquiera parcialmente con tan molesto ostracismo científico.

Así pues, el acuerdo se alcanzó con rapidez y sin necesidad de esas desagradables negociaciones que tanto temía el desdichado mensajero. Los arqueólogos del equipo del M.V.P.D. remitirían el preciado hallazgo a la Universidad, y éste sería convenientemente estudiado en sus laboratorios. A la pregunta del emisario, bastante preocupado por su futuro profesional, temiendo la posibilidad de que algo pudiera marchar mal, acerca de si contaban con personal suficientemente cualificado -para evitar conflictos con sus anfitriones evitó con todo cuidado utilizar el término "*especializado*"- para llevar a cabo tan delicados estudios, éstos le respondieron confiadamente que en esa institución todos

eran expertos en ese o en cualquier otro tema... lo que no se puede decir que contribuyera demasiado a tranquilizarlo.

Claro está que a su vuelta a Sol-III optó por silenciar discretamente sus temores; muy al contrario, fingió aparentar un triunfalismo que en realidad no sentía, vendiendo como un gran éxito suyo -era la ocasión idónea para escalar puestos en el escalafón, antes de que sus compañeros comenzaran a intentar degollarlo- los resultados de su misión. Nunca llegaría a saber si éstos llegaron a creer sus palabras, pero en un principio al menos fingieron hacerlo. En cuanto al M.V.P.D., éste guardó silencio tal como acostumbraba a hacer en estas circunstancias, evitando tomar postura antes de conocer el desenlace de la iniciativa.

Con la mayor celeridad posible, aunque eso sí extremando los cuidados, la delicada reliquia fue empaquetada como suma precaución en un embalaje diseñado especialmente para resistir cualquier tipo de accidente o agresión, incluso casi una explosión nuclear capaz de desintegrar todo alrededor suyo. De nuevo fue elegido el mismo emisario para encargarse de la delicada misión, aunque en esta ocasión dispondría del moderno yate personal del que disfrutaba en régimen de usufructo el propio M.V.P.D., en lugar de tener que recurrir, como lo hiciera en el viaje anterior, al incómodo carguero que traía periódicamente los suministros a la misión y al destartado navío de línea que enlazaba la capital del sector con Perma-VII; era evidente que la generosidad del avaro M.V.P.D. no tenía a él como objeto, sino a la reliquia, pero poco era lo que le importaba sin con ello podía beneficiarse de la misma.

Así pues, en esta ocasión realizó el viaje cómodamente hasta la Universidad -nada que ver con el anterior-, hizo entrega de la valiosa carga a su contacto permaciano y se aprestó a esperar a que éstos realizaran su trabajo, puesto que el M.V.P.D. no estaba dispuesto en modo alguno a sufragar, aunque fuera a cargo de los fondos del proyecto, su vuelta a Sol-III de vacío, por lo que le había ordenado que aguardase en Perma-VII hasta que la traducción estuviera terminada, corriendo mientras tanto su alojamiento y manutención a costa de sus amables anfitriones. Mientras tanto el yate permanecería, con su tripulación a bordo, atracado en el puerto espacial de la capital del planeta.

Por fortuna su metabolismo era casi compatible con el de los permacianos, con lo cual no necesitaba de ningún habitáculo climatizado y podía consumir, previamente expurgados, buena parte de los alimentos locales, sin apenas necesitar algunos complementos proteínicos y vitamínicos propios de su especie. Eso sí, no todo era perfecto; los hábitos espartanos de los permacianos distaban mucho de coincidir con su concepto de la comodidad, pero bueno, qué se le iba a hacer, el sacrificio bien merecería la pena si los resultados obtenidos eran los esperados.

Mayor desazón le produjo el hecho de que los permacianos se negaran en redondo a proporcionarle la más mínima información sobre los avances de su trabajo, salvo la sempiterna afirmación de que todo iba bien con la que de forma sistemática respondían a

sus ansiosas preguntas, asegurándole que pronto podría disponer de los resultados. Mientras tanto el abrumado arqueólogo tenía que vérselas con el impaciente M.V.P.D., el cual le llamaba con irritante frecuencia interesándose por los avances realizados y, al no obtener respuesta satisfactoria, acostumbraba a montar en cólera convirtiéndole en objeto de su ira.

Mas todo llega tarde o temprano, y la conclusión del trabajo de los permacianos alcanzó también su fin. Éstos entregaron a su huésped con toda ceremonia una caja cifrada en cuyo interior habían depositado, según le informaron, los resultados de sus análisis junto con la preciada reliquia, la cual devolvían a sus legítimos propietarios. Frustrado al no poder disponer de la primicia tal como a él le hubiera gustado, el improvisado embajador científico se hizo cargo de la entrega, que depositó en la caja fuerte del yate, y emprendió el camino de vuelta tras comunicar a su superior la buena nueva.

En Sol-III todos le aguardaban expectantes, e incluso el propio M.V.P.D., presa de un evidente nerviosismo, se permitió el desliz de incumplir alguno de los rigurosos preceptos del protocolo de su raza; aunque, la verdad sea dicha, tan sólo un congénere suyo habría sido capaz de apreciarlo, y no había ningún otro en todo el planeta. Así pues, su flaqueza pudo pasar desapercibida. Con toda solemnidad, y delante de todos sus subordinados, el M.V.P.D. rompió los precintos de la caja cifrada y la abrió.

En su interior, tal como esperaban, tan sólo se encontraban dos objetos, el contenedor estanco en el que se había transportado a Perma-VII la reliquia, y un cristal molecular en el que presumiblemente venía recogido el informe de los permacianos dando cuenta de los resultados obtenidos.

Tras dejar a un lado el contenedor, el M.V.P.D. tomó delicadamente el cristal con sus pedipalpos, introduciéndolo en la ranura del lector. El cristal fue engullido por el aparato, tras lo cual pulsó con ademán ceremonioso el sensor de encendido. El monitor se iluminó y, de forma inmediata, comenzaron a desgranarse los datos que fueron ávidamente leídos por los más cercanos, mientras sus compañeros menos afortunados pugnaban por atisbar siquiera un retazo de los mismos.

Saltándose las al menos doce páginas previas de protocolos y fanfarrias variados, pasó a leer con impaciencia los resultados del informe, que rezaba lo siguiente:

*El análisis químico del material suministrado revela que se trata de un polímero natural formado por moléculas encadenadas de un compuesto químico de fórmula empírica  $C_6H_{12}O_6$ , similar aparentemente al presente en el metabolismo de los seres vivos de Sol-III. Aparentemente fue obtenido de la cutícula que recubre a los grandes vegetales que pueblan el planeta -ver nota bibliográfica número 1- y tratado mediante algún procedimiento*

*cuya naturaleza desconocemos, hasta convertirlo en láminas flexibles y delgadas.*

*Estas láminas estaban recubiertas, de forma parcial, con algún tipo de pigmento negro cuya composición química no fue posible determinar.*

*La combustión del material produjo gases que, en su mayor parte, revelaron ser CO<sub>2</sub> y H<sub>2</sub>O, junto con cierta cantidad de compuestos carbonados de cadena corta producto probablemente de una combustión incompleta.*

*En lo que respecta a las cenizas, un análisis químico cuantitativo reveló la siguiente composición en peso:*

*Ca 47%*

*Si 17%*

*Al 11%*

*Mg 5%*

*Fe 5%*

*S 5%*

*Ti 3%*

*K 3%*

*Cl 2%*

*P 2%*

*Lamentablemente, la escasez de material puesto a nuestra disposición no nos ha permitido realizar análisis más detallados, en especial en lo referente al pigmento negro, razón por la que rogamos que, a ser posible, se nos remita más material.*

*En Ciudad de Perma, año galáctico 27.015, 3 de Ramsés.*

*El Capacitado Doctor:*

*Xgüie Ñglajost*

Terriblemente alarmado y olvidándose por completo del protocolo, el M.V.P.D. se abalanzó sobre el contenedor lanzando un ancestral alarido guerrero propio de su tribu. Pulsó con nerviosismo la combinación y lo abrió... comprobando, tal como había temido, que su interior tan sólo contenía un pequeño puñado de grises cenizas.

## MALA SUERTE

Llegó un día en el que los xrsjptss, la raza más antigua y evolucionada de la Vía Láctea, tomaron la decisión de romper el aislamiento al que estaba sometida la Tierra, estimando que con una tutela adecuada la humanidad, pese a su atraso secular, podría acabar formando parte de la comunidad galáctica.

Lamentablemente tuvieron la mala suerte de elegir para el primer contacto un recóndito rincón de Nueva Guinea solar secular de los korowai, una de las últimas tribus caníbales del planeta.

Éstos, pese a encontrarles un sabor un tanto extraño, acabaron conviniendo que los visitantes no estaban mal del todo.

## RESERVA DE CAZA

Uno de los tópicos más comunes dentro del género de la ciencia ficción, creído incluso a pies juntillas por más de un *magufo* desnortado, es el que imagina a la Tierra completamente aislada del resto del universo, por razones que suelen variar más o menos de un autor a otro, pero que en definitiva la convierten en una especie de reserva natural a escala galáctica, con unos terrestres cuya evolución dependería exclusivamente de sus propios medios aunque siempre vigilados, de forma más o menos estrecha, por sus benévolos -o en ocasiones no tanto- vecinos estelares.

Sin embargo, la realidad es bien distinta: nuestro planeta constituye, desde hace eones, una de las reservas de caza más cotizadas de todo este sector de la Vía Láctea, y a él han venido, desde tiempos inmemoriales, infinidad de cazadores procedentes de todos los rincones de la galaxia, e incluso hasta de las galaxias cercanas.

Tal es su fama cinegética, que después de cada una de estas grandes cacerías ha sido necesario implantar una severa veda para asegurar la recuperación de la fauna, algo que por lo general ha costado millones de años conseguir. De hecho, detrás de estas cacerías están las cinco grandes extinciones masivas registradas por los paleontólogos, incluyendo la que hace 65 millones de años acabó con los dinosaurios, junto con otras menos acusadas, pero no por ello carentes de importancia, tales como la que marcó el final del período Eoceno, 34 millones de años atrás, o la que tuvo lugar en el Pleistoceno, hace apenas 10.000 años, con posterioridad a la última glaciación.

Ahora, tras mucho tiempo de espera, se rumorea que la veda está a punto de levantarse de nuevo, por lo que son infinidad los cazadores que aguardan con impaciencia el momento de poder cobrar sus cotizadas presas, máxime cuando es de sobra conocido que la explosiva proliferación de la nueva especie dominante garantizará trofeos suficientes para todos, hasta el punto que se piensa que la próxima extinción que se avecina podría ser incluso más sonada que todas las anteriores.



## LAS EXTINCCIONES MASIVAS

Aunque es sobradamente conocida la extinción de los dinosaurios -y de otros muchos animales- hace sesenta y cinco millones de años, al final del período Cretácico, lo cierto es que ésta fue tan sólo la última de las cinco extinciones masivas que los paleontólogos han logrado identificar a lo largo de los últimos quinientos millones de años de historia de la Tierra. Es probable que pudiera haber bastantes más en épocas anteriores, dado que se estima que la vida surgió en nuestro planeta hace unos cuatro mil millones de años, pero la actividad geológica continuada durante un período de tiempo tan prologado convierte en prácticamente imposible conocer lo que pudo ocurrir en épocas tan remotas.

La primera extinción masiva tuvo lugar hace unos cuatrocientos cincuenta millones de años, entre los períodos Ordovícico y Silúrico. La segunda, hace trescientos sesenta millones de años, marcó la división entre los períodos Devónico y Carbonífero provocando la desaparición del setenta por cien de las especies vivas. La tercera, hace doscientos cincuenta millones de años, entre el Pérmico y el Triásico, fue con diferencia la más mortífera de todas, ya que aniquiló a más del noventa por cien de las especies marinas y al setenta por cien de las terrestres. La cuarta, hace doscientos diez millones de años, es la conocida por los paleontólogos como la transición Triásico-Jurásico. Y la quinta, la de los dinosaurios, no fue de las peores, dado que “sólo” acabó con el setenta y cinco por cien de todas las especies.

Hubo además otras muchas extinciones menores, como la que marcó el final del Eoceno hace treinta y siete millones de años, o la que tuvo lugar tras la última glaciación hace tan sólo unos diez mil años, la cual se llevó por delante animales que llegaron a convivir con el hombre tales como el mamut, el rinoceronte lanudo, el oso de las cavernas o el tigre dientes de sable, así como también a nuestro primo, el hombre de Neandertal.

Aunque los paleontólogos han barajado varias hipótesis para explicar estos fenómenos, bruscos y repentinos a escala geológica, tales como impactos de asteroides o cometas, drásticos cambios de clima o erupciones volcánicas masivas, lo cierto es que sus verdaderas causas no han podido ser establecidas en ningún caso con una certeza absoluta.

Ello se debe, sin duda, a que la ciencia sigue empeñada en negar la influencia de seres extraterrestres en la evolución del planeta, de modo que el mito de los Grandes Galácticos ha quedado relegado al ámbito de la ciencia ficción, que lo utiliza como recurso literario, y al de los círculos magufos pasados de rosca, que sí se lo toman en serio ante la indiferencia, cuando no la conmisericordia, del común de los mortales.

Sin embargo son precisamente estos últimos los que más se aproximan a la verdad. Los Grandes Galácticos, en efecto, existen, pero lejos de tutelar benévola a las

civilizaciones recién nacidas al estilo de lo imaginado por Arthur C. Clarke en 2001. *Una odisea del espacio*, las consideran una molestia cuando no directamente una plaga.

Es preciso advertir que los Grandes Galácticos, y en eso sí acertaron los autores de ciencia ficción, son unos seres inmateriales constituidos por energía pura, lo cuales, por razones que se escapan a la limitada comprensión de la mente humana, detestan a todo aquello que suponga cualquier tipo de vida basada en la materia, sea ésta del tipo que sea, prefiriendo que los astros que pueblan el universo se mantengan limpios de ella, quizá por considerarlos su jardín particular.

Por esta razón, cuando en un planeta arraiga la vida ellos suelen hacer con ella exactamente igual que nosotros con las cucarachas o las ratas: intentan exterminarla. Éstas son, pues, las verdaderas causas de las extinciones masivas y, probablemente, también de las extinciones menores que periódicamente asolan la Tierra: se trata, en definitiva, del equivalente a nuestras campañas de desratización que, si bien no suelen conseguir al cien por cien su objetivo dado que la vida acostumbra a ser sumamente resistente y tozuda, al menos logran mantenerla bajo control durante cierto tiempo en su madriguera, vigilando estrechamente, eso sí, que ésta no desborde los límites de su planeta.

## XENORGASMO

Es un hecho constatado que, desde que el mundo es mundo, el hombre siempre ha gustado de implantar prohibiciones a sus semejantes para, de forma inmediata, disfrutar acto seguido vulnerándolas... es posible que esta curiosa paradoja sea algo consustancial a la especie humana, o puede también que no sea así; en cualquier caso, tanto si se debe a un impulso irrefrenable como a una simple casualidad, lo cierto es que ejemplos de ello los hay a miles, a lo largo de la historia, sin que se aprecien diferencias significativas entre unas y otras culturas, ni entre las diferentes épocas.

Claro está que lo que sí ha variado con el tiempo, evolucionando a la par que la civilización, ha sido la panoplia de todos los posibles placeres prohibidos, cada vez más amplia y sofisticada conforme se desarrollaban los conocimientos y la tecnología y, por ende, se multiplicaban las posibilidades de elección.

Así, no es de extrañar que la revolución que supuso el acceso de la humanidad al cosmos, con la consiguiente ruptura del aislamiento secular al que había estado sometida hasta entonces, influyera de forma decisiva en la oferta de posibles pecados, al igual que lo hizo en otros muchos campos menos controvertidos. El contacto repentino con la infinidad de razas alienígenas que poblaban el universo provocó ciertamente la ruptura de muchos esquemas sociales, e incluso mentales, por los que se había venido rigiendo el hombre desde tiempos inmemoriales; y si bien se abrieron ante él infinidad de opciones hasta entonces no sólo desconocidas, sino en muchos casos también insospechadas, no tardaron en aparecer un sinnúmero de prohibiciones y anatemas de toda índole, desde religiosas hasta legales y morales, las cuales por cierto no tardarían mucho, como no, en ser burladas.

Fueron muchos los tabúes, más o menos justificados, que defendieron a ultranza los fervorosos exégetas de la tradición y la moral, pero sin duda uno de los más controvertidos fue el de las relaciones sexuales con individuos no humanos, lo que se acabaría denominando *alienfilia* por sus detractores y *xenosexo* por sus practicantes. Huelga decir que la mayor parte de las religiones, por no decir la totalidad de las mismas a excepción de alguna que otra insignificante y atípica secta, se apresuraron a condenar sin paliativos lo que consideraban una aberración abyecta a la par que pecado nefando; y tampoco faltaron quienes, al margen de las iglesias y con el único amparo de argumentos estrictamente laicos, manifestaron asimismo su rotundo rechazo... y si lo primero era de esperar, ya que qué sería de una religión que no estuviera basada en los sólidos e inmovibles cimientos de la tradición y que no reprimiera por sistema a sus adeptos, lo segundo ya no lo era tanto, hasta el punto de que sus defensores llegaron a ser acusados de estar movidos tan sólo por el miedo a lo desconocido.

Esta oposición no arredró en modo alguno a los desinhibidos defensores del *xenosexo*, los cuales argumentaban no sin razón que, siendo de todo punto imposible cualquier tipo de hibridación genética entre especies dispares, y quedando también excluido un hipotético contagio de enfermedades venéreas o de cualquier otro tipo, por qué no dejarse de escrúpulos tontos y a disfrutar, que son dos días...

En honor a la verdad, es preciso reconocer que había que tener tragaderas para *hacérselo* con un pulpo dodecápodo, un ameboide tentacular o un pseudoartópodo quitinoso, eso por citar tan sólo aquellas razas alienígenas cuya morfología guardaba alguna similitud, siquiera remota, con la familiar fauna terrestre... porque las había todavía más exóticas, aunque en estos casos lo normal era que los acoplamientos físicos necesarios para llevar a cabo la relación resultaran complicados a causa de las diferentes conformaciones anatómicas de los practicantes, y eso siempre y cuando no existieran dificultades insolubles a causa de que los *partenaires* respiraran atmósferas halogenadas, pesaran varias toneladas o encontraran comfortable una temperatura de quinientos grados centígrados, entre otras posibles incompatibilidades.

A pesar de todos los obstáculos la imaginación humana, considerada por muchos como simple depravación, supo apañárselas para conseguir que fueran posibles las relaciones sexuales -o su equivalente- con un buen puñado de razas alienígenas no demasiado dispares, es decir, con todas aquellas con las que resultara posible algún tipo de contacto corporal lo suficientemente íntimo. En descargo de sus practicantes hay que reconocer que las relaciones *xenosexuales* siempre habían sido una práctica habitual en el seno de la comunidad galáctica, y sólo algunas de las razas más puritanas -conforme a sus particulares y no siempre comprensibles creencias- o también las más xenóforas, las rechazaban de plano... pero el universo era muy grande, y a lo largo y ancho del mismo abundaban los lugares sujetos a leyes lo suficientemente laxas -o carentes de ellas- como para permitir las... o cuando menos, para tolerarlas.

Así pues, aunque en la Tierra, tras una larga y agria polémica, los sectores más puritanos acabaron consiguiendo que estas prácticas fueran prohibidas, nadie podía impedir que los terrestres *xenófilos* dieran rienda suelta a sus instintos fuera de la jurisdicción terrestre, que no iba más allá de los límites marcados por la nube de Oort. Y como los sistemas planetarios vecinos se encontraban a demasiada distancia, no tardaron en florecer, justo en el exterior de nuestras fronteras, multitud de *Casas de Placer* -eufemismo bajo el cual se camuflaban los *xenoprostíbulos*- cobijados en el interior de antiguos *hábitats* orbitales en desuso... y a fe cierta que jamás les faltó la clientela, por más que tales *placeres* tan sólo pudieran estar al alcance de los más pudientes.

Diferente era el caso de los astronautas, tanto civiles como militares, que en razón de su oficio tenían a su alcance, y a precios normales de mercado, hasta los más

recónditos garitos de la galaxia... y los utilizaban, como siempre habían hecho sus más directos antecesores, los marinos de la antigua Tierra. Éste era el caso de George B., un modesto mecánico embarcado en el *Marco Polo*, un carguero que cubría la ruta entre la Tierra y el Sector Trífido, situado a unos trescientos años luz de distancia de nuestro planeta, transportando mercancías diversas, principalmente metales y minerales de los que el Sistema Solar era un gran exportador, importando a cambio diverso material tecnológico... sin que sus armadores hicieran tampoco ascos a lo que eufemísticamente denominaban *fletes atípicos*, léase contrabando.

Como cabe suponer los negocios de los propietarios del *Marco Polo* no eran algo que afectara en demasía al bueno de George, cuyos únicos ingresos eran su modesta soldada así como algún que otro pequeño trapicheo sin la mayor importancia, los cuales acostumbraba a dilapidar -carecía de vínculos familiares y de raíces de ningún tipo- en cualquiera de las escalas del buque. Como buen navegante George no tenía demasiados escrúpulos a la hora de dar rienda suelta a sus vicios, sin más limitaciones que las impuestas por su metabolismo -no era cuestión de intentar emborracharse con licores cuya base principal fuera el ácido sulfúrico- o por su magro bolsillo. Y por supuesto George era un practicante asiduo del *xenosexo*, jactándose de no repetir jamás con hembras -o lo que fueran- de cualquier especie razonablemente inteligente.

De hecho, George y sus compañeros acostumbraban a hacer apuestas en las que el ganador sería aquel que pudiera esgrimir la relación sexual más exótica, lo cual daba pie a auténticos maratones de las más extravagantes acrobacias eróticas. George, al igual que sus desinhibidos camaradas, podía presumir de contar en su haber con multitud de proezas sexuales capaces de escandalizar al más templado, pero pese a ello distaba mucho de estar satisfecho ya que, desde hacía demasiado tiempo, era derrotado sistemáticamente en las competiciones, lo que le había convertido en la mofa y befa de la marinería del buque. Y George tenía su dignidad...

Por esta razón, estaba dispuesto a hacer lo que fuera por resarcirse en la escala que el *Marco Polo* realizó en Gomorra, un sistema planetario situado a mitad de camino entre la Tierra y Terminus, el planeta principal del Sector Trífido. Evidentemente Gomorra no se llamaba así, pero el planeta fue apodado con esa denominación bíblica por los primeros exploradores terrestres que lo visitaron -conviene puntualizar que se trataba de puritanos anglosajones- mitad por la imposibilidad de que una garganta humana pudiera pronunciar su nombre local, mitad por las desinhibidas costumbres de su abigarrada población... y como Gomorra quedó.

Gomorra, cosmopolita y abierta a todas las razas del universo, presumía orgullosa de ser capaz de ofrecer lo más exótico de la galaxia a todo aquel que pudiera y quisiera pagarlo, una oportunidad única que George B. no estaba dispuesto a dejar pasar por

alto, máxime cuando este planeta no solía estar incluido en las rutas habituales del *Marco Polo*.

George B. sabía a donde dirigirse, no en vano había planeado con todo detalle lo que pretendía que fuera un triunfo clamoroso. Tras escabullirse con sigilo de sus compañeros, no fuera a ser que alguno de ellos, tras espiarle, le pisara el terreno, se dirigió a un suburbio apartado del bullicio de la ciudad sin preocuparle la sordidez del mismo, que no hacía presagiar nada bueno; a buen seguro la vida allí no valía un céntimo, pero él sabía moverse por esos andurriales sin correr demasiado peligro, no en vano había nacido y crecido en un lugar no demasiado diferente allá en la lejana Tierra.

El astronauta no andaba a ciegas. Sus fuentes de información eran fiables, y sabía que allí, a diferencia de los barrios más céntricos, se daba cita la hez de media galaxia, una circunstancia eficaz para mantener alejados a sus rivales, desconocedores de que sólo en ese lugar era posible encontrar prostitutas de razas desconocidas procedentes de mundos remotos situados en los confines de la galaxia y, por este motivo, prácticamente desconocidas en la mayor parte del orbe. Pero él no se conformaba tan sólo con una hetaira exótica; eso ya estaba demasiado visto. Lo que pretendía era poder presumir de haber mantenido la relación sexual más original posible, para envidia de todos sus amigos.

Su destino era el garito de Joe *Malaspulgas*, situado en el mismo corazón del albañal; allí se jugaba a todo lo jugable, se bebían brebajes procedentes de varias docenas de mundos distintos, se consumía todo tipo de drogas... y se ejercía el oficio más antiguo de la galaxia en todas sus posibles versiones. Gracias a un chivatazo que le dieron en Cigalia, un planeta habitado por artrópodos donde había hecho escala el *Marco Polo* antes de recalar en Gomorra, y a una posterior llamada intergaláctica para confirmarlo que le dejó poco menos que tiritando el saldo de su cuenta corriente, George sabía que allí se hallaba lo que él andaba buscando, una alienígena procedente del Borde de Ymir, un sector de la galaxia recientemente explorado y todavía en cuarentena, razón por la cual a los civiles les estaba tajantemente prohibido viajar allí y, todavía con más razón, a sus habitantes abandonarlo. La presencia en Gomorra de este espécimen era, pues, de todo punto irregular, lo que añadía valor a su proeza.

Por supuesto, se había asegurado previamente de que tanto el metabolismo como la fisiología de la ymiriana fueran compatibles con los suyos, pero el taimado *Malaspulgas* se había negado en redondo a darle más explicaciones, asegurándole de que tendría el privilegio único de disfrutar de un placer excepcional, ya que, auguraba, una vez que el Borde de Ymir se abriera a la navegación sus nativas iban a arrasarse en todo el universo conocido.

Pese a tan triunfalistas afirmaciones, George no acababa de tenerlas todas consigo. La honradez era un valor poco cotizado por esos pagos, y desde luego no existía la

posibilidad de pedir el libro de reclamaciones si uno no quedaba satisfecho con el servicio prestado. Además la broma le iba a salir cara, demasiado cara para sus modestos ingresos, de manera que no tendría más remedio que hacerlo de fiado a cuenta del montante de la apuesta que pretendía ganarles a sus compañeros; de no conseguirlo se vería metido en un buen lío para pagar a *Malaspulgas*, y ni siquiera poniendo por medio varios sistemas planetarios lograría librarse de la visita de sus eficaces *recaudadores*.

Evidentemente *Malaspulgas* no era el verdadero nombre del proxeneta, pero así era como le conocían sus clientes humanos; y ciertamente hacía honor al mismo, puesto que su carácter irascible era conocido en toda Gomorra. *Malaspulgas* era un humanoide procedente del Mundo de Smith, y si hubiera que describirle físicamente podría hacerse comparándolo con el *Enanito Gruñón* de Blancanieves... eso sí, con una piel escamosa de color verde grisáceo, dos pares de ojos facetados -delanteros y traseros- y unos brazos adicionales rematados en unas afiladas pinzas provistas de colmillos venenosos, los cuales no vacilaba en usar en caso necesario. Añádase a todo ello una agilidad felina -el Mundo de Smith era un planeta de alta gravedad, a diferencia de los escasos 0,85 g de Gomorra- y una mente fría como un témpano, y así se podrá contar con una cabal idea del propietario del garito; el cual, por cierto, no toleraba la menor chanza acerca de lo menguado de su estatura, aunque aceptaba complacido su apodo terrestre.

Claro está que, cuando le interesaba, *Malaspulgas* sabía ser simpático, e incluso zalamero; todo dependía del dinero que hubiera en juego. A su pupila ymiriana le había asignado la tarifa especial plus, la más cara de todas, lo que quería decir que a cualquiera que se encaprichara de ella el antojo le saldría por un buen pellizco. Así pues, no es de extrañar que recibiera al cohibido George B. con los brazos abiertos... con los prensiles, evidentemente, no con los quelicerados. Y como tampoco se opuso a que éste le firmara un pagaré, seguro como estaba de que lo acabaría cobrando, pasó a cantarle las excelencias de su *empleada*.

-Serr maravillosa, *efendi* -a todos los terrestres les otorgaba *Malaspulgas* ese tratamiento, quizá porque el primero que conociera debió de pertenecer a la religión musulmana-. Auténticamente ma-rra-vi-llo-sa -enfaticó-. Su acento era sibilante y rasposo, debido quizá a un funcionamiento incorrecto del traductor automático, o puede que a causa del propio sintetizador de voz; a los alienígenas les solía resultar tan dificultoso imitar las sutilezas de la garganta humana, como a los terrestres hacer lo propio con sus extraños mecanismos fonadores.

-Sí, le creo -respondió el nervioso astronauta-, pero ya le he dicho que necesito ganar la apuesta, y para ello es preciso tener la certeza de que ninguno de los golfos de mis compañeros pueda encontrar una... *chica* tan exótica como la mía.

-¡Oh, usted perrderr cuidado, *efendi*! -le tranquilizó el pequeño gnomo-. No haberr más ymirrianas en mochos años luz de distansia... yo correrr grrande rriesgo, y gastarr mocho, mocho dinerro en trraerrla aquí. ¡Serr única en todo sector Gomorra! -concluyó exultante.

-Ya, pero por este planeta pasan muchos terrestres... -objetó el astronauta, que seguía sin tenerlas todas consigo.

-No prreocoparr, *efendi*, no prreocoparr... no prproblemo. ¡Osted serr prrimerr humano en conocerrla...! ¡Prrimerr humano! Seguro. Osted ganarr aposta. Osted rico.

*Y espero seguirlo siendo, al menos hasta que zarpe el Marco Polo*, pensó su interlocutor, estremeciéndose ante la idea de que a alguno de sus compañeros le diera por dejarse caer por allí; en lo tocante a los negocios, *Malaspulgas* no tenía amigos.

-Está bien -suspiró-. Le creo. Pero dígame, ¿las ymirianas son humanoides? No es que tenga prejuicios al respecto, pero...

-Serrlo, perro no serrlo -fue la desconcertante respuesta-. O mejorr, no serrlo, perro serrlo.

-¿Cómo? -preguntó el astronauta, completamente perplejo ante tamaño galimatías; su capacidad intelectual no daba para tanto.

-Serr simple cosa. Chica no serr humanoide. Perro poderr serrlo si ella querrerr.

-Cada vez lo entiendo menos -gruñó.

-Serr fásil mocho entenderr. Ymirrianos serr rraza multiforme. Caso solo ellos en toda completa galaxia. No tenerr forma prpropia, perro poderr adoptarr cualquiera que ellos desearr. Simple. -concluyó el alienígena, esbozando la mueca que para los de su raza equivalía a una sonrisa.

-¡Me parece que esto empieza a ponerse interesante! -a George B. se le habían abierto los ojos como platos- ¿Podría esta chica elegir el cuerpo que yo prefiriera?

-Porr soposto, porr soposto... -aseveró el smithiano- No cualquierr hembra humana, no. La mejorr hembra humana. Ella serr capas, sí, imitarr hurries -era evidente que *Malaspulgas* había tenido más de un trato con musulmanes.

-¡Vaya, vaya! -al terrestre la boca, y lo que no era la boca, empezaba a hacérsele agua. Mas de repente frunció el ceño, cayendo en la cuenta de que algo no acababa de encajar del todo.



-¡Oye, amigo! ¿No me estarás engañando? Si como dices esta ymiriana jamás en su vida ha visto a un humano, ¿cómo demonios va a poder adoptar el cuerpo adecuado?

-¡Oh! Fasil, mocho fasil. Ymirrianos serr telépatas. Leerr mente tuya, sí. Ella adivinarr tus deseos, y cumplirrlos. Cumplirrlos mocho bien, sí. Tú contento, mocho contento. Seguro.

-Bueno, eso cambia bastante las cosas. -se relajó.

-No todo aún, no todo aún -insistió el hombrecillo verde-. Haberr todavía mejorr. Ymirriana emitirr ferromonas. Mocho bueno serr ferromonas. Afrodisíacos naturales perrfectos, espesiales parra ti. Tú disfrutarr como nunca tuya vida. Tú éxtasis, sí.

-¿Dónde está esa maravilla? -las hormonas de George B. estaban a punto de entrar en ebullición.

-Serrca, mocho serrca estarr aquí. Perro tú antes pagarré firmarrme... -concluyó el alienígena al tiempo que le extendía un genodocumento homologado.

George no dudó un solo instante en firmarlo con su ADN.

\* \* \*

La realidad desbordó con creces todas sus expectativas. Tras aguardar unos minutos, reprimiendo su impaciencia, en una pequeña sala aneja al dormitorio donde aguardaba la ymiriana -según *Malaspulgas* ésta necesitaba algún tiempo para leer su mente y metamorfosearse convenientemente, no era cuestión de verla en su forma o, mejor dicho, su no-forma original-, George B. alcanzó el paraíso. Mucho más que el paraíso, puesto que jamás humano alguno pudo soñar siquiera poder disfrutar con la mujer -o el hombre- de sus sueños... porque la ymiriana, que dijo llamarse Marilyn -el nombre favorito, huelga decirlo, del astronauta-, era literalmente su mujer ideal, esa mujer con la que siempre había soñado y jamás había logrado encontrar.

Las habilidades amatorias de Marilyn no sólo eran excepcionales, sino asimismo únicas. Aunque su cliente no fuera consciente de ello, no sé había limitado a leer en su mente los pensamientos conscientes, sino que también lo había hecho con todo el substrato del inconsciente que controlaba las funciones más profundas y primitivas de su organismo, incluyendo evidentemente el instinto sexual, llegando hasta la misma base bioquímica de su cerebro. Dicho con otras palabras, la alienígena había sido capaz de descifrar, mimetizándolas a la perfección, las pautas de conducta más básicas e instintivas del humano que tenía entre sus falsos -pero no por ello menos reales- y bien torneados brazos.

Asimismo, atendió con un celo exquisito todas y cada una de las fantasías sexuales del embobado astronauta, incluyendo aquellas de las que éste ni tan siquiera era consciente de su existencia. El resultado, como cabe suponer, fue tan demoledor como la explosión de una supernova.

George B. se derretía literalmente de placer. Extasiado como nunca en su vida lo había estado -*Malaspulgas* no había mentido-, sintiendo vibrar todas y cada una de las células de su cuerpo al compás que marcaba su infatigable compañera, se sentía en el culmen mismo de la excitación sexual. Aun en el improbable caso de que no ganara la apuesta, la experiencia habría merecido la pena.

En contra de lo que determina la fisiología masculina su orgasmo, lejos de apagarse tras su efímera erupción, perseveraba incólume pareciendo no tener fin. De donde extraía su cuerpo esas inagotables energías era una auténtica incógnita, ya que el astronauta había dejado atrás tiempo ha su juventud, pero su ímpetu y fogosidad habrían dejado boquiabierto al más pintado... incluyéndole a él, de haber estado en situación de poder analizar el insólito comportamiento de su cuerpo.

Pero no era consciente de ello... ni le importaba lo más mínimo, volcado como estaba en gozar sin límites del inenarrable placer que le embargaba. No hablaba, ni siquiera pensaba... ¿para qué distraerse con esas nimiedades? Tan sólo sentía, y ya era bastante.

Pero la ymiriana sí mantenía el control de sus actos. Y en su afán por emular lo mejor posible a las humanas que estaba suplantando -al fin y al cabo ella era una profesional, y pretendía comportarse como tal-, decidió recurrir a esas frases tópicas, que, gracias a la mente de su cliente, pudo saber que se solían intercambiar los humanos durante sus encuentros amorosos.

-¿Gozas, mi amor? -le preguntó con voz sensual a su electrizado compañero.

-¡S...í! ¡Mu... mucho! -respondió éste entre jadeos.

-¿Qué deseas que te haga ahora? -de sobra lo sabía, incluso mejor que él mismo, pero estimó que un poco de teatro añadiría sal a su trabajo.

-Yo... -el bueno de George a duras penas podía articular palabras- Yo... quisiera... me encantaría... fundirme... contigo... y... ser... los dos... un... solo... cuerpo... y un... solo... espíritu... mi... amor...

No dejaba de ser una inocente frase retórica que acostumbraba a emplear para fascinar a las mercenarias del amor; al fin y al cabo, a él también le gustaba quedar bien. Pero en esta ocasión fue muy distinto para desgracia suya, puesto que estas palabras actuaron como una espoleta desencadenando la catástrofe.

\* \* \*

-Lo siento, capitán López, pero sigo insistiendo en que mi compañía tiene buenas razones para negarse a cubrir el deceso de su empleado; y por mucho que se empeñe, la ley nos da la razón.

Bonifacio López, armador del *Marco Polo* y capitán del mismo, comenzó a dar vueltas en torno a su minúsculo despacho como un león enjaulado, haciendo que su interlocutor, un hombrecillo de aspecto insignificante, se sintiera cohibido.

-¿Cómo que no quieren hacerse cargo de la muerte de mi tripulante? -bramó al representante de la aseguradora, quien se encogió todavía más en su asiento-. Escuche, llevo un buen puñado de años pagándoles religiosamente y jamás he regateado un solo céntimo a pesar de que las sanguijuelas de sus jefes cada vez me sangran más. ¡Por eso les exijo que asuman sus compromisos! George B. murió en el transcurso de un viaje, estaba enrolado legalmente en mi buque y por lo tanto le cubría la maldita póliza que tengo suscrita con ustedes.

-Permítame que le recuerde que no se trató de un accidente laboral, puesto que el fallecimiento tuvo lugar cuando el finado estaba franco de servicio y en el exterior del carguero... -se defendió el corredor, pasando inmediatamente al ataque-. Además, el percance ocurrió en un lugar, digamos, bastante poco recomendable.

-¡Escúcheme, leguleyo del demonio! Usted no es quien para darnos lecciones de moral a mí o a mis hombres. Limítese a ceñirse a los términos del contrato, sin hacer juicios de valor baratos. En la póliza dice claramente que durante las escalas técnicas del buque, y en Gomorra paramos tan sólo el tiempo justo para cargar combustible y entregar algunos portes, se considerará que todos los miembros de la tripulación se encuentran *in itinere* aunque estén francos de servicio y hayan abandonado temporalmente el buque, razón por la cual en caso de accidente gozarán de la misma cobertura que si se encontraran trabajando en ese momento. ¿Qué me dice usted a esto, tío listillo?

-Le aseguro que conozco de sobra las cláusulas de su póliza, puesto que estoy harto de manejar otras muchas idénticas; quien no parece haberlas estudiado a fondo, lamento tener que decírselo, es usted -respondió con aplomo el hombrecillo-. Si lo hubiera hecho, habría descubierto que existe un supuesto en el que mi compañía se exime de toda responsabilidad, concretamente en el caso de que exista presunción de imprudencia grave por parte del tomador del seguro o, como es el caso que nos ocupa, de alguna de las personas acogidas a su cobertura colectiva.

Baldomero López se quedó literalmente con la boca abierta.

-¿Qué insinúa? Mi tripulante no hizo nada diferente de lo que hacen la mayor parte de los astronautas cuando llegan a puerto... tan sólo pretendía divertirse un poco y lo que ocurrió era de todo punto imprevisible. Y si a usted no le gusta esto, le sugiero que cambie de oficio y se meta a sacerdote de la religión que más le agrada. Pero una compañía de seguros no tiene por qué entrometerse en la vida privada de sus asegurados.

-Por supuesto que no, siempre y cuando esto no contravenga ni la letra del contrato ni la presunción de buena fe -porfió impertérrito su interlocutor-. Suscribir un seguro de vida no le da derecho a jugar a la ruleta rusa y luego reclamar una indemnización si se salta la tapa de los sesos, pongo por ejemplo... y en este caso nos encontramos con una situación similar.

-Eso es falso -gruñó el astronauta-. Me consta que George B. no era ningún suicida, y desde luego no pensaba en modo alguno que su... ¡hum! aventura pudiera tener un final tan trágico. Pregúntele al dueño del local, éste tampoco esperaba que fuera a ocurrir este desastre, y desde luego de haberlo sabido no habría corrido el menor riesgo.

-Ya hemos hablado con el señor... dejémoslo en *Malaspulgas*; aunque su nombre real figura en la copia del atestado policial, le juro que soy incapaz siquiera de deletrearlo.

-¿Y?

-Desde luego insiste en que la muerte de su tripulante fue meramente accidental, cómo va a decir otra cosa... pero eso no significa que nosotros aceptemos esta versión de los hechos.

-¿Qué otra versión hay?

-La de la policía gomorrita, por supuesto -el agente de seguros revolvió en su portafolios buscando una copia impresa del atestado policial, que esgrimió triunfante ante a su anfitrión-. ¿Sabía usted que la alienígena que... devoró a su tripulante procedía de un sector galáctico cerrado y que su presencia en el planeta era totalmente ilegal?

-¿Y eso qué tiene que ver? -objetó el capitán López derrumbándose en su sillón- Eso es un problema del proxeneta, no nuestro...

-Lamento contradecirle, pero también es problema suyo, puesto que su tripulante conocía esta circunstancia previamente a la contratación del servicio; de hecho, fue él quien la exigió aduciendo algún tipo de apuesta que había cruzado con varios compañeros suyos. Si lo desea, podríamos interrogarlos...

-No creo que sea necesario -bufó el propietario del *Marco Polo*-. Supongo que eso ya lo habrán hecho los policías y lo habrán incluido en el atestado. En cualquier caso, al desgraciado George B. sólo se le podría acusar de haber sido cómplice en un delito de inmigración ilegal, y desde mi punto de vista esto no altera el sentido de nuestra reclamación. Legal o ilegal, se trató de un accidente impredecible.

-No tan impredecible -rebató el visitante-. Si el propietario del lupanar, o el propio finado, se hubieran molestado en estudiar siquiera un poco los hábitos sexuales de los ymirianos, habrían contado con los suficientes indicios como para pensárselo dos veces.

-¡Vaya! Ahí sí que me pilla de nuevas -confesó Bonifacio-. En cualquier caso, no le veo la relación...

-Pues la tiene, le aseguro a usted que la tiene. ¿Ha oído hablar de cómo son los coitos de algunos invertebrados terrestres, tales como las mantis religiosas o varias especies de arañas?

-No, la verdad es que no... yo soy astronauta, no científico.

-Es simple cultura general -ironizó su interlocutor-. Pero no importa. Por decirlo en dos palabras, una vez inseminada la hembra, ésta devora al macho... siempre y cuando el infeliz no consiga escabullirse a tiempo. Dicen que se debe a que, una vez que ha aportado su carga genética, éste ya es innecesario para la perpetuación de la especie, por lo cual, y en beneficio de la misma, la hembra aprovecha sus proteínas, que de otro modo acabarían perdiéndose. Si se mira bien, es algo tremendamente lógico.

-¿No pretenderá decirme que...?

-¿Qué los ymirianos son como las mantis? Pues según como se mire. A los ojos de los humanos sí, desde luego, pero ellos sostienen una versión muy diferente. Afirman, y no les falta razón, que al tratarse de una raza morfológicamente indiferenciada su reproducción no puede seguir las pautas habituales en otras especies, y que en realidad la hembra no devora al macho, sino que ambos se funden en una única entidad simbiótica la cual les permite intercambiar sus respectivos cromosomas, o lo que tengan equivalente. Algún tiempo después los *hijos* brotan en forma de yemas y se escinden de la madre como si fueran esquejes. En realidad es algo parecido a los mecanismos reproductores de nuestros organismos unicelulares... -y como viera que el ceño fruncido del capitán daba muestras de que éste no había entendido lo más mínimo, se explicó- En resumen, que la hembra absorbe literalmente al macho y escupe luego a sus hijos. Pero ellos lo consideran normal y es su forma natural de reproducción.

-Pero George no era uno de los suyos... dudo mucho que pudiera reproducirse con él.

-No, por supuesto que no; ni siquiera lo pretendía. Según ha declarado a la policía, todo se debió a un desgraciado accidente. De hecho, la ymiriana llevaba algún tiempo acostándose con clientes de diferentes especies completamente dispares entre sí, y jamás había tenido el menor problema con ninguno de ellos. Por esta razón, ni ella ni su patrón sospecharon siquiera la posibilidad de que la alienígena pudiera tomar por congénere suyo al desdichado George B. y obrara en consecuencia conforme a los dictados de sus instintos reproductores.

-¡Un momento! -exclamó Baldomero presa de una repentina excitación- Usted acaba de reconocer que se trató de algo accidental...

-Yo no he reconocido nada -zanjó de forma tajante el interpelado, replegando precipitadamente velas-. Tan sólo me he limitado a comunicarle lo que declararon los dos imputados a las autoridades locales, sin hacer el menor juicio de valor al respecto. Por otro lado, insisto en recordarle que la conducta imprudente es causa sobrada para eximirnos de cualquier tipo de responsabilidad económica. Y desde luego, resulta evidente que imprudencia hubo, y grave, por parte del fallecido, que además incurrió en una ilegalidad flagrante. En cuanto a las posibles responsabilidades, tanto civiles como penales, que puedan derivar del caso, se trata de algo que escapa por completo de nuestras competencias.

-¡Ah, ya! -se derrumbó el astronauta- Está claro que ustedes siempre procuran tener agarrada la sartén por el mango. Pero dígame, ya a título de curiosidad, si anteriormente no había pasado nada, ¿por qué ocurrió con mi subordinado? ¿Qué tenía de especial?

-En principio, nada. Pero según dijo la propia ymiriana, su tripulante logró excitarla como ningún otro cliente anterior lo había hecho, haciéndole perder su autocontrol; y cuando él dijo que le gustaría fundirse con ella, pues... pasó lo que pasó. Evidentemente el desdichado hablaba en sentido figurado, pero ella lo interpretó de forma literal y obró en consecuencia, fagocitándolo tal como habría hecho con un macho de su especie. Aunque se dio cuenta de forma inmediata del error que había cometido, ya era demasiado tarde; cuando quiso *escupir* a su víctima, de ésta quedaba tan poco que sus restos cupieron en una caja de zapatos.

-No necesito que me de detalles -masculló el capitán-; vi los restos. Y le aseguro que no resultó agradable. Ni siquiera pudimos hacerle un entierro decente. En fin -suspiró-, está visto que es inútil seguir insistiendo, puesto que ustedes se niegan en redondo a pagar la indemnización por el fallecimiento de George B.

-Ya se lo he dicho, señor López, nos limitamos a acogernos a las cláusulas del contrato; es algo completamente legal y estamos obligados a velar por los intereses de nuestros accionistas. Por otro lado, no acabo de entender por qué tiene usted tanto

interés en cobrar ese dinero; el fallecido era soltero y carecía de herederos conocidos, con lo cual el beneficiario...

-Sería la tripulación del *Marco Polo*, excluida la oficialidad -le interrumpió éste-; así figura en la póliza, debería haberlo leído también. Aunque en realidad, según un acuerdo interno, pasaría a engrosar una bolsa común que tenemos reservada para emergencias. Ya sabe, a veces alguien necesita dinero para salir de un apuro...

-Eso no cambia las cosas. Encuentro loable su interés, por supuesto, pero lamento decirle que mi compañía no se puede permitir el lujo de incurrir en sentimentalismos.

-Como usted quiera. El caso es que necesitamos ese dinero ahora para resolver un problema... permítame que se lo explique en un momento -la cara de circunstancias del visitante era expresiva, pero al capitán no le importó-. Verá, el desgraciado incidente que se saldó con la muerte de mi tripulante ha provocado una serie de desagradables secuelas que aún colea. *Malaspulgas* está muy cabreado, ya que las autoridades locales de Gomorra le han clausurado el garito y amenazan con imponerle una fuerte multa; no por la muerte de George, está claro que ahí no hubo intencionalidad alguna, sino por tener contratada ilegalmente a una nativa procedente de un mundo cerrado y tutelado por la Federación Galáctica. En realidad los gobernantes gomorritas suelen tener una manga bastante ancha para estas cosas, y si por ellos fuera no habría habido mayor inconveniente en echar tierra al asunto; lo malo es que la noticia llegó a oídos del delegado de la Federación, y esto sí les puede traer quebraderos de cabeza...

-Ya le he dicho que eso no es asunto nuestro -respondió el agente poniendo cara de póker.

-Yo diría que sí; si ustedes se hubieran limitado a entregar el dinero sin remover nada, no habríamos tenido ningún problema; ni nosotros, ni *Malaspulgas*, ni el gobierno local teníamos el menor interés en que la cosa trascendiera. Pero ustedes, en su afán por rapiñar hasta el último céntimo, entraron como un elefante en una cacharrería provocando que el asunto llegara a conocimiento de los *federatas*...

-Estábamos en nuestro derecho.

-No lo niego, pero entonces tendrán que asumir las consecuencias.

-¿Nos está amenazando?

-No, en absoluto -Baldomero comenzaba a disfrutar jugando al ratón y al gato-; simplemente le estoy informando de la situación en que todos, ustedes incluidos, nos encontramos. *Malaspulgas* ha hecho un cálculo, por cierto lo tengo aquí por si quiere echarle un vistazo, de las pérdidas económicas que le va a ocasionar la repatriación de la ymiriana (la volverá a traer de nuevo, por supuesto, pero llevará su tiempo), el cierre

temporal de su local, la multa que le van a imponer los *federatas* y los correspondientes sobornos que tendrá que pagar para conseguir que las aguas vuelvan a su cauce lo antes posible; y da la casualidad de que esta cifra viene a coincidir más o menos con el importe de la indemnización que ustedes se niegan a entregar.

-Pero...

-En realidad la cantidad que reclama es mayor, pero se siente generoso y está dispuesto a renunciar al resto en aras de alcanzar un acuerdo amistoso. Mis chicos están conformes en renunciar a la parte que les correspondería, pero claro está que ni ellos ni yo podríamos asumir el pago de esa cantidad. Además, *Malaspulgas* lo entiende perfectamente y no siente ningún tipo de animadversión hacia nosotros ni, por supuesto, nos ha amenazado aunque, eso sí, me solicitó que intercediera ante ustedes ya que él, lógicamente, no puede hacerlo.

-Esto es irregular... -estalló el hombrecillo, con el rostro rojo como la grana-. Es una vulgar extorsión.

-Llámelo como quiera, pero es lo que hay. La vida en el cosmos es dura, y mientras ustedes descansan sus gordos culos -la metáfora no dejaba de ser chocante, puesto que el agente de seguros no tenía gorda ninguna parte de su cuerpo, pero eso al capitán López le daba igual- en los mullidos sillones de sus confortables despachos, nosotros nos jugamos el pellejo cada vez que este cacharro da un salto hiperlumínico. ¿Sabía que no puedo ponerle motores nuevos a esta cafetera porque un sinfín de garrapatas como ustedes nos arrebatan sin el menor esfuerzo buena parte de las ganancias?

-Señor mío, esto es intolerable. No estoy dispuesto a consentir que me insulte de esta manera. -exclamó el hombrecillo levantándose por vez primera de su asiento.

-Como quiera; ya sabe donde está la salida. Pero le advierto una cosa: *Malaspulgas* no es alguien que acostumbre a recurrir a los tribunales, pero cuenta con sus propios medios para alcanzar sus propósitos al margen de las leyes federales. Y le puedo asegurar que son eficaces, incluso en la misma Tierra. Si quiere un consejo, yo que ustedes procuraría no tenerlo como enemigo.

-Yo carezco de poder de decisión -balbuceó el visitante con un hilo de voz, al tiempo que se dirigía apresuradamente a la puerta-. Lo único que puedo hacer es poner en conocimiento de mis superiores todo esto que usted me ha comunicado de forma no oficial.

-Hágalo -Baldomero exhibió una sonrisa lobuna al tiempo que veía escabullirse al hombrecillo-. Por su propio bien.

\* \* \*



Tres días después la compañía de seguros, sin ningún tipo de explicaciones, ingresaba en la cuenta bancaria del *Marco Polo* la indemnización correspondiente al fallecimiento accidental de George B. De todos modos, y por si acaso, a partir de ese momento el capitán del carguero prefirió buscar otras escalas alternativas en sus viajes al Sector Trífido.

## CABALLO DE TROYA

Grxwft, comandante supremo del cuerpo expedicionario que el planeta Triis había enviado para conquistar la Tierra, se hallaba estudiando unos documentos en su despacho cuando percibió la llegada de su lugarteniente Xhñqzm. Éste, tras hacer a su superior el saludo reglamentario abatiendo las antenas en señal de sometimiento, procedió a transmitirle su informe.

-Señor, le comunico que tras haberse alcanzado el grado de cobertura máximo, todo está listo para el Gran Estallido. Tan sólo falta que dé usted la orden.

-Está bien, Xhñqzm, ejecútenlo -respondió Grxwft haciendo un gesto distraído con una de sus pinzas de ataque-. Al fin y al cabo todos estamos empezando a aburrirnos por esta inacción, por lo que a nuestros soldados les vendrá bien un poco de actividad.

El lugarteniente saludó y se retiró, dejando a Grxwft sumido en sus propias meditaciones acerca de lo fácil que resultaría conquistar un nuevo mundo para la raza triissi, algo que no dejaba de ser insatisfactorio para un guerrero como él, descendiente de una de las más linajudas castas de Triis... pero era lo que había.

\* \* \*

Apenas unas horas después, todos los teléfonos móviles existentes en el planeta, incluyendo los que en esos momentos se encontraban apagados, emitieron una onda mortal de naturaleza desconocida que provocó la muerte, con el cerebro literalmente achicharrado, de todas aquellas personas que se encontraban a menos de varios metros de distancia de alguno de ellos. Hubo supervivientes, por supuesto, pero de ellos se encargaron las hordas de artrópodos gigantes que, abatidos sobre la superficie terrestre cual apocalíptica nube de langosta, procedieron a aniquilarlos de forma sistemática.

Tres meses más tarde el comandante Grxwft comunicaba a las autoridades de su planeta que la Tierra estaba completamente limpia de la que antaño fuera la especie dominante. Tan sólo quedaba por resolver el tema de los varios miles de millones de cadáveres que se pudrían a lo largo y ancho de su superficie, pero por fortuna los triissi eran carroñeros y a los recién llegados colonos no les faltaría comida.

\* \* \*

Terminada su misión, y a la espera de entregar el mando al gobernador enviado de Triis para hacerse cargo del planeta, Grxwft procedía a recoger sus efectos personales en la estación espacial, camuflada en el punto de Lagrange L5 de la órbita terrestre, desde la cual había dirigido la conquista de la Tierra. Estaba eufórico, pues en premio a su labor le

habían ofrecido un importante cargo militar en el frente de la Nebulosa Sombría, donde los triissi llevaban luchando desde hacía varias generaciones contra un enemigo secular no menos tenaz, los boombai. Esto le permitiría demostrar sus innegables aptitudes para la guerra, que iban mucho más allá de la aburrida campaña de exterminio que había llevado a cabo en el conquistado planeta.

Prueba de su alegría era la distendida conversación que mantenía, pese a la diferencia de castas, con Xhñqzm, su antiguo subordinado, que permanecería en ese sistema solar al mando del pequeño destacamento encargado de perseguir y erradicar a los posibles grupos de supervivientes -en cualquier caso pequeños y dispersos- que pudieran haber quedado en el planeta, una labor puramente policíaca que Grxwft miraba con desdén.

-Enhorabuena, señor, por su éxito -le adulaba Xhñqzm, que a duras penas lograba disimular su evidente impaciencia por perderle de vista-. Ha sido una victoria completa.

-¡Bah! -gruñó Grxwft chasqueando las pinzas en muestra de desagrado-. Esto no ha sido una guerra decente, sino un simple exterminio de alimañas. Y por si fuera poco, nuestras tropas apenas si tuvieron ocasión de entrenarse en combate real, puesto que ya habíamos aniquilado a la mayor parte de ellos gracias a los cebos que tan estúpidamente mordieron ellos mismos.

Xhñqzm, que pertenecía a una casta de científicos y había sido el supervisor de la campaña de exterminio previa a la acción militar, tuvo que hacer esfuerzos por contenerse frente a tan evidente insulto, por otro lado habitual en el trato que las castas guerreras daban a los que ellos consideraban inferiores. Pero calló, por la cuenta que le traía. Más inteligente que su superior, era consciente de que los cebos habían servido para evitar a los militares una campaña larga y costosa, no porque los humanos supusieran un rival digno de tal nombre frente a la superior tecnología triissi, sino porque lo elevado de su número, varios miles de millones de especímenes repartidos por todo el planeta, habría convertido en un trabajo ímprobo su exterminio.

Por fortuna ellos mismos habían mordido el anzuelo. Cuando varias décadas atrás, según el cómputo de tiempo local, el cuerpo expedicionario triissi llegó al Sistema Solar, se encontró con que la especie dominante, los humanos tal como se autodenominaban, había logrado alcanzar un grado notable de desarrollo, aunque muy atrasado conforme a los parámetros de los invasores. Éstos, o mejor dicho sus científicos, habían logrado convencer a los tozudos militares de que merecería la pena probar a proporcionarles -sin que ellos lo supieran, evidentemente- algún objeto tecnológico susceptible de convertirse en un utensilio de amplio consumo; objeto que llevaría incorporado de forma oculta un dispositivo mortal capaz de ser accionado por los triissi desde su refugio, consiguiendo así de una forma limpia y cómoda desembarazarse de la mayor parte de los ejemplares de tan molesta y estúpida raza.

Ésta fue la manera en la que los teléfonos móviles entraron en la vida de los extintos terrestres, sin que nunca nadie, ni tan siquiera sus inventores oficiales, llegara a sospechar - los técnicos triissi supieron trabajar bien, por más que el mérito se lo acabaran llevando los militares- su origen alienígena. Y fue tal el éxito de estos artilugios que pronto llegó a haber más terminales que habitantes en el planeta, por lo que a los invasores y nuevos dueños de la Tierra les bastó con algo tan sencillo como apretar un botón para que la historia cambiara para siempre.

## VISITA EXTRATERRESTRE

Tradicionalmente el estamento científico ha venido considerando siempre con extremo escepticismo todo aquello relacionado con los ovnis y con las presuntas visitas de habitantes de otros planetas. Y, justo es reconocerlo, no les faltaba razón; no tanto por la presunta violación de un buen puñado de leyes físicas, al fin y al cabo un científico del siglo XIX hubiera pensado lo mismo de llegar a conocer nuestra tecnología actual, sino por el profundo e inevitable secretismo que suele acompañar a todos estos avistamientos, sin la menor prueba fehaciente y demostrable más allá de unas películas o vídeos trucados y sin testimonios con un mínimo de garantías, siempre con unos protagonistas -la parte humana, se entiende, no la alienígena- carentes por completo de credibilidad, cuando no sospechosos, como poco, de ser unos chiflados o unos embaucadores.

Porque, claro está, a nadie le agrada sentirse engañado, y los científicos no son, evidentemente, ninguna excepción.

Pero finalmente ocurrió, quizá por vez primera en la historia, un caso incontrovertible de encuentro en la tercera fase, el cual serviría para que la humanidad pudiera constatar de modo fehaciente e irrefutable que no se encontraba sola en el cosmos.

Y es que, se mire como se mire, que un enorme disco volante de sus buenos cien metros de diámetro se pose en mitad del Central Park neoyorquino un domingo por la mañana no es, desde luego, algo que pueda pasar desapercibido.

De hecho, el parque estaba abarrotado de visitantes que disfrutaban plácidamente del tibio sol otoñal, los cuales no tuvieron la menor ocasión de huir ya que el vehículo extraterrestre había emitido previamente unos gases o radiaciones desconocidos -no se pudo determinar su naturaleza exacta- que provocaron en todos ellos una inmediata inconsciencia.

Y como además el artefacto alienígena se las apañó para anular la totalidad de la energía eléctrica -hasta las pilas de todos los relojes se agotaron al unísono- en un radio de varios kilómetros en torno a su lugar de aterrizaje, como cabe suponer cuando las fuerzas de la policía y del ejército pudieron llegar hasta la *zona cero* ya era demasiado tarde, habiéndose marchado el platillo volante sin que nadie se lo impidiera, ni siquiera los aviones de combate enviados precipitadamente desde las bases aéreas cercanas para interceptarlo.

Por lo demás, a poco de su partida la ciudad comenzó a recuperar una relativa tranquilidad. Pronto se pudo comprobar que el intruso no había causado más perjuicios que los inevitables *daños colaterales* inherentes a la brusca interrupción de la energía eléctrica, principalmente accidentes de tráfico y de otros tipos. En lo que respecta al Central Park,

salvo la huella en forma de circunferencia perfecta y medio metro de profundidad que quedó marcada en mitad del parque, no hubo que lamentar víctimas humanas -al parecer sus tripulantes tuvieron mucho cuidado en no aplastar a ninguno de los yacentes, apartándolos no se sabía como de debajo de su nave antes de que ésta se posara- aunque sí numerosas caninas, ya que no mostraron el mismo interés por preservar las vidas de las mascotas. A ellas había que sumar un número indeterminado de ejemplares de la fauna autóctona del parque -principalmente palomas y estorninos-, ya que hasta las volátiles habían sido afectadas por la parálisis inducida, así como los considerables daños provocados en la flora, con un considerable número de árboles aplastados bajo la inmensa mole del ovni.

Todos aquellos que habían sido víctimas de la pérdida de consciencia provocada por el intruso fueron recuperándose poco a poco, aparentemente sin ningún tipo de trastorno. Al parecer la primera invasión extraterrestre, tal como fue calificada ésta por la prensa sensacionalista, había sido aparentemente inofensiva, por más que nadie alcanzara a adivinar las razones de tan insólita visita.

Sin embargo, éstas no tardarían mucho en saberse cuando comenzaron a llegar a la policía varias denuncias por desapariciones de gente que se encontraba en el parque en el momento en el que llegó allí el platillo volante. Tras hacer un recuento se llegó a la conclusión, posteriormente confirmada por las grabaciones de las cámaras instaladas en la zona, de que los extraterrestres, de los que tan sólo se sabía que eran aparentemente humanoides e iban encerrados en el interior de unas recias armaduras -aunque algunos opinaban que pudiera tratarse de robots-, habían procedido a secuestrar a alrededor de unas dos docenas de personas, en su mayoría jóvenes de ambos sexos, a los cuales se llevaron consigo sin que se volviera a tener la menor noticia de ellos... ni tampoco de sus captores.

\* \* \*

## **EL ECO CÓSMICO**

### **HALLADA UNA NUEVA FORMA SEMIINTELIGENTE DE VIDA**

De nuestro corresponsal en Kalanpoor, Cuarto Sector.

Según se recoge en una nota de prensa publicada por el Departamento de Exobiología Exótica de la Universidad de Kalampoor, uno de los prospectores automáticos utilizados por este Departamento para la recolección de muestras biológicas en planetas deshabitados, encontró de forma inesperada una nueva forma de vida semiinteligente en un remoto sistema planetario perteneciente a la cuadrícula octava, sección quincuagésima, del Séptimo Sector Galáctico, el más alejado y menos explorado de todos.

Se da la circunstancia de que este planeta ya fue visitado hace apenas diez eetis por otra sonda similar, constatándose que entonces no existía en él el menor rastro de vida inteligente. Tras descubrir que una de las especies animales catalogadas en la visita anterior había evolucionado hasta convertirse en la dominante en todo el planeta, la inteligencia artificial de la sonda optó por aterrizar en una de sus principales colonias capturando a una serie de especímenes los cuales, conforme al proceso habitual, fueron puestos en estado de animación suspendida y traídos al Departamento con objeto de poderlos estudiar con detenimiento.

El responsable del programa mostró su sorpresa al comprobar que estos seres hubieran podido evolucionar tanto en tan reducido intervalo de tiempo, hasta desarrollar una inteligencia que, aun sin rebasar siquiera el valor uno de la escala de Xrswwqt-Ooaeui, representa un avance notable sobre sus ancestros, algo totalmente insólito en el ámbito de las culturas primitivas. No obstante, las simulaciones realizadas extrapolando su posible evolución futura conducen, con muy poco margen de error, a la conclusión de que esta incipiente civilización carece de la estabilidad suficiente como para poder derivar hacia una cultura verdaderamente desarrollada, previéndose que, tras agotar los recursos naturales de su planeta y someterlo a una superpoblación excesiva y a unos grados de contaminación difícilmente reversibles, lo más probable es que a corto plazo acabe aniquilándose a sí misma.

De cualquier modo este descubrimiento marca un hito importante en el poco conocido campo de la investigación del origen de la inteligencia, aunque los científicos advierten que nos encontramos ante un caso único difícilmente equiparable con cualquier otro.

Ante la pregunta realizada por un representante del grupo de defensa de la vida salvaje *Universo Arcoiris*, el portavoz de la Universidad de Kalampoor manifestó que no se había causado el menor daño a los especímenes capturados pero que, ante la imposibilidad de devolverlos a su entorno natural, se había optado por recrear en las instalaciones universitarias un pequeño hábitat en el que éstos estarían bien tratados y podrían vivir tranquilamente hasta que llegara el momento de su desaparición por causas naturales.

Dadas las circunstancias, y de cara a evitar posibles e indeseables perturbaciones en su evolución futura, el sistema al que pertenece este planeta ha sido declarado reserva natural integral, lo que implica un aislamiento total prohibiéndose cualquier tipo de visita al mismo, incluso con instrumental completamente automático, lo que ha levantado algunas protestas entre la comunidad científica que ve así frustrado su deseo de poder estudiar mejor tan peculiar y excepcional ecosistema.

Aart Kwzjsej



## ATENTADO ECOLÓGICO

Nadie, o casi nadie en la Tierra, creía que las invasiones extraterrestres mil veces narradas en la literatura *pulp*, o en el cine de serie B, pudieran acabar convirtiéndose en realidad. De ahí la sorpresa absoluta con la que se recibió la noticia de que de la noche a la mañana, sin que nadie se apercibiera previamente de ello ni los sofisticados sistemas de control y detección de las grandes potencias dieran la voz de alarma, habían surgido de la nada varios asentamientos alienígenas en lugares tan remotos como los desiertos del Sahara, Gobi, Kalahari, Victoria y Atacama, así como en las inhóspitas tierras de la meseta central antártica y de la costa septentrional de Groenlandia.

Y como cabía suponer, los invasores no se limitaron a quedarse allí. Sin prisa, pero sin pausa, comenzaron a expandirse como gotas de aceite hacia lugares poblados sin que todo el aparato militar conjunto de las distintas naciones de la Tierra, armamento nuclear incluido, fuera capaz de frenar, siquiera momentáneamente, su imparable avance.

De hecho, fue como intentar enfrentarse a las sofisticadas armas del siglo XXI armados únicamente con arcos y flechas. El enemigo, con el que fue imposible entablar la más mínima negociación, fue extendiendo su control sobre territorios cada vez más extensos, aniquilando todo cuanto se interponía en su camino para, acto seguido, levantar sus extrañas construcciones sobre las humeantes ruinas de lo que otrora fueran prósperas ciudades. Jamás hicieron prisioneros, puesto que el único destino que reservaban a los humanos que tenían la desgracia de ser capturados era su muerte inmediata.

Apenas unos pocos años después los invasores se habían hecho los dueños absolutos del planeta mientras los contados supervivientes del feroz holocausto, refugiados en las zonas más agrestes e inhóspitas, a duras penas lograban evitar tanto el acoso feroz de sus tenaces enemigos, como su carencia absoluta de recursos. Tan sólo era cuestión de tiempo que la humanidad se extinguiera, si no físicamente sí como civilización, tal como se apaga una vela para no volverse a encender jamás.

\* \* \*

## LA VOZ DE LA GALAXIA NUEVO ATENTADO ECOLÓGICO

Según denuncia la asociación ecologista *Universo Prístino*, se ha cometido un nuevo atentado ecológico en un planeta perteneciente a la zona de protección de la Reserva Natural Galáctica del Tercer Brazo, donde unos desaprensivos todavía sin identificar introdujeron de forma clandestina varias colonias de *xrptzqgs*, una de las especies catalogadas como agresivas e invasoras, causante de la extinción de la vida autóctona en varios planetas del sector 42M antes de que su área de expansión fuera acordonada y sus colonias esterilizadas.

El planeta afectado, de gran biodiversidad y hasta entonces prácticamente virgen, se encuentra muy alejado del foco de expansión de los *xrptzqgs*, por lo que se descarta que su aparición allí pudiera deberse a causas naturales, tratándose pues de una iniciativa criminal perfectamente planeada. Aunque las autoridades del sector han manifestado su intención de fumigar el planeta, a la comprobada imposibilidad de aniquilar esta plaga por completo se unen los daños irreparables que ésta ha causado ya incluyendo la práctica desaparición de la especie dominante, unas criaturas subinteligentes que, no obstante, eran objeto de interés para numerosos investigadores, lo que según los expertos consultados convierte en prácticamente irrecuperable el antiguo equilibrio ecológico del planeta.

Se da la circunstancia, tal como denuncian los portavoces ecologistas, de que el planeta víctima de este atentado se encuentra situado en un área todavía no protegida de la citada Reserva Natural, estando actualmente en trámite el proyecto de ley que contempla su incorporación a la misma junto con todos los territorios circundantes. Esto induce a sospechar que pudieran mediar intereses especulativos, dada la gran cotización de los planetas situados en las áreas limítrofes con la actual zona de protección a causa la escasez de sistemas urbanizables.

Asimismo, el portavoz de la oposición ha manifestado la intención de su partido de llevar el caso al Parlamento Estatal, e incluso al propio Parlamento Federal, ante la patente inacción gubernamental, cuyo grupo parlamentario lleva tiempo bloqueando de forma injustificada la tramitación del proyecto de ley sin que en ningún momento haya dado la menor explicación a su postura ni haya respondido a las acusaciones de que pudiéramos encontrarnos frente a un nuevo caso de corrupción con ramificaciones en determinados grupos financieros, presuntamente interesados en especular con unos planetas que son patrimonio de todos los seres pensantes de la galaxia.

Seguiremos informando.

## BIENVENIDOS A LA GALAXIA

El gran día llegó al fin y la Tierra, tras superar el preceptivo período de tutela previa, ingresó solemnemente como miembro de pleno derecho de la Federación de Estados Galácticos.

Este acontecimiento, sin duda la página más trascendental escrita en la milenaria historia de la humanidad, desmintió las pesimistas predicciones de los agoreros que vaticinaban que nuestro planeta jamás podría llegar a equipararse con las civilizaciones miles de veces más antiguas, y otras tantas veces más desarrolladas y prósperas, que florecían a lo largo y ancho de toda la galaxia. Ciertamente la distancia existente entre ellas y la Tierra, un planeta apenas recién salido de la barbarie, era enorme; pero la realidad era tozuda: la humanidad había sido aceptada y ya formaba parte de la vasta comunidad estelar. El resto sería cuestión de tiempo.

Claro está que uno de los principales factores que facilitaron el otrora imposible ingreso fue la urgente necesidad que tenían las superdesarrolladas y decadentes culturas del núcleo galáctico de ingentes cantidades de servidumbre dócil y barata, difícil de encontrar en los demás planetas federados; pero esto no dejaba de ser un detalle secundario al que los ufanos gobernantes terrestres no dieron la menor importancia.

## LA ZANAHORIA

Sucedió por casualidad, como suele ocurrir tantas veces. Animada por el éxito cosechado por la sonda Dawn, que envió imágenes espectaculares del planeta enano Ceres y del asteroide Vesta, la NASA decidió programar una segunda misión gemela de la anterior, y por ello bautizada como Dawn II, cuyo objetivo sería visitar los otros dos cuerpos de mayor tamaño del Cinturón de Asteroides, Palas y Juno.

Siguiendo el programa previsto la Dawn II orbitó en primer lugar en torno a Juno y, una vez terminada la primera parte de su misión, encendió sus motores propulsores poniendo rumbo al más alejado Palas.

En principio no estaba previsto que la sonda realizara ningún trabajo entre ambas etapas, pero los responsables de la misión descubrieron que su trayectoria pasaría por las cercanías de un pequeño asteroide anónimo, uno de tantos guijarros que salpicaban esa región del Sistema Solar, circunstancia que decidieron aprovechar para que la Dawn II lo fotografiara tal como habían hecho otras misiones anteriores con los asteroides Gaspra, Ida o Matilde.

Este asteroide, al que los astrónomos ni siquiera se habían molestado en bautizar dada su insignificancia, limitándose a catalogarlo con una prosaica serie de cifras y letras, apenas medía unos escasos centenares de metros de longitud máxima, pero presentaba la particularidad de ser extremadamente alargado, algo bastante infrecuente en este tipo de cuerpos cósmicos. Este hecho, unido a su inusual color entre amarillo y rojizo, tan diferente de los oscuros tonos de los asteroides corrientes, había motivado que dentro del mundillo astronómico fuera conocido de forma informal como *La Zanahoria*, desmintiendo el falso tópico de que los científicos carecen de sentido del humor.

Así pues no dejaba de tener importancia el sobrevuelo de *La Zanahoria* por la Dawn II, ya que los expertos en el estudio de los cuerpos menores creían que podría ser el prototipo -y hasta el momento su único miembro- de una nueva familia de asteroides, por más que no dejara de ser un insignificante pedrusco perdido en las inmensidades del Cosmos.

Y vaya si encontraron interesante la información proporcionada por la sonda cuando las primeras fotos de *La Zanahoria* llegaron a la Tierra... pero no de la forma que se esperaba, sino de otra muy diferente e infinitamente más trascendental.

Porque lo que hasta entonces había sido tomado por un asteroide, reveló ser una enorme nave espacial.

\* \* \*

Como cabe suponer, el revuelo que se formó fue enorme. Porque, si bien era mucho lo que se había especulado sobre la posibilidad de un contacto con inteligencias alienígenas, no ya en el ámbito de la ciencia ficción, sino también en los círculos académicos más serios, lo cierto era que a la hora de la verdad nadie resultó estar preparado para el momento en el que tal acontecimiento histórico pudiera verse hecho realidad.

Por desgracia, poco más fue lo que pudo aportar la Dawn II, dado que no estaba diseñada para modificar su trayectoria entrando en órbita alrededor de la nave extraterrestre. En aquellos momentos navegaba por inercia, y sus motores tan sólo contaban con el combustible suficiente para corregir las posibles desviaciones de su ruta y para realizar las maniobras necesarias para entrar en órbita en torno a Palas. Así pues, hubo de pasar de largo para decepción de millones y millones de terrestres que, poco duchos en temas astronáuticos, no llegaban a entender que a un vehículo espacial no se le puede “conducir” de la misma manera que a un coche.

Claro está que quienes sí eran conscientes de la problemática de la compleja navegación espacial tampoco se resignaron, dado que *La Zanahoria* era un bocado demasiado apetitoso como para dejarlo pasar. Si no era la Dawn II, que siguió su camino dejándola atrás, sería con una nueva sonda... al fin y al cabo, la tecnología espacial estaba ya lo suficientemente madura como para hacer factible algo que no muchos años antes habría sido considerado como una quimera.

Pero una misión espacial no se improvisa en cuatro días, sino que es fruto de varios años de laboriosos trabajos. Por fortuna la NASA tenía en fase de prelanzamiento una nueva misión a Marte, un orbitador diseñado para reemplazar a una de las ya obsoletas sondas enviadas al Planeta Rojo a principios del siglo XXI. Aparentemente no parecía demasiado complejo rediseñar la sonda para que, en lugar de circundar Marte, se convirtiera en un satélite de la astronave alienígena... y los ingenieros de la agencia espacial norteamericana se pusieron manos a la obra.

Mientras tanto, el resto de la comunidad científica hizo todo lo posible por no quedarse atrás. Puesto que ni la agencia espacial europea, ni la rusa, disponían de un comodín equivalente al norteamericano -de los chinos no se sabía nada, pero se asumía que su incipiente programa espacial tampoco podría afrontar el reto-, intentaron abordar el problema mediante métodos más clásicos, apuntándose hacia *La Zanahoria* cuantos telescopios y radiotelescopios se encontraron disponibles en busca de cualquier tipo de radiación que pudiera ayudarles a desentrañar sus secretos.

Por supuesto, tampoco faltaron quienes, tan inflamados de optimismo como desconocedores de la realidad, propusieron que se intentara entrar en contacto por radio con los tripulantes del fabuloso navío; entusiasmo que no tardaron en enfriar los astrónomos al recordar que *La Zanahoria* había sido descubierta -aun ignorándose su verdadera naturaleza- hacía ya varios años, por lo que se conocía perfectamente la órbita

que describía y ésta, en nada diferente a las de los guijarros espaciales presentes en su vecindad, había resultado ser la que correspondería a un cuerpo inerte y no a un vehículo equipado con medios de propulsión propios.

Esto, unido a la constatación de que de ella no emanaba ningún tipo de radiación en ninguna de las regiones -radio, microondas, infrarrojo, luz visible, ultravioleta, rayos X o rayos gamma- del espectro electromagnético, condujo a los estudiosos a asumir que, según todos los indicios, se trataba de un pecio muerto que vagaba a la deriva por la vasta región del espacio comprendida entre las órbitas de Marte y Júpiter... lo que no restaba interés a su estudio y posible rescate, ya que, si bien no podría ser posible el anhelado -y al mismo tiempo temido- contacto con una inteligencia extraterrestre, al menos sí se podría intentar sacar algún conocimiento sobre la tecnología alienígena, sin duda mucho más avanzada que la humana. Porque no era lo mismo ensamblar laboriosamente, a modo de puzzle, los diminutos módulos que conformaban la pomposamente denominada Estación Espacial Internacional, a apenas unos escasos centenares de kilómetros por encima del planeta, que hacer llegar hasta casi tres veces la distancia de la Tierra al Sol a una astronave del tamaño de un portaaviones, según todos los indicios procedente de un planeta perteneciente a otro sistema estelar. Por muy dañada que estuviera, y aunque todos sus tripulantes hubieran muerto o desaparecido, siempre seguiría constituyendo un buen botín... si se lograba llegar hasta ella.

Tras un período de impaciente espera, la NASA tuvo finalmente listo su vehículo, rebautizado -toda una declaración de principios- con el pomposo nombre de Inquirer. Éste fue lanzado desde Cabo Cañaveral bajo una expectación mundial sin parangón desde los lejanos tiempos de las misiones Apolo y, siguiendo los planes previstos, alrededor de dos años después -su predecesora había cubierto ese trayecto en un tiempo bastante más largo, pero ahora había prisa por llegar y se apuraron los plazos- llegaba a su destino, entrando en órbita en torno a *La Zanahoria* con la precisión de un reloj.

Fue entonces cuando los ávidos científicos de todo el mundo, y los no menos ávidos, pero más discretos, gobernantes de las principales potencias del planeta pudieron contemplar al fin el artefacto alienígena con muchísima mayor precisión que la aportada por la ya lejana Dawn II, de cuya misión -hacía tiempo que había llegado ya a Palas- prácticamente nadie se acordaba.

Y allí estaba, un enorme cilindro ligeramente ahusado de una longitud de unos trescientos metros y un diámetro máximo en su parte central de unos cincuenta, con ambos extremos redondeados. En realidad se parecía más a un cigarro puro que a una zanahoria, pero su apelativo era ya tan popular que nadie se atrevió a cambiárselo.

El casco de la astronave era evidentemente metálico y se mostraba intacto y limpio de cualquier huella de impacto de los abundantes escombros de todos los tamaños que abundaban en esa región del espacio, lo que movió a los expertos a suponer que no debería

llevar mucho tiempo en ese lugar... astronómicamente hablando, se entiende, ya que muy bien podría estar allí desde los tiempos en los que el hombre todavía habitaba en las cuevas.

Los análisis realizados por los espectrómetros con los que iba equipado el *Inquirer* confirmaron la naturaleza metálica de *La Zanahoria* e incluso aportaron información sobre la composición de la aleación que lo formaba, la cual no fue posible reproducir en los laboratorios pese a que los metales que la componían eran sobradamente conocidos por los químicos y los ingenieros. Esto indujo a pensar que en su fabricación debieron utilizarse métodos desconocidos para la tecnología terrestre, probablemente introduciendo modificaciones en la propia estructura interna del metal que tenían la virtud de cambiar sus propiedades físicas haciéndole sin duda mucho más resistente.

Del interior de la astronave nada se pudo saber, dado que otra de las propiedades del resistente casco, o quizá de un segundo casco interior, era la de hacerle totalmente impenetrable a cualquier tipo de radiación, algo totalmente lógico teniendo en cuenta la necesidad de proteger a sus tripulantes de posibles irradiaciones dañinas, en especial las más penetrantes tales como los rayos gamma o los equis.

Y poco más es lo que pudieron saber tanto la comunidad científica internacional como el gran público ya que, huelga decirlo, el gobierno norteamericano, reteniendo celosamente la información recopilada por la NASA, ejerció un control férreo -muchos lo tildaron de censura- sobre los datos remitidos por el *Inquirer*, autorizando la difusión tan sólo de aquéllos que fueron considerados inocuos al tiempo que se reservaba el resto, protegido bajo todas las posibles medidas de confidencialidad. Al fin y al cabo la sonda era suya, alegaron ante las protestas que surgieron por su secretismo, y no era lo mismo compartir libremente las fotografías de un yerto asteroide acribillado de cráteres, que hacerlo con la información obtenida de un artefacto alienígena de posible interés militar.

Así pues, pese a las protestas unánimes de los científicos y las más moderadas de los gobiernos amigos -a los que no lo eran no se les hizo el menor caso-, el gobierno norteamericano calificó como secreto de estado casi todo lo relativo a la gigantesca astronave. En cuanto al pueblo llano -incluyendo al norteamericano-, que tan interesado se había mostrado al principio... bien, pronto encontró otras fuentes de entretenimiento con las que distraerse.

Ahora bien, a pesar de que el *Inquirer* realizó su misión de forma totalmente satisfactoria, llegó un momento en el que, una vez escudriñado hasta el último centímetro cuadrado de *La Zanahoria*, se planteó con toda su crudeza un nuevo problema. Puesto que la sonda no tenía acceso al interior de la astronave, ni sus instrumentos eran capaces de atravesar el férreo casco, de poco servía saber que ésta estaba allí si no se podían aprovechar los tesoros tecnológicos que sin duda ésta albergaba.

La opción más inmediata, más acorde con la ciencia ficción que al alcance de la capacidad tecnológica real no ya de los Estados Unidos, sino de la totalidad del planeta, era la de mandar una expedición tripulada que pudiera introducirse en su interior y explorarla, pero ¿quién le ponía el cascabel al gato? El gran público, por lo general, no era consciente de la magnitud de las distancias cósmicas, y fueron muchos los que no entendieron que si el hombre había sido capaz de llegar a la Luna hacía ya varias décadas, incluso con una tecnología muy inferior a la actual, ahora no se hiciera lo propio yendo un poco más allá.

Hubo, pues, que explicarles que *La Zanahoria* no estaba *un poco más allá* sino alrededor de mil veces más lejos que la Luna, y que si bien había sido posible llegar a casi cualquier rincón del Sistema Solar, incluso a algunos mucho más alejados, con sondas automáticas, la principal limitación para los vuelos tripulados era el que resultaba ser eslabón más débil de la cadena, el hombre.

Una misión Apolo venía a durar, desde el despegue del gigantesco cohete Saturno V hasta que la cápsula ocupada por los astronautas era recuperada en el mar, poco más de una semana. Y aunque estas cápsulas eran diminutas y su capacidad de carga muy limitada, fue posible transportar en ellas todo el avituallamiento necesario -alimentos, agua y oxígeno- para mantener con vida a los tres astronautas que constituían la tripulación.

Viajar a otros lugares del Sistema Solar era ya algo muy diferente. Se calculaba que una misión a Marte tendría una duración de al menos dos años contando los dos viajes, de ida y de vuelta, y la estancia de los astronautas allí, por lo que la cantidad de víveres y suministros necesarios para la tripulación requeriría un volumen de almacenamiento y una complejidad logística de tal magnitud que convertía en poco menos que inviable el proyecto, por mucho que algunos iluminados hubieran llegado a proponer un viaje tan sólo de ida, sin retorno, al Planeta Rojo. Eso sin contar, claro está, con que una sonda automática de última generación podía realizar su trabajo con igual o mejor efectividad que una tripulación humana, sin tener que preocuparse por la vuelta a la Tierra ni de los posibles efectos de una exposición prolongada de los astronautas a la ingravidez y a la radiación cósmica.

Y por si fuera poco, *La Zanahoria* estaba a casi al doble de distancia que Marte, lo que todavía complicaba más la organización de una hipotética misión espacial tripulada.

Pero los astronautas de la Estación Espacial Internacional, e incluso los de sus toscas predecesoras, habían permanecido en ellas durante unos períodos de tiempo relativamente largos, objetaban los ignaros... lo que obligó a los científicos a explicar que la EEI orbitaba a apenas cuatrocientos kilómetros de altura sobre la Tierra, lo cual permitía enviar suministros de forma periódica a sus ocupantes... cosa que no sería posible hacer con una nave tripulada que se dirigiera a un lugar tan remoto como el Cinturón de Asteroides, en cuyo interior orbitaba *La Zanahoria*. Simplemente estaba fuera del alcance de la tecnología actual, máxime teniendo en cuenta que, dada la magnitud del objetivo, no bastaría con



enviar a dos o tres astronautas profesionales especialmente entrenados, sino que sería preciso contar con un nutrido equipo multidisciplinar capaz de desentrañar los secretos de la enigmática astronave.

Hubo asimismo quien, mejor informado que los lectores de las secciones científicas de los periódicos, propuso como posible alternativa enviar varios vehículos automáticos equipados con unos motores lo suficientemente potentes para arrancar al pecio de su órbita, acercándolo lo necesario para poder ser abordado desde la Tierra. La idea, en principio, no parecía mala, pero los ingenieros no tardaron en enfriar el entusiasmo.

Ya desde un principio las mediciones del Inquirer habían permitido determinar que *La Zanahoria* estaba hueca, pudiéndose calcular su masa con la suficiente precisión. Ésta resultó ser de unas ciento cincuenta mil toneladas, aproximadamente vez y media de la de un portaaviones nuclear norteamericano de la clase Nimitz, de tamaño similar... lo cual, aunque pudiera no parecer demasiado flotando en el mar, de hecho había buques mercantes mucho mayores, revestía un inconveniente insalvable al tenerlo que mover *allá arriba*.

El problema estribaba en la gran desproporción existente entre la masa puesta en órbita y la masa de combustible necesaria para conseguirlo. Para enviar a la Luna la cápsula Apolo y el módulo lunar, con un peso conjunto de algo más de siete toneladas, fue necesario construir los gigantescos cohetes Saturno V, con más de 110 metros de altura - casi la tercera parte de la longitud de *La Zanahoria*- y una masa total de casi tres mil toneladas... y se hubieran necesitado varios cohetes de potencia similar puestos en el espacio y repletos de combustible, lo que multiplicaba astronómicamente el esfuerzo necesario para conseguirlo.

Porque no se trataba de alcanzar una órbita baja, tal como hacían los antiguos transbordadores espaciales, sino de escapar de la atracción gravitatoria terrestre, algo que requería mucha más energía y, por lo tanto, mucho más combustible. Así pues, hacer llegar hasta la nave alienígena los motores necesarios para moverla de una forma controlada excedía con creces la capacidad tecnológica conjunta de todos los países de la Tierra, a no ser que éstos se fueran ensamblando en órbita y, asimismo, se lanzara por separado todo el combustible necesario, lo cual suponría en cualquier caso un esfuerzo titánico.

No acababan ahí las objeciones. Aunque finalmente se consiguiera lanzar los cohetes y éstos pudieran ser ensamblados al casco de *La Zanahoria*, los ingenieros advertían que jamás se había intentado mover en el espacio un objeto de esa envergadura y que, aunque se habían hecho simulaciones, tampoco se conocía con la suficiente precisión sus condiciones de navegabilidad, por lo cual se corría el riesgo de que se acabara estrellando contra la Luna -se había propuesto, como medida de precaución, ponerla en órbita lunar en vez de hacerlo en torno a nuestro planeta- o perdiéndose en las profundidades del espacio.

Apremiado por la necesidad y desbordado por la magnitud del problema, el gobierno de los Estados Unidos ofreció al resto de las potencias espaciales: Rusia, Europa e incluso China, la posibilidad de unirse en la tarea común de desentrañar los misterios de la nave alienígena, bajo la solemne promesa de que toda cuanta información se obtuviera sería compartida con los demás países y utilizada tan sólo con fines pacíficos y en beneficio de la humanidad. Asimismo, invitaba a la comunidad científica internacional a proponer cualquier idea que se estimara que pudiera ser útil, por muy disparatada que hubiera podido parecer. La humanidad se enfrentaba a uno de los más importantes retos de su historia, alegaban sus responsables, y debería hacer todo lo posible, siempre unida, para superarlo aun cuando fuera necesario volcar en ello el esfuerzo conjunto de varias generaciones.

Y la humanidad respondió a la llamada, aunque nadie supiera todavía cómo poder abordar a tan esquivada presa.

\* \* \*

En las remotas regiones de la Nube de Oort, allá por los tenebrosos confines del Sistema Solar, orbitaba uno de tantos cuerpos helados que sembraban la zona. Innominado y aun desconocido para los astrónomos terrestres, con sus poco más de quince kilómetros de tamaño no pasaba de ser un pigmeo en un lugar en el que era frecuente encontrar astros de centenares, e incluso de miles de kilómetros de diámetro.

Pero este minúsculo asteroide era muy especial. En su interior, parcialmente hueco, tenían cobijo los tres alienígenas -uno por cada uno de los tres sexos activos de su raza- que constituían su única tripulación... porque en realidad se trataba de una nave espacial llegada desde un sistema planetario situado a varios centenares de años luz de la Tierra.

Su misión, camuflado entre los miles de cuerpos yermos que constituían los arrabales del Sistema Solar, era la de estudiar la evolución de la única especie inteligente que poblaba el también único planeta habitable del sistema, tutelándola e incentivándola en lo posible pero siempre sin intervenir de forma directa y, en su caso, encauzándola de forma suave y discreta para que, una vez superado el listón, pudiera incorporarse a la gran hermandad galáctica de la que formaban parte todas las razas civilizadas de la galaxia.

Hacía milenios que el pueblo que habitaba en el sistema de procedencia de la nave-asteroide llevaba vigilando pacientemente la evolución de la humanidad, dado que le había sido encargada la tarea de ejercer de mentor de esta todavía joven raza; y sus rectores estimaban que todavía deberían pasar bastantes años más antes de que el hombre alcanzara la madurez suficiente como para poder ser tratado de igual a igual; pero se trataba de una raza muy antigua para la que la prisa no figuraba entre sus prioridades.

Desde ese momento, una nave de los Vigilantes, tal como gustaban denominarse, se había mantenido discretamente apostada en los confines del Sistema Solar mientras sus

sofisticadas sondas vigilaban de cerca a nuestro planeta. Estas naves se relevaban periódicamente, de modo que la actual llevaba ya varios siglos anclada en su órbita, un período de tiempo nada excepcional para unos seres longevos, por más que durante ese período de tiempo la humanidad hubiera avanzado, aunque no siempre en el camino correcto, con una rapidez que tenía fascinados a sus visitantes.

Mientras tanto, seguían estudiándonos.

En una de las oquedades de la confortable nave-asteroide, utilizada por sus tripulantes como sala de descanso, dos de ellos dialogaban.

-Al parecer han mordido el anzuelo -decía A a B. Por supuesto no empleaban estas expresiones coloquiales inexistentes en su idioma, y de hecho ni tan siquiera hablaban tal como lo entendemos los humanos; pero permitámonos esta licencia narrativa para entender mejor el sentido de su conversación.

-Sí, están como locos detrás del señuelo -respondió B relajándose en su alveolo. Pero les va a resultar extremadamente difícil llegar hasta él con los medios tecnológicos de los que disponen.

-¡Bah! O mucho me equivoco, o no tardarán demasiado en resolver el problema; esta raza avanza con una endiablada rapidez. Recuerda el precario nivel científico y técnico que tenían cuando llegamos aquí para relevar a nuestros compañeros, y compáralo con el que han alcanzado en apenas un puñado de generaciones... de las tuyas, porque además cuentan con el inconveniente de la brevedad de sus vidas.

-Sí, pero también hay que tener en cuenta sus instintos autodestructivos -objetó B-. Si toda la energía que han invertido a lo largo de su historia en sus conflictos internos la hubieran volcado en el progreso de su especie, a saber donde estarían ahora. Eso sin contar con los periódicos colapsos de sus culturas más avanzadas que les han hecho retroceder una y otra vez.

-Bueno, puede que esto forme parte de su dinámica evolutiva... -especuló A- aunque en general su tendencia ha sido ascendente. Al fin y al cabo no hay dos razas iguales, y cada una tiene sus propios parámetros diferentes de los de las demás; aunque sí es cierto -reconoció- que ésta ha resultado ser extremadamente peculiar, tanto para lo bueno como para lo malo. Por esta razón es por lo que el coordinador del sector decidió recurrir al señuelo.

-Lo que no entiendo es que un artilugio tan burdo haya podido engañarlos de esta manera -terció el recién llegado C tras oír el final de la conversación de sus dos compañeros-. Nadie en la galaxia utilizaría nada remotamente similar, ni tan siquiera para viajar al sistema estelar vecino...

-Eso tiene su razón de ser -respondió A-. Si hubiéramos enviado una nave real, o una maqueta que la imitara, con toda probabilidad los habitantes del planeta no la hubieran llegado a identificar, tomándola por un asteroide natural. La única manera de llamar su atención era con un reclamo que ellos fueran capaces de reconocer, razón por la que se construyó un artilugio relativamente similar a los que ellos utilizan, sólo que a una escala mucho mayor para que quedara claro que se trataba de una tecnología ajena a su mundo... lo cual no deja de ser cierto -remachó, con el equivalente para su raza de una sonrisa cómplice.

Y viendo que sus compañeros seguían dubitativos, continuó:

De lo que se trataba era, precisamente, de enfrentarlos a un reto lo suficientemente atractivo como para incitarlos de una manera irreprimible, a la vez que también lo suficientemente fuera de su alcance como para estimular su inventiva. Éste era precisamente el resultado que se buscaba, forzarles a aguzar el ingenio sin necesidad de tener que intervenir de una forma directa, de modo que acabaran desarrollando por sí mismos unos avances tecnológicos que les permitan cobrar la presa.

-Pero C tiene razón -repuso B-. De poco servirá este plan si los nativos siguen aferrados a una tecnología arcaica que, como mucho, les permitiría alcanzar de forma trabajosa los principales astros de su sistema, pero que jamás les servirá para dar el salto fuera de éste. Eso si contar con que, suponiendo que consigan llegar con sus toscos medios hasta nuestro cebo, lo único que descubrirán es que se trata de un simple cascarón vacío.

-¿Y te parece poco? La frustración les servirá probablemente de acicate, y además sólo con eso ya habrán conseguido un avance científico y tecnológico nada desdeñable, que es de lo que se trataba. Y sí, ciertamente habrá sido en una dirección equivocada tal como apunta C, pero que no obstante les rendirá sus beneficios... y no pocos. Aparte de que esto les abrirá las puertas de la colonización de su sistema estelar, aunque sea con unos vehículos toscos y lentos, lo más importante de todo será que este esfuerzo común servirá para unirlos de manera irreversible acabándose así sus seculares rencillas que tanto perjuicio les han causado. Una vez consolidada su sociedad y puesta a salvo de las posibles perturbaciones que tan dañinas les resultaron en su pasado, tiempo tendrán a partir de entonces para desarrollar sus conocimientos por el camino correcto. Tarde o temprano alguien descubrirá la transmutación másica controlada, y otro pensará en utilizar esta fuente inagotable de energía para desplazar asteroides previamente ahuecados y acondicionados como astronaves. Por último, descubrirán también la forma de desplazarse por las estrellas sin necesidad de convertir las travesías en viajes interminables por el espacio real. Y será entonces cuando les daremos la bienvenida -profetizó.

-Me gustaría que esto ocurriera durante nuestro período de servicio -apuntó C, perteneciente al sexo más similar al femenino, con entusiasmo-. No todos los Vigilantes pueden presumir de haber protagonizado un contacto.

-Y a mí -añadió A-. Y por supuesto, también a B -. Pero esto no dependerá de nosotros, sino del ritmo con el que evolucionen estos seres a partir de ahora. Y si no somos nosotros, serán quienes nos releven; en definitiva, este detalle es el menos importante.

Y siguieron hablando de sus cosas, muchas de ellas incomprensibles para la mente humana. Mientras tanto, en la Tierra, comenzaba a prepararse la *Operación Hipólita*, tal como había sido bautizado el viaje al Cinturón de Asteroides por analogía con el noveno trabajo de Hércules, gracias al cual este semidios había conquistado el cinturón mágico de la reina de las amazonas. Pocos en nuestro planeta dudaban de que tarde o temprano esta meta se conseguiría, y pocos eran también quienes no estaban convencidos de que éste sería el primer paso hacia las lejanas y fascinantes estrellas.

## UNA VIDA MUELLE

Desiderio Pérez siempre había sido un perfecto parásito social. Alérgico no sólo al trabajo, sino también a cualquier tipo de compromiso laboral por muy laxo que éste pudiera ser, lo único que deseaba era hacer lo que en cada momento le viniera en gana... que por lo general solía consistir en no dar palo al agua, ya que Desiderio era asimismo el paradigma del perfecto holgazán.

Por desgracia para él no sólo no había nacido rico sino que, por si fuera poco, siempre había sido más pobre que las ratas, razón por la cual su tendencia natural al *dolce far niente* resultaba bastante incompatible con sus recursos, máxime teniendo en cuenta que tampoco disponía de una familia con posibles a la que poder exprimir.

Pese a todo, había sabido apañárselas bastante bien -en esto sí demostró tener una innegable habilidad- para ir trampeando durante toda su vida adulta sin necesidad de esforzarse, aprovechando hasta el último resquicio las facilidades proporcionadas por los servicios sociales. Claro está que semejante *modus vivendi* le garantizaba tan sólo la mera supervivencia, pero dado que él, además de redomado vago, era también razonablemente sobrio en sus necesidades, se conformaba con ello. Mientras no tuviera que trabajar...

De esta manera logró alcanzar la cuarentena aceptablemente satisfecho y, lo más importante, sin ninguna atadura familiar, ya que le aterrorizaba comprometerse matrimonialmente -o con cualquier otro equivalente de hecho- al tiempo que hacía mucho que había roto con su escasa familia, aunque en honor a la verdad habría que puntualizar que en realidad fue ésta la rompió con él, harta de sus constantes gorroneos.

Fue entonces cuando los *kpurs* llegaron a la Tierra. Estos extraterrestres, pertenecientes a una civilización mucho más avanzada que la nuestra, se apresuraron a manifestar que no tenían la menor pretensión de entrometerse en nuestros asuntos ni mucho menos, para desilusión de los *frikis*, en invadirnos, deseando tan sólo estudiar nuestro, para ellos exótico, planeta. A cambio, prometieron proporcionarnos toda una serie de conocimientos científicos y tecnológicos que para ellos serían probablemente el equivalente a los abalorios de colores con los que los antiguos exploradores y conquistadores europeos acostumbraban a engatusar a los indígenas que se cruzaban en su camino, pero que no obstante podrían resultarnos útiles.

Pese a la enorme conmoción que acarreó su llegada, una vez vencido el inicial asombro los humanos nos acostumbramos pronto a la discreta presencia de estos visitantes verdes -sí, eran de este color, al menos en el espectro visible, para regocijo de los aficionados a la añeja ciencia ficción *pulp*-, bienvenidos en todos los lados gracias a las espléndidas propinas en oro, platino o piedras preciosas con las que solían a premiar a quienes les atendían.

Es aquí donde entra de nuevo en juego el bueno de Desiderio. Aunque obviamente no tenía la menor posibilidad de entrar en contacto con los kpurs dada su total inutilidad, pronto se enteró de que éstos, deseosos de estudiar en detalle la anatomía y la fisiología humanas, habían mostrado interés en adquirir no sólo cadáveres a los que diseccionar, de los cuales tuvieron cuantos quisieron, sino también tejidos vivos de todo tipo que sólo podían ser suministrados por donantes voluntarios -bueno, en algunos países quizá no fueran lo que se dice voluntarios del todo, pero mejor no profundizar en este tema- a los cuales, eso sí, acostumbraban a recompensar espléndidamente.

Desiderio vio aquí una posible -y cómoda- fuente de ingresos, sobre todo teniendo en cuenta que no habría tenido el menor problema en permitirles la extracción de sangre o de cualquier otro fluido corporal, la toma de muestras biológicas de cualquier tipo e incluso la extirpación de uno de sus dos riñones... de no mediar el inconveniente de que para apuntarse a las listas de donantes potenciales había auténticas bofetadas, por lo cual, y salvo los pocos afortunados que contaban con un grupo sanguíneo o unos patrones biológicos especialmente raros, o bien padecían algún trastorno genético o metabólico singular, la probabilidad de que uno cualquiera del común de los mortales fuera seleccionado por los extraterrestres era inferior a la de resultar agraciado con el premio gordo de la lotería.

Así pues, su gozo en un pozo. Pero Desiderio no desesperó, sobre todo cuando le dieron el soplo de que no todas las demandas de los kpurs tenían semejantes listas de espera. En concreto una de ellas, la donación del esqueleto completo, no había sido cubierta vete a saber por qué razón.

Este detalle interesó inmediatamente a nuestro zángano. Él ya había oído algo acerca de las facultades de medicina y los museos de Ciencias Naturales que acostumbraban a comprar esqueletos a sus propietarios en vida, esperando eso sí a que tuviera lugar su muerte -por causas naturales, se entiende- para tomar posesión de su propiedad. Claro está que los tabúes funerarios siempre habían supuesto un considerable freno a estas prácticas, dado que por lo general a casi nadie le suele gustar ver exhibido al abuelo, aunque sea en huesos vivos, en un museo; pero a Desiderio esto le traía sin cuidado porque, como decía con una pizquita de cinismo, si nadie se había preocupado por él en vida, ¿por qué iban a hacerlo una vez muerto? Así pues, concluía, el vivo al hoyo -o a donde fuera a parar- pero después de haberse comido el bollo.

Dicho y hecho: acudió a una de las numerosas oficinas de información que tenían abiertas los kpurs en las principales ciudades de todo el planeta, se encaminó a la sección deseada, por fortuna libre de las kilométricas colas que colapsaban a las más populares, y una vez allí solicitó al amable empleado -un terrestre- el impreso correspondiente.

Éste se lo proporcionó junto con la preceptiva copia de las condiciones del contrato, un volumen de cerca de setenta páginas en el que se especificaban en detalle todas las

obligaciones contractuales de una y otra parte. Desiderio, que siempre había sido incapaz de leer dos páginas seguidas -hasta para eso era vago-, y al que sólo le interesaba la astronómica -al menos así le pareció- cantidad que recibiría a cambio de su donación, soltó un bufido y, desdeñando el tocho, estampó su firma en el contrato.

En esto consistió su error, ya que ignoraba que los kpurs deseaban obtener su esqueleto de forma inmediata sin esperar a que falleciera; porque, tal como se explicaba en el manual que no se había molestado en leer, para lo que pretendían estudiar no les servían ni los huesos procedentes de los osarios, de los que además ya tenían a carretadas, ni tan siquiera los procedentes de cadáveres recién fallecidos.

Al parecer los kpurs, que al igual que los insectos terrestres contaban con un exoesqueleto acorazado que les daba un aspecto remotamente parecido al de una cucaracha gigante, estaban muy interesados en la variante evolutiva que había derivado en nuestro planeta hacia los esqueletos óseos internos, pero por razones que sólo sus biólogos hubieran sido capaces de explicar, el esqueleto tenía que ser extraído del donante *en vivo* y de forma completa, gracias también a unas técnicas quirúrgicas -o lo que fueran- capaces de mondarlos limpiamente sin matar en el proceso a su anterior propietario. De hecho garantizaban que a éste no se le infligiría el menor daño... salvo el *pequeño* inconveniente que supondría tener que apañárselas sin una mala costilla que sirviera de sostén, convertido en algo fofo incapaz de soportar su propio peso.

Pero todo esto había sido previsto por los industriosos alienígenas. La cuantiosa suma pagada por la compra del esqueleto había sido calculada para que los *deshuesados* pudieran adquirir -a ellos, naturalmente- una unidad de soporte vital último modelo en la cual podrían vivir -es un decir- cómodamente el resto de sus días. El artilugio consistía esencialmente en una especie de tanque transparente repleto de un líquido similar al amniótico, en el cual podía flotar el cuerpo sin necesidad de sostén alguno de los desaparecidos huesos. Una serie de tubos colocados en los lugares adecuados se encargaban de suministrar los nutrientes y el oxígeno necesarios así como de la evacuación de los desechos, y un ingenioso sistema conectado directamente al cerebro a través del cuero cabelludo permitía una comunicación bidireccional con el exterior similar a la oral, con sintetizador de voz y micrófono externos incluidos.

El coste del alquiler del equipo cubría las tareas de soporte vital y mantenimiento por tiempo indefinido, pero tras el fallecimiento de su ocupante revertiría a sus iniciales propietarios. Aunque el contrato no contemplaba la entrega a los donantes de ningún remanente en metálico -los kpurs alegaban que se trataba de instrumentos sumamente caros-, sí ofrecía la posibilidad de negociar con terceras partes -cadenas de televisión, centros de investigación, museos e incluso circos- la posibilidad de obtener un rendimiento económico adicional que correspondería en su totalidad al donante, algo que rehusó el



chasqueado Desiderio en un arranque de dignidad, quizá el primero en toda su arrastrada vida.

Así pues, desde entonces *habita*, deshuesado como una aceituna, en un discreto almacén habilitado por los kpurs para alojamiento de los incautos que, al igual que él, cometieron el error de no leerse el contrato, la inmensa mayoría puesto que fueron muy pocos los que aceptaron exhibirse como fenómenos de feria. Y aunque algunos de ellos se tomaron con relativa deportividad su nuevo estado y charlan y dialogan entre ellos ya que ésta es una de las pocas cosas que les es posible hacer, Desiderio se sigue manteniendo sumido en un tenaz silencio maldiciendo una y mil veces su estupidez. Eso sí, justo es reconocerlo, tiene garantizada para lo que le quede de vida, que puede ser muy larga dado que se encuentra libre de la mayor parte de las enfermedades que aquejan al común de la humanidad, una existencia mucho más plácida y muelle de lo que pudiera haber soñado jamás.

## UN CONCURSO UNIVERSAL

-Y la ganadora del certamen Miss Universo de este año es...

El presentador, tras mantener en vilo a los millones de espectadores que seguían en directo la gala mediante una larga pausa -uno de los más viejos trucos de su oficio- exclamó en tono teatral:

-¡La señorita ZXh-Shoooooughtttt -en realidad la garganta humana era incapaz de articular correctamente semejante nombre alienígena, aunque intentó aproximarse lo más posible a su pronunciación real-, representante del Cúmulo Estelar de Coma Berenices!

El estallido de una ruidosa fanfarria acogió la salida al escenario de la recién proclamada Miss Universo, la cual avanzó ceremoniosamente por la pasarela apoyándose en sus seis tentáculos tractores mientras los cuatro restantes, los prensiles, ondulaban de forma sincronizada en un gesto que para su raza significaba una extrema alegría.

Su rostro, si por tal podía considerarse al ojo facetado que recorría en todo su perímetro a la globulosa cabeza de profundo color añil rematada por unas cimbreantes antenas ciliadas, mostraba asimismo, para quien fuera capaz de interpretarlo, la emoción que le embargaba saberse ganadora en la dura pugna que le había enfrentado con bellezas procedentes de planetas dispersos a lo largo y ancho de la espiral galáctica. En cuanto al resto de su cuerpo, de triple volumen que el de sus rivales humanas, tan sólo podían adivinarse sus formas generales dado que el campo de fuerza que constituía el traje tradicional de las comaberenicéanas lo ocultaba pudorosamente, incluyendo la boca ventral y las dos costales. En cualquier caso, era evidente la joven alienígena se encontraba radiante.

-¡Hay que ver hasta dónde hemos llegado! -exclamó una de las anónimas espectadoras al tiempo que desconectaba la holovisión-. En mis tiempos -era una humana de edad más que madura- no pasaban estas cosas tan raras y las chicas eran eso, chicas.

-Mujer -le espetó su marido, que había seguido la retransmisión con gesto aburrido- los tiempos cambian, y desde que existen los viajes espaciales se han abierto mucho las posibilidades. Además -atajó, impidiendo responder a su esposa-, al fin y al cabo el concurso se llama Miss Universo, por lo que el premio se ajusta a su nombre.

Y siguió bebiendo tranquilamente su cerveza mientras ella, tras soltar un bufido, empezaba la dura tarea de buscar afanosamente entre los quinientos canales de la holovisión alguno en el que se retransmitiera un *reality show*, preferiblemente con todos sus concursantes humanos.

## NO ESTAMOS SOLOS

El día que un radiotelescopio adscrito al programa SETI recibió una señal de radio procedente de Alfa Centauro, la comunidad científica, y aun la no científica, se electrizaron. Porque a diferencia de las falsas alarmas anteriores, en esta ocasión no cabía la menor duda de que se trataba de una señal de origen artificial emitida, casi con total seguridad, por una civilización inteligente... que habitaba además, en términos astronómicos, a la misma vuelta de la esquina.

Lamentablemente, pese a los esfuerzos conjuntos de los mejores lingüistas del planeta no resultó posible descifrarla, ya que no presentaba el menor paralelismo con ninguna lengua conocida, ni actual ni extinta. Éstos tuvieron que explicar a los impacientes -e incultos- políticos que, sin una referencia común, resultaría prácticamente imposible entenderla, y que sólo gracias a textos bilingües o multilingües como la famosa Piedra de Rosetta se habían podido leer los antiguos jeroglíficos egipcios o la escritura cuneiforme de las culturas mesopotámicas.

Una vez llegados a este punto muerto, a un joven científico europeo, cuyo nombre no ha pasado a la historia aunque sí el de su jefe de departamento que arrojó el mérito de la idea, propuso enviar un mensaje a Alfa Centauro, a la misma frecuencia que la señal recibida, esperando que nuestros vecinos cósmicos, presumiblemente poseedores de una tecnología más avanzada que la nuestra, fueran capaces de entenderlo, iniciándose así una fructífera relación entre ambas humanidades. Aunque el viaje espacial hasta Alfa Centauro quedaba descartado incluso para una sonda automática, ya que su duración con la tecnología actual rondaría los 30.000 años, las señales de radio llegarían allí en poco más de cuatro años, un tiempo más que razonable. Luego dependería de lo que tardaran los centaurianos en descifrarlas, a lo que habría que sumar otros cuatro años y pico para recibir su respuesta...

Así pues los científicos de todo el mundo se apresuraron a preparar el mensaje en media docena de idiomas distintos, los más importantes del planeta, no sin protestas de aquéllos -no necesariamente los directamente afectados- que consideraban una discriminación marginal a las lenguas minoritarias, e incluso a las muy minoritarias, por lo que fue preciso explicar que tal pretensión resultaría inviable tanto por el ingente volumen de información que sería necesario transmitir, como por el fundado temor de que se pudiera volver locos a los centaurianos con tamaño galimatías. Finalmente el mensaje se redactó en inglés, español, francés, japonés, ruso y chino, acompañándolo con grabaciones musicales -hubo bastantes discusiones acerca de si la música clásica debería ir acompañada por el heavy metal o el rap- y multitud de documentos gráficos, tanto fotografías como vídeos. Vamos, como los famosos discos de las sondas *Voyager*, pero a lo grande.

Llegado el gran momento los mayores radiotelescopios del planeta, incluyendo el gigantesco ALMA del desierto chileno de Atacama, comenzaron la emisión conjunta del mensaje a Alfa Centauro, repitiéndolo una y otra vez durante semanas con unos niveles de redundancia que a un profano pudieran parecerle excesivos pero que, según explicó un portavoz del proyecto, eran necesarios para asegurarse que el mensaje llegaba íntegro a su destino.

Y luego... a esperar ya que, debido a los condicionantes impuestos por la velocidad de la luz, antes de al menos nueve años no se podría recibir la respuesta, si es que ésta se daba.

Conjurando los temores de los más agoreros, que manifestaban el temor de que sus destinatarios nos ignoraran, la respuesta llegó aunque algo más tarde de lo esperado: casi once años después, probablemente debido al tiempo que los centaurianos tardaron en descifrar el mensaje terrestre. Y no había duda de que lo habían entendido, puesto que ésta estaba correctamente redactada, o casi, en los seis idiomas en los que nuestro mensaje había sido emitido, por lo que no hubo necesidad alguna de traducirla.

Por desgracia, y para frustración de los científicos, el mensaje de los centaurianos no aportaba la menor información acerca de su cultura, su constitución biológica o su tecnología. De hecho, era una simple frase que decía lo siguiente:

**¿QUERÉIS DEJAR DE METER TANTO RUIDO?  
ESTAMOS INTENTANDO DORMIR LA SIESTA**

## BIENVENIDOS A LA TIERRA

Kpurr exultaba gozo. De entre todos los agentes del Servicio de Exploración Galáctica había sido él el elegido para establecer el primer contacto con los habitantes de ese mundo que sus nativos denominaban Tierra, el cual, tras un largo período de concienzudas exploraciones, habría de pasar a formar parte de la gran comunidad galáctica. Todo ello estaría en manos de un nutrido grupo de especialistas y seguiría unos protocolos ampliamente ensayados con anterioridad en multitud de planetas contactados, pero él tendría el privilegio de ser el primero en mostrarse frente a unos seres que hasta entonces se habían mantenido aislados del resto de sus hermanos cósmicos.

Era una gran responsabilidad, sin duda, pero también un orgullo. Aunque en su elección habían pesado motivos tan obvios como la relativa afinidad biológica entre su raza y la de los terrestres, no menos cierto era que la profesionalidad y la experiencia de Kpurr suponían una garantía que no había pasado desapercibida a sus superiores. Y Kpurr, por supuesto, estaba dispuesto a no defraudarlos.

Todo se desarrolló como estaba planeado. El ligero transbordador monoplaza que pilotaba se desprendió de la nave nodriza y, en un ágil descenso, se posó en el lugar elegido para el contacto. Kpurr se apeó y vio como la navecilla remontaba el vuelo perdiéndose en el horizonte, quedando él a merced de sus propias fuerzas y completamente desarmado, tal como establecía el protocolo; nada resultaría más negativo que una muestra de hostilidad, real o aparente, hacia los contactados. Pero nada tenía que temer, puesto que las estimaciones realizadas por los expertos, avaladas por la experiencia de cientos de contactos anteriores, indicaban un riesgo mínimo de agresión por parte de los nativos.

Confortado por este pensamiento, pero sin poder evitar por completo la incomodidad que siempre se siente al encontrarse en un lugar ajeno y desconocido, Kpurr se encaminó con paso firme hacia la cercana vía de comunicación elegida para el encuentro. Por ese lugar, una larga cinta oscura que se perdía en lontananza por ambos sentidos, circulaban numerosos vehículos rodantes -se sabía que los habitantes del planeta todavía no dominaban las técnicas antigravitatorias- y, justo en el punto de ésta hacia el cual Kpurr se dirigía, se alzaba un edificio en el que muchos de éstos se detenían por motivos que le resultaban desconocidos.

Kpurr, bípedo al igual que los nativos, llegó a su destino tras una breve caminata topándose de repente con dos de éstos. Aunque conocía sobradamente su aspecto por las numerosas holografías archivadas en el Servicio, no pudo evitar cierto estremecimiento al verse frente a ellos; pero recriminándose a sí mismo estos escrúpulos de principiante, venció su momentáneo bloqueo efectuando el más elaborado saludo de su raza. Inteligentes como eran, no le cabía la menor duda de que se aperibirían de sus intenciones amistosas.

\* \* \*

-¿Qué era eso? -preguntó el policía a su compañero, todavía con el susto pegado al cuerpo y temblándole ostensiblemente la mano en la que empuñaba la humeante pistola.

-No lo sé, diría que un oso... -respondió éste en tono dubitativo y con la mirada fija en el cadáver del extraño animal que acababan de abatir-. Pero lo cierto es que no se parece mucho a los que yo conozco... además -añadió-, hace siglos que se extinguieron aquí.

-¿Cuándo se ha visto un oso vestido? -gimió el primero señalando el mono metalizado que cubría el cuerpo de su presa, a excepción de la cabeza y las zarpas delanteras-. A no ser que se haya escapado de un circo...

-Hace meses que no viene ningún circo por aquí -rebatía el segundo-, y además no están permitidos los números con animales. Realmente es extraño...

-Lo cierto es que nos atacó... tú lo viste -insistió el primero, temeroso de que alguna asociación defensora de los animales le pudiera acusar de haberlo abatido-. El alarido que soltó mientras se abalanzaba sobre nosotros con las fauces abiertas y las zarpas extendidas no parecía precisamente un saludo.

-No, desde luego que no -le tranquilizó su compañero mientras se rascaba la cabeza por debajo de la gorra, recordando que su perro, un enorme labrador, a veces asustaba a algún visitante con su efusividad canina pese a ser un animal completamente inofensivo-. Pero no lo pienses más; según todos los indicios este extraño animal nos atacó, y nosotros nos defendimos. Deja a los chupatintas del laboratorio científico que se encarguen de los detalles. Lo único que siento es que nos ha fastidiado el almuerzo -concluyó mirando añorante al cercano restaurante de carretera.

Tras lo cual uno de ellos se quedó, no sin cierta reluctancia, custodiando el cadáver, mientras el otro se encaminaba al coche patrulla para comunicar la incidencia.

## UN PROBLEMA TEOLÓGICO

La expansión del hombre por el universo originó todo tipo de situaciones inesperadas que fue necesario resolver sobre la marcha, a veces con unos resultados que habrían resultado insospechados apenas unas décadas atrás.

Como cabe suponer, una de las más importantes fue el descubrimiento de especies inteligentes en algunos de los planetas explorados por los inquietos viajeros terrestres. En general la mayoría de estos contactos fueron pacíficos y, si no beneficiosos, al menos tampoco resultaron dañinos para ninguna de las dos partes, quizá porque los humanos, escarmentados en cabeza propia, procuraron obrar siempre con prudencia, quizá porque la totalidad de las civilizaciones encontradas estaban tecnológica -y por lo tanto también militarmente- más atrasadas que la nuestra, a la par que ninguna de ellas resultó ser especialmente agresiva.

De la totalidad de las culturas alienígenas contactadas una de las que más interés despertó fue la de los sigures. Estos seres, situados en un estadio cultural equivalente al de nuestra prerrevolución industrial, fueron clasificados como humanoides, entendiéndose como tal unos bípedos de simetría bilateral con la cabeza en la parte superior del tronco, dos brazos y dos piernas, y una estatura media ligeramente superior a la humana. Asimismo eran homeotermos y vivíparos, aunque aquí se acababa toda posible comparación con los mamíferos... y con cualquier otra rama de la taxonomía terrestre, aunque su ADN, al igual que el del resto de la fauna y la flora de su planeta, resultó ser muy similar al nuestro en una clara demostración de la otrora denostada teoría de la panspermia.

Los sigures resultaron ser interesantes no sólo para los exobiólogos sino también para los xenólogos, fascinados por una sociedad que había sido aparentemente capaz de evolucionar hasta alcanzar unos notables grados de sofisticación sin haber conocido nada parecido a las guerras y los comportamientos violentos que tanto daño habían hecho a lo largo de la historia de la humanidad.

No obstante, había otro rasgo de la cultura sigur que llamó poderosamente la atención a todos los científicos sociales que abordaron su estudio: en ella no existía el menor concepto de religión, y los sigures afirmaban que jamás habían profesado ningún culto a lo sobrenatural al menos desde que existían registros de su historia. Y, aunque hubo quien maliciosamente pretendió vincular este ateísmo global con la ausencia de guerras, en general la mayoría de sus colegas fueron más circunspectos a la hora de establecer conclusiones al respecto.

La carencia de religión entre los sigures era una singularidad que desconcertó por completo a los xenólogos, dado que no sólo no se conocía ninguna cultura humana que no

hubiera alentado algún tipo de culto, sino que todas las demás razas alienígenas conocidas sí contaban con algo que era posible definir como tal, por mucho que su naturaleza difiriera mucho de las religiones conocidas.

La perplejidad de los humanos frente al desconocimiento de la religión por parte de los sigures no fue menor que la de éstos cuando les fue explicada su naturaleza. Y si bien en un principio les costó bastante trabajo entender su significado, no sólo acabaron comprendiéndolo sino que además mostraron un vivo interés por ella. Tanto, que pronto fue necesario enviar a Sigur, no sin protestas por parte de los comúnmente descreídos científicos, a varios teólogos tanto cristianos como de otras de las principales religiones, ya que la neófitia avidez de los nativos había agotado con creces los no demasiado profundos conocimientos religiosos de éstos.

Los teólogos -por precaución se había evitado invitar a representantes de sectas potencialmente problemáticas- se mostraron por lo general cautos y comedidos, aunque sin poder disimular su satisfacción ante el fértil campo con el que habían topado. Claro está que, cuando algunos de los sigures manifestaron su deseo de ingresar en las religiones que más de su agrado les habían resultado, surgieron varios problemas teológicos de envergadura encabezados por la nada baladí cuestión de si unos extraterrestres podían tener o no alma y, en el caso del cristianismo, si estaban libres o no del Pecado Original.

Las discusiones en el seno de cada religión -los contactos entre ellas fueron menguando en cuanto los antiguos colegas comenzaron a perfilarse como potenciales competidores- fueron como cabe suponer encendidas, ya que las opiniones solían resultar dispares a la par que buscaban barrer para adentro. No obstante al final acabaría imponiéndose el pragmatismo, a la par que el deseo de no verse rebasados por la competencia; al fin y al cabo, como dijo un enviado de la Santa Sede, en el pasado la Iglesia había enmendado su error inicial de negar la existencia del alma a colectivos tales como las mujeres o las culturas primitivas paganas, aplicando el criterio de que todos éramos hijos de Dios. Así pues, ¿por qué no extrapolarlo a seres tan angelicales y tan interesados en gozar de los beneficios de la religión como eran los sigures? Nada importaba que su constitución física fuera distinta de la nuestra, dado que lo único que importaba era su alma inmortal.

Puesto que el resto de las principales religiones llegaron a conclusiones similares, no tardó en abrirse la veda de las conversiones de los sigures, respetándose eso sí su libre elección aunque, justo es decirlo, aquéllas que contaban con una larga tradición proselitista partieron con ventaja respecto a aquellas otras que no habían dado tanta importancia a incrementar su grey. Y aunque no pudiera hablarse en sentido estricto de una competición entre todas ellas por arrebatarse fieles, sí es cierto que la mayoría intentaron hacer todo lo posible por no quedarse atrás.



Fue entonces cuando surgió un problema no esperado que, aunque de índole biológica, acabó teniendo importantes repercusiones teológicas. Los sigures, como todas las especies desarrolladas del universo conocido, eran sexuados; pero a diferencia de la fórmula habitual vigente en la Tierra y en otros planetas, contaban con tres sexos diferenciados. Dos de ellos eran equiparables a los machos y a las hembras terrestres, ya que aportaban respectivamente los espermatozoides y los óvulos que conformaban el embrión del nuevo ser. Pero el útero de las hembras sigures era rudimentario y, al igual que sucede en los marsupiales, éstas eran incapaces de gestar en su interior al embrión hasta el momento de su nacimiento. La solución encontrada por la evolución en Sigur era, no obstante, distinta por completo de la bolsa marsupial: una vez que el embrión había llegado al límite de su maduración, la hembra lo transfería mediante un órgano especializado al útero de un miembro del tercer sexo, en el cual tenía lugar la gestación. Este tercer sexo, a su vez, carecía de unos innecesarios ovarios.

Dicho con otras palabras, la tarea reproductiva de las hembras terrestres quedaba repartida en Sigur entre los dos sexos a los que los xenobiólogos denominaron hembras reproductoras y hembras gestantes o, simplemente, hembras-r y hembras-g. Por lo tanto el equivalente a los matrimonios, o a las parejas en los animales, estaba constituido por un trío, al menos en lo que se refería a la modalidad reproductiva de las relaciones sexuales sigures.

Huelga decir que, al igual que nosotros, los sigures no limitaban su sexualidad a las tareas reproductoras sino que, por el contrario, muchos de ellos le echaban grandes dosis de imaginación, lo que conducía a un amplio abanico de conductas sexuales, algunas inimaginables hasta para los más desinhibidos humanos, capaces de escandalizar por igual a los puritanos y mojigatos de cualquier pelaje, razón por la que a los catecúmenos de las diferentes confesiones se les exigió, al menos sobre el papel, la renuncia a todo tipo de comportamientos indecorosos.

Pese a resultar obvio que era de todo punto imprescindible la colaboración de los tres sexos para perpetuar la especie, esta variante de la pareja tradicional fue contemplada inicialmente con grandes reticencias por parte de las religiones que de forma tradicional habían considerado al conjunto hombre-mujer como la única opción aceptable, para regocijo de aquellas otras que, por el contrario, toleraban la poligamia; máxime teniendo en cuenta que el rol masculino, al menos desde el punto de vista fisiológico, al seguir siendo único les permitía extrapolar a la sociedad sigur su modelo social machista.

Sin embargo, no fue la cuestión de los tríos reproductores el principal escollo teológico con el que tropezaron los nuevos misioneros. Al fin y al cabo, si se quería obedecer el mandato bíblico de “creced y multiplicaos” no había más remedio que aceptar las peculiaridades fisiológicas que la evolución había implantado en toda la fauna superior del planeta Sigur, y así lo acabaron entendieron al menos las religiones principales.

El problema principal fue mucho más prosaico, y afectó exclusivamente a aquellas confesiones que imponían la circuncisión a sus miembros masculinos; porque si bien los sigures machos, o inseminadores según la terminología xenobiológica, disponían de un órgano fecundador equivalente al pene, éste carecía de cualquier tipo de revestimiento natural comparable al prepucio, por lo cual resultaba imposible realizarle una circuncisión sin dañarlo de forma irreversible. Y aunque lo más pragmático hubiera sido aceptar esta circunstancia tal como se aceptaron los tríos matrimoniales, en el momento de escribir estas líneas sesudos teólogos de las religiones involucradas continúan discutiendo sin llegar a ningún consenso sobre la posibilidad de eximir de este trámite a los postulantes nativos. Los de las otras, por el contrario, sonrían con disimulo.

## **SUPERPOBLACIÓN**

El gravísimo problema de la superpoblación de la Tierra, con sus no menos preocupantes secuelas de contaminación, desastres ecológicos o extinción de miles de especies animales y vegetales, se vio súbitamente resuelto sin intervención alguna de la humanidad y sin que nadie lo esperara ni previera.

La causa de tan radical cambio fue la decisión de los tkaris, la civilización hegemónica en nuestro sector galáctico, de que la cosecha estaba ya madura, por lo que comenzaron a recolectarla después de un largo período de veda.

Por cierto, nuestro sabor les encanta.

## POR FAVOR, AGUARDE SU TURNO

Cuando los jefes de Morolo decidieron invadir la Tierra estaban completamente convencidos de que la conquista de este planeta se desarrollaría sin la menor dificultad. ¿Cómo no iba a ser así, siendo Morolo una de las principales potencias del sector galáctico mientras la Tierra ostentaba el dudoso honor de ser uno de los astros más atrasados en varios millones de klems a la redonda? ¡Si ni siquiera habían sido capaces de expandirse por su propio sistema planetario!

De hecho, sus estrategias no se habían molestado en movilizar al grueso de su maquinaria militar, calculando que bastaría con una pequeña escuadra para conseguir su objetivo ya que los atrasados terrestres tampoco contaban con flota estelar alguna capaz de hacerles frente. Así pues, partieron rumbo a la Tierra una docena de transportes de tropas escoltados únicamente por un acorazado y varias unidades menores.

El interés de Morolo por la Tierra no se debía ni a su nulo valor intrínseco ni a su situación estratégica, ya que se hallaba arrinconada en un extremo casi despoblado del brazo galáctico. Estas afortunadas -para ella- circunstancias le habían salvado hasta el momento de ser anexionado por cualquiera de las potencias que se disputaban la supremacía del sector, dándose la paradoja de que sus habitantes eran ajenos por completo al tenaz pulso que se libraba a apenas unos cuantos sistemas estelares de distancia.

Así pues, la flota expedicionaria morolense se encaminó hacia la Tierra en el convencimiento de que la invasión sería un mero desfile militar. Y hubiera ocurrido de esta manera de encontrarse frente a ella, como única oposición, a las insignificantes fuerzas armadas del planeta; pero...

El primer indicio de que el plan no se desarrollaba tal como había sido previsto surgió cuando las naves exploradoras que constituían la avanzadilla del grueso de la flota detectaron, ya en las proximidades del anillo exterior del sistema, la presencia de navíos de guerra de procedencia desconocida. Por fortuna el aviso les dio tiempo para prevenirse, de modo que cuando ambas escuadras se pusieron en contacto se pudo evitar que les pillaran por sorpresa.

La flota desconocida resultó proceder de Catulia, uno de los rivales tradicionales de Morolo, y según les comunicó el almirante que la comandaba ellos habían llegado allí con idéntico propósito de invadir la desprevenida Tierra, con la diferencia -recalcó- de que lo habían hecho antes que los morolenses.

Aunque las relaciones entre las principales potencias galácticas distaban mucho de ser cordiales, todas ellas eran lo suficientemente civilizadas para evitar un conflicto armado, y ya hacía más de ochocientos trecks habían suscrito un tratado que permitía resolver

pacíficamente sus potenciales disputas. De este modo, en caso de que dos o más estados pugnarán por un mismo planeta -siempre, claro está, que éste no perteneciera a la Organización Galáctica, como era el caso de la Tierra-, estaba establecido que tendría prioridad aquél cuyas fuerzas armadas hubieran llegado con anterioridad.

Profundamente despechado, pero respetuoso con los acuerdos intergalácticos, el almirante supremo morolense se resignó a dejar campo libre a su colega catuliano, y así se lo hizo saber por los conductos habituales. Éste acusó recibo con la proverbial caballerosidad de su raza, pero para sorpresa del morolense le comunicó que ellos tampoco habían llegado los primeros y que, por consiguiente, también les correspondía esperar.

En realidad, pudo saber finalmente el de Morolo, la escuadra bajo su mando hacía el número diecisiete de todas las que habían llegado al sistema planetario terráqueo con análogas pretensiones, y por lo tanto debería aguardar hasta que le llegara su correspondiente turno. La razón de tamaña inflación de invasores se debía al hecho de que la Tierra era el único planeta de todo el sector galáctico que cumplía los requisitos necesarios para ser invadido, por lo que a pesar de su nulo valor estratégico y económico todos los gobiernos importantes de la región habían planeado hacerlo para no ser menos que los demás... y casualmente todos al mismo tiempo.

Han pasado ya varios ergs desde entonces y la flota morolense, al igual que quince de las dieciséis flotas rivales -la Tierra anda todavía por su primera invasión-, aguarda pacientemente a que le llegue el turno sin moverse un solo prutt de allí, en previsión de que todavía pudiera llegar alguna flota más y se les colara aprovechando su ausencia. Mientras tanto, y para que las tropas a su mando no estén ociosas, los dieciséis almirantes han acordado un completo calendario de actividades que incluye desde maniobras conjuntas hasta competiciones deportivas intergalácticas.

Todo sea por mantener la concordia.

## REQUIESCAT IN FAUCES

Cuando la primera expedición terrestre llegó al planeta Achird (o η Cas) IV, situado a algo más de 19 años luz de distancia, descubrió en él una raza humanoide culturalmente situada en el neolítico cuyas comunidades, al contrario que sus homólogas terrestres, vivían en paz y armonía siendo la guerra algo desconocido por completo.

Los nativos acogieron amistosamente a los visitantes con tanta o más curiosidad que éstos, mostrándoles su pacífico modo de vida que tanto se asemejaba a la mítica Arcadia Feliz cantada por tantos poetas. No obstante, hubo un detalle que desagradó profundamente a los exploradores terrestres, varios de los cuales eran misioneros y, por si fuera poco, protestantes: sus ritos funerarios, ya que los achirdianos tenían la costumbre de comerse los cadáveres de sus muertos en unos banquetes comunales en los que intervenían todos los familiares y allegados del difunto.

Preguntados por ese peculiar y a ojos de los terrestres aberrante hábito, que recordaba a otros similares felizmente erradicados practicados antaño por algunas tribus de Nueva Guinea, los achirdianos respondieron que lo hacían por respeto a sus muertos, ya que no podían consentir que sus cadáveres entraran en contacto con la tierra impura, ni mucho menos que se pudrieran o fueran devorados por gusanos y otros animales inmundos.

A sugerencia de los pastores que le acompañaban, el capitán de la expedición propuso a los nativos la posibilidad de incinerarlos, usando como principal argumento el hecho evidente de que parte de lo que pasaba por sus intestinos acababa siendo expulsado en forma de heces, no menos impuras que la tierra en la que rehusaban enterrar los cadáveres. Y, viendo las reticencias de los achirdianos a una práctica que chocaba con su tradición secular, ordenó a los técnicos de la expedición que construyeran un horno crematorio que pudiera servirle de demostración.

Así lo hicieron y, por respeto a posibles tabúes locales, procedieron a incinerar no el cadáver de un achirdiano sino a un animal, similar hasta cierto punto a un jabalí, cazado previamente por los nativos. La prueba fue realizada teniendo a los caciques locales por testigos, a los cuales se les mostró el amasijo de huesos calcinados y parcialmente deshechos que quedaron como único residuo del proceso, sin el menor vestigio de carne. Puesto que tras el banquete los achirdianos tiraban a una profunda sima las osamentas del finado sin mayores rituales post mortem, ningún problema debía surgir, pensaron los confiados terrestres, para que aceptaran el nuevo e higiénico método olvidándose de una vez por todas de su aberrante costumbre.

Sin embargo, éstos resultaron pensar de otra forma. Tras mostrar su admiración por la limpieza del proceso, los caciques se mostraron dispuestos a aceptar el cambio con una

única condición: que la incineración no fuera tan completa, puesto que así se veían privados de su manjar favorito. ¿No podrían hacer que los cadáveres se tostaran tan sólo un poquito, lo justo para quedar tiernos?

## IMPROVISACIÓN

Ser una de las civilizaciones más antiguas de la galaxia tiene sin duda su importancia, pero acarrea también unas notorias servidumbres. Por esta razón los prrksuis llevamos a cabo ejerciendo de nodrizas para las jóvenes razas a las que hay que encauzar hacia un desarrollo intelectual primero, y tutelar después, hasta que éstas sean aptas para ingresar en la comunidad galáctica.

Y no es fácil, principalmente porque si bien la vida tiene una tendencia irrefrenable a surgir y desarrollarse en cualquier entorno mínimamente adecuado, que es lo mismo que decir la práctica totalidad de los sistemas planetarios, es un hecho contrastado que la evolución espontánea siempre acaba frenándose justo antes de que en cualquier especie, por desarrollada que ésta se encuentre, pueda saltar la chispa capaz de convertir a un simple animal en un ser racional. Dicho con otras palabras, la experiencia demuestra que es de todo punto imposible que la inteligencia surja de manera natural, siendo un misterio el motivo por el que esta transformación llegó a ocurrir por primera y única vez generando una especie racional -ni siquiera se sabe con exactitud cual pudo ser entre las más longevas- que a su vez hubo de cargar con la responsabilidad de ayudar a sus hermanas cósmicas a traspasar la para ellas infranqueable barrera entre la animalidad y la intelectualidad.

Si bien los prrksuis no somos los únicos dedicados a esta labor, a causa de nuestra condición de pioneros sí somos una de las civilizaciones más comprometidas con ella, teniendo bajo nuestra responsabilidad todo un sector galáctico. Nuestro modus operandi es sencillo, pero al mismo tiempo delicado: tras una exploración previa seleccionamos los planetas en los que la vida animal ha alcanzado un grado de desarrollo suficientemente elevado, procediendo entonces a elegir la especie más adecuada para ser sometida a la inducción artificial que hará de ella el embrión de una raza inteligente. Hecho esto abandonamos el planeta dejando que la nueva especie evolucione por sí misma, y realizamos una nueva visita cuando estimamos que la cosecha pueda estar ya lo suficientemente madura para ser recogida. No es un método infalible ya que cada raza tiene su propio ritmo evolutivo y en ocasiones puede ocurrir que se alguna de ellas se estanque o que incluso experimente un retroceso, pero la mayoría de las veces suele funcionar aceptablemente bien.

No ocurrió así, sin embargo, en el tercer planeta de una vulgar estrella amarilla perteneciente al cuadrante 4-A del subsector DFG-27 en las coordenadas  $\varphi=47$ ,  $\theta=122$ ,



$\rho=27,3 e^{18}$ <sup>1</sup>, ya que nuestra intervención en él supuso, por mucho que nos duela reconocerlo, el mayor fracaso de toda nuestra larga historia. Pero no nos adelantemos.

Cuando nuestra primera expedición llegó al planeta, hace aproximadamente cuarenta millones de ciclos, éste se hallaba poblado por una rica y prometedora fauna entre la que destacaba un amplio grupo de animales terrestres predominantes en la práctica totalidad de los nichos ecológicos, salvo en los marinos. Sumamente evolucionados y desarrollados, los había de todos los tamaños y hábitos, tanto carnívoros como herbívoros u omnívoros, siendo los mayores de ellos, unos herbívoros de larguísimo cuello alzado sobre un robusto cuerpo soportado por cuatro patas y una no menos impresionante cola, los especímenes más espectaculares descubiertos por nuestros exploradores en muchos de los planetas visitados. Eso por no hablar de los terroríficos carnívoros, capaces de engullir de un bocado a un prksu, o de otras especies provistas de recios caparazones acorazados, testas armadas con amenazantes cornamentas o grandes placas óseas a lo largo de toda su espina dorsal.

Sin embargo no fueron estos animales los elegidos, sino otros mucho menos llamativos de tamaño similar al nuestro -y al de la media de las razas inteligentes de la galaxia, ya que ni el gigantismo ni el enanismo suelen rendir buenos resultados- y apariencia más discreta a la par que, tal como determinaron los estudios anatómicos, mucho más prometedora, sobre todo gracias a un arraigado instinto social que les permitía tanto defenderse de los predadores de mayor tamaño como asimismo ser unos notables cazadores, a lo que se sumaba una defensa eficaz de sus colonias y de los nidos donde las hembras depositaban sus huevos.

Así pues, siguiendo los protocolos establecidos, los integrantes de la expedición procedieron a capturar a un número suficiente de especímenes, tanto machos como hembras procedentes de varias colonias distintas, sometiéndoles al proceso de estimulación cerebral que, merced a la evolución natural, acabaría convirtiéndoles en seres inteligentes como primer paso hasta alcanzar una cultura de nivel galáctico. Hecho esto liberaron a los animales y abandonaron el planeta, que quedó sometido a cuarentena tal como suele ser habitual.

Pasado el tiempo que los responsables del programa consideraron prudencial una segunda expedición, la nuestra, fue enviada al planeta con objeto de, como solemos decir entre nosotros, “recoger la cosecha”. Dado el excelente material genético con el que nuestros predecesores habían trabajado no dudábamos que encontraríamos una próspera sociedad tecnológica apta para ser contactada como paso previo hacia la integración. Sin embargo, la realidad no tardaría en hacer pedazos nuestro exagerado optimismo.

---

<sup>1</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: Obviamente estas coordenadas han sido transcritas lo mejor posible a una notación compatible con nuestro idioma, aunque al carecer de la referencia del centro de coordenadas no pueden ser aplicadas a un mapa galáctico.

Ya las primeras observaciones telescópicas de la superficie del planeta determinaron que la distribución de las masas continentales había variado notablemente, pero esto no nos sorprendió demasiado dado que la deriva continental es un fenómeno habitual en los planetas con actividad tectónica. Más preocupante fue, cuando una distancia menor nos permitió apreciarla, la ausencia total de signos de actividad tecnológica en los distintos continentes, algo del todo inhabitual en lo que cabía esperar de una raza inteligente extendida por la totalidad o, cuanto menos, la mayor parte del planeta.

De hecho los diferentes continentes, aunque cubiertos en su mayoría por una exuberante vegetación, no mostraban el menor signo de haber sido transformados por nuestros especímenes... algo que, como pudimos comprobar una vez entramos en órbita y enviamos varias sondas de reconocimiento a la superficie, no tenía nada de particular dado que éstos habían sufrido una completa extinción.

Y no sólo ellos ya que, cotejando nuestros registros con los de la primera expedición, descubrimos con sorpresa que tanto la fauna como la flora eran completamente diferentes a las originales mucho más allá de lo que cabía esperar del período de tiempo transcurrido, lo cual resultaba ser completamente excepcional.

Trastocados nuestros planes ante la inexistencia de vida inteligente alguna procedimos a investigar las razones de tan inusual fenómeno, lo que nos permitió descubrir indicios inequívocos de que no mucho después de la marcha de nuestros compañeros, tal como pudimos calcular a partir del estudio de una singular acumulación de metales pesados en un delgado estrato que quedó como testigo indeleble de tan dramático cambio, una catástrofe de magnitud planetaria, posiblemente el choque de un cuerpo celeste de regular tamaño, combinado con una excepcional actividad sísmica y volcánica, seguidos por unos brutales trastornos climáticos, habían provocado la extinción de aproximadamente el setenta por ciento de la fauna terrestre y todavía en mayor porcentaje de la marina. Aunque la biosfera había logrado recuperarse de la hecatombe y en la actualidad se mostraba tan pujante o más que con anterioridad a ésta, lo había hecho siguiendo unos parámetros muy diferentes a los antiguos a partir de los escasos grupos animales y vegetales supervivientes.

No cabe duda que como fenómeno biológico y geológico se trataba de algo extremadamente interesante, pero al mismo tiempo truncaba por completo nuestros planes ya que nos obligaba a partir de nuevo de cero. Así pues, convertidos en forzados sembradores, nos olvidamos de nuestros proyectos iniciales procediendo a buscar, entre las nuevas especies, alguna que pudiera reemplazar en un futuro a la desaparecida.

Por desgracia fuimos incapaces de encontrar candidatos idóneos entre las especies emparentadas genéticamente con la perdida, ya que todas ellas habían desaparecido igualmente a excepción de una rama lateral que había evolucionado hacia unos pequeños seres adaptados para el vuelo de nula utilidad para nosotros, dado el escaso tamaño de su

cerebro y la imposibilidad de obtener miembros prensiles a partir de unas extremidades superiores transformadas en alas que habían perdido toda capacidad prensora.

Así pues, fijamos nuestra atención en aquéllos que habían ocupado el vacío dejado por la fauna desaparecida pese a que, conforme indicaban las muestras investigadas por los miembros de la primera expedición, éstos procedían de un pequeño grupo marginal que había sido descartado por nuestros compañeros. Ciertamente su complejidad era muy superior a la de sus ancestros dado que habían evolucionado con rapidez y, asimismo, su diversidad era al menos tan grande como la de los animales extintos; pero pese a encontrarse bien adaptados a los distintos ambientes del planeta, no logramos dar con ninguno que mostrara un potencial similar al de la especie perdida. De hecho ni siquiera ponían huevos, habiendo desarrollado un complejo y poco efectivo sistema mediante el cual los embriones de sus crías se formaban en el propio interior del cuerpo materno.

Era sin duda un problema importante, pero no nos arredramos puesto que no deseábamos volver a casa con los tentáculos vacíos. Así pues, hicimos de la necesidad virtud optando por buscar un candidato, por potencialmente mediocre que éste nos pudiera parecer, al que poder aplicarle el proceso de inducción evolutiva. Forzados a improvisar, y sin garantías reales de poder obtener unos resultados satisfactorios incluso sin que mediara una nueva catástrofe planetaria, acabamos eligiendo a unos animales de tamaño más bien tirando a pequeño y de hábitos arborícolas que, al menos teníamos algo positivo, formaban pequeños clanes y poseían extremidades prensiles. Ciertamente su capacidad mental no resultó ser nada extraordinario, pero su limitada especialización les ponía en ventaja frente a otros animales mucho más evolucionados que ellos y, por consiguiente, menos flexibles genéticamente. Además, no teníamos elección...

Pese a nuestro generalizado escepticismo, al carecer de mejor alternativa aplicamos a estos mediocres animales los protocolos habituales de aceleración evolutiva, tras lo cual repartimos a los especímenes tratados por distintas zonas del planeta teniendo la precaución de reforzar la redundancia -eran preocupantemente frágiles- merced a un incremento en el número de ejemplares mutados. Una vez terminado nuestro trabajo, volvimos a casa.

Y eso es todo. Por supuesto cuando el planeta esté maduro para una nueva cosecha ninguno de nosotros existirá ya, por lo que serán otros los que comprueben los resultados de nuestro trabajo. No estamos satisfechos, ni mucho menos, de él pero hicimos cuanto pudimos dadas las circunstancias y no será responsabilidad nuestra que los descendientes de estos seres no puedan llegar a alcanzar un estado evolutivo mínimamente homologable con el de las especies inteligentes de la galaxia. Al fin y al cabo, no prometían demasiado.

## LA IMPORTANCIA DE SABERSE EXPLICAR

Ra-Setum, el rigeliano -en realidad no era oriundo de Rigel, sino de una pequeña estrella cercana a ella e invisible desde la Tierra, pero de alguna manera había que llamarlo-, quedó fascinado en su primera visita a nuestro planeta al descubrir el ajedrez e insistió, una vez que le explicaron las reglas, en jugar una partida.

Logró su objetivo y, con la suerte del principiante, consiguió comerle el rey al jugador rival. Pero no le dio tiempo a celebrar su triunfo puesto que, para sorpresa suya, fue detenido y encarcelado bajo la acusación de homicidio.

Todo se debió a una lamentable falta de entendimiento. Como es sabido, los rigelianos siempre interpretan las frases de forma literal, algo que debían ignorar los organizadores de la partida ya que no le advirtieron previamente de que en este juego el verbo *comer* tenía un significado simbólico, a lo que se sumó para mayor desgracia el hecho de que se tratara de una partida de ajedrez viviente.

## MILES GLORIOSUS

Randolph Trump era un avezado piloto de la Armada Estelar veterano de la interminable guerra que desde hacía décadas enfrentaba a la Tierra y sus colonias estelares con el agresivo Imperio Brit. Apreciado por sus superiores y respetado por sus compañeros, Randolph había logrado salir incólume de todos los combates en los que había intervenido, convirtiéndose en un superviviente nato mientras otros muchos pilotos habían pagado con su vida la defensa de la humanidad frente a los repulsivos insectoides enemigos.

Aunque nunca se había planteado la posibilidad de caer en uno de sus audaces ataques, fue víctima por vez primera de un ominoso presentimiento justo antes de tomar parte en una importante ofensiva que tenía por objeto liberar a una colonia fronteriza del férreo bloqueo al que la tenía sometida una poderosa escuadra brit. Y aunque este presentimiento no se tradujo en miedo, sí le embargó el ánimo lo suficiente como para moverle a tomar una decisión que habría rechazado indignado no mucho antes.

Pero no ahora. Tomándose muy en serio, Randolph acudió a la consulta de una conocida adivina con objeto de que le tranquilizara sobre su incierto futuro. Eso sí lo mantuvo en secreto incluso ante sus amigos más íntimos, una medida acertada dado que él no se había recatado en burlarse de todos aquéllos que con anterioridad habían adoptado idéntica resolución.

La adivina cumplía con todos los requisitos típicos de su milenaria profesión, incluyendo el barroco atrezzo con el que se rodeaba. Pero esto no era algo que importara al astronauta, que tan sólo deseaba saber si lograría sobrevivir a tan arriesgada misión. La respuesta, obtenida después de verse obligado a soportar los interminables rituales de rigor, fue clara a la par que ambigua:

-“Tu memoria perdurará, y te impondrás sobre el enemigo”.

Profundamente aliviado, Randolph recompensó a la pitonisa con una generosa dádiva y, casi eufórico, retornó a su acuartelamiento apresurándose a ofrecerse voluntario para formar parte del escuadrón de vanguardia, el que más peligro corría al ser el encargado de romper el fuego contra el enemigo. Pero él, convencido de que la buena suerte no le abandonaría, estaba seguro de retornar victorioso y con su fama de héroes acrecentada.

Por desgracia, la realidad discurrió por derroteros muy distintos. Los brit no sólo lograron mantener el bloqueo sino que infligieron a los terrestres una severa derrota saldada con multitud de bajas entre muertos, prisioneros y desaparecidos, entre los que figuraba el capitán Randolph Trump.

Randolph había sido capturado por los insectoides tras encajar un impacto que había destrozado los motores de su nave, pero a efectos prácticos bien se le podía contar entre los caídos puesto que los brit acostumbraban a matar de forma sistemática a sus prisioneros, práctica que habían imitado los humanos. Esto era algo que él sabía y que asumió con estoicismo aunque no dejara de preguntarse las razones por las que no se había cumplido la predicción de la vidente.

Sin embargo la predicción sí se cumplió, aunque no de la manera que él imaginara. Los brit, pese a su avanzado nivel tecnológico, seguían arrastrando algunos atavismos heredados de su pasado más remoto, y uno de los más arraigados entre sus soldados consistía en convertir en trofeos algunas partes del cuerpo de sus enemigos vencidos, tal como hicieron los indios norteamericanos con las cabelleras, los aztecas con los corazones o algunas tribus primitivas con las calaveras.

Dadas sus características anatómicas recurrían a los caparazones quitinosos que protegían sus cuerpos, los cuales convertían en elaboradas corazas que exhibían con orgullo, en especial cuando habían pertenecido a algún rival famoso. Y como tras sus primeros contactos con los humanos descubrieron que éstos no contaban con ningún tipo de exoesqueleto, optaron por desollarlos, curtir sus pieles y revestirse con ellas a modo de macabras casacas. Lo que no se sabía con exactitud cuando Randolph Trump cayó prisionero era si el desuello se realizaba antes o después de la ejecución ritual de los cautivos; pero se trataba de un detalle secundario.

Así pues, tal como acertadamente predijo la vidente su memoria perduró al menos en lo relativo a su pellejo, y también resultó cierto que se impusiera, o cuanto menos revistiera, a uno de los más afamados guerreros brit. Ciertamente es que esta fórmula no era precisamente la que él hubiera deseado, pero ante la fama, aunque sea póstuma, tampoco hay que mostrarse demasiado cicatero.

## EL INTRUSO SIDERAL

El intruso apareció de manera repentina y sin el menor aviso, para desconcierto de la comunidad científica internacional. Y no era para menos, ya que con sus buenos trescientos kilómetros de longitud -tal como es habitual en los cuerpos celestes de pequeño tamaño su forma era irregular- y la distancia a la que se encontraba, un millón de kilómetros escasos de la Tierra, se dispararon todas las alarmas dado que, en caso de una hipotética colisión con nuestro planeta, el impacto del asteroide que acabó con los dinosaurios, al que se le había estimado un diámetro de tan “sólo” diez kilómetros, quedaba reducido en comparación a una modesta salva de fuegos artificiales.

Así pues cundió la alarma sobre todo entre los astrónomos, que no acertaban a explicarse cómo un objeto de ese tamaño, visible a simple vista sin necesidad de telescopio, no había sido detectado durante su acercamiento pese a las redes automáticas de seguimiento de asteroides cercanos, capaces de seguirles el rastro a pedruscos de mucha menor envergadura.

Por fortuna pronto se comprobó que el riesgo de colisión era nulo, ya que el visitante había entrado en órbita -y ésta fue una nueva sorpresa- en torno a la Tierra convirtiéndose así en su segundo satélite natural. En realidad esta afirmación no era del todo correcta, como se apresuraron a puntualizar los expertos tras descubrir demasiado tarde que los periodistas la habían interpretado de modo literal, tergiversándola a su manera para hacer sus reportajes más atractivos -y también más sensacionalistas- para los lectores. Dada la premura de tiempo todavía no había sido posible calcular su órbita con la suficiente precisión, por lo que de momento, aunque se había confirmado la existencia de un vínculo gravitacional entre la Tierra y el nuevo astro, preferían hablar de órbitas de herradura, cuasi satélites, asteroides co-orbitales, puntos de Lagrange y otros términos similares a la par que poco inteligibles para el gran público, que de forma mayoritaria ignoró sus puntualizaciones prefiriendo la versión simplista que ofrecían los periódicos.

De hecho los astrónomos recordaron -todo hay que decirlo, con bastante poco éxito- que no se trataba de un caso único, ya que desde hacía décadas se conocía la existencia de un pequeño asteroide, bautizado con el exótico nombre de Cruithne, que mostraba un comportamiento orbital similar, aunque a causa de su pequeño tamaño -unos cinco kilómetros- y de su relativo alejamiento de la Tierra -alrededor de doce millones de kilómetros- no había pasado de ser una curiosidad científica ignorada por el común de los mortales.

Claro está que esto no explicaba -los astrónomos lo reconocían- la desconcertante aparición repentina de un cuerpo de este tamaño prácticamente en nuestro patio trasero, algo que violaba por completo las leyes de la mecánica celeste, al tiempo que negaban

categoricamente que la ausencia de una detección previa pudiera deberse a un despiste o a un fallo de los programas de vigilancia del espacio cercano... aunque carecían de cualquier tipo de explicación que pudiera justificarlo.

En cualquier caso, insistían, la trayectoria del asteroide, satélite o como quisiera llamársele, había demostrado ser lo suficientemente estable para no poner en peligro la vida de nuestro planeta y, aunque este tipo de órbitas no era estrictamente estable -conviene recordar que los astrónomos acostumbran a pensar en términos de millones de años-, sí cabía esperar que la Tierra tuviera compañero para rato.

Así pues, e indiferentes a la expectación creada por su llegada, que pronto acabó relegada a un segundo plano por otras noticias más candentes aunque no necesariamente más importantes, los astrónomos procedieron a realizar una observación sistemática del aún innominado cuerpo celeste al cual, conforme a los protocolos establecidos por la Unión Astronómica Internacional, se le había asignado un aséptico número de catálogo a la espera de su bautizo definitivo.

Su relativa cercanía permitió estudiar con precisión tanto a la órbita como a él mismo, descubriéndose que tenía forma de huso alargado, de unos trescientos veinticinco metros de longitud en su eje mayor, con un diámetro que oscilaba entre los cuarenta y sesenta metros, aunque su sección no era circular sino notoriamente aplastada. Geométricamente se definía como un elipsoide de revolución con los tres ejes diferentes, aunque de forma coloquial se le podía comparar razonablemente con el panecillo de un perrito caliente.

Pese a que su forma no difería sobremanera de las de los múltiples cuerpos irregulares -asteroides, cometas, pequeños satélites- que abundaban en el Sistema Solar, sí presentaba algunas diferencias notables que llamaron vivamente la atención de quienes lo estudiaban. Su eje principal, que grosso modo coincidía con el de rotación, no era del todo recto, describiendo una línea sinuosa que recordaba al movimiento de una serpiente. Asimismo sus dos extremos no terminaban de forma brusca como era lo más habitual, sino que se adelgazaban hasta acabar en unas estrechas puntas.

No obstante, lo que más sorprendió a los astrónomos fue la ausencia total de cráteres en su superficie, formada por unas suaves ondulaciones en las que alternaban los montículos con las depresiones siempre con unas diferencias de cotas inferiores a unos pocos metros. Esto chocaba de plano con lo observado en otros cuerpos celestes de similares características, los cuales solían estar acribillados de cráteres acompañados en muchas ocasiones por una orografía sumamente fracturada, fruto ambos fenómenos de las violentas convulsiones del Sistema Solar primigenio del que éstos eran vestigios.

Una superficie suave y carente de cráteres tan sólo podía significar dos cosas: O bien se trataba de un astro de formación relativamente reciente en comparación con los cuatro mil quinientos millones de años de existencia del Sistema Solar, o bien existía una



actividad geológica interna que provocaba una renovación continua de la superficie, tal como ocurría en algunos de los grandes satélites de Júpiter y Saturno. Pero, según todas las evidencias, éste no podía ser el caso.

Los estudios espectroscópicos realizados para investigar la naturaleza química de la superficie fueron todavía más desconcertantes ya que, aunque se pudieron identificar todos los elementos químicos presentes, su proporción resultó ser diferente por completo a la de cualquier otro objeto conocido del Sistema Solar, lo que inducía a pensar en un posible origen extrasolar. Y aunque otros estudios tales como la proporción isotópica podrían proporcionar más detalles, habría que realizarlos in situ o bien traer muestras que pudieran ser analizadas en los laboratorios terrestres.

En ambos casos era necesario programar una misión espacial, algo que estaba al alcance de la tecnología actual pero necesitaría una preparación relativamente larga pese a no ser necesario que ésta fuera tripulada. Las distintas agencias espaciales contaban con una notable experiencia en el envío de sondas automáticas a destinos mucho más lejanos, pero aunque en este caso la duración del viaje sería relativamente corta, la compleja programación de una misión requería años de trabajos previos.

Por fortuna no sería necesario partir de cero ya que en esos momentos se hallaba en preparación, casi lista para su lanzamiento, una sofisticada sonda espacial cuyo destino original era un asteroide Apolo, por lo que el instrumental científico con el que estaba equipada se ajustaba bastante bien a los requerimientos de la nueva misión, incluyendo una toma de muestras que se traerían a la Tierra. De hecho, bastaría con recalcular la trayectoria -el viaje sería además sensiblemente más corto- para poder estudiar in situ al enigmático astro, no obstante lo cual la fecha del lanzamiento no pudo ser fijada hasta pasados varios meses.

Mientras tanto los medios de comunicación, y a su estela la opinión pública, iban cada vez más por su lado. Una vez desvanecidos los temores iniciales la gente se había acostumbrado a la existencia de la segunda luna -los reiterados desmentidos de que se tratase de un satélite de la Tierra habían caído en saco roto-, y eran muchos los que se habían aficionado a observarlo a través de pequeños telescopios sin que faltara algún astrólogo avisado que se apresuró a incluirlo en sus horóscopos.

No obstante, la principal queja a nivel popular era la ausencia de nombre propio para el planetoides, ya que la impronunciable lista de cifras y letras que constituía su denominación provisional no convenía a ningún profano. Los astrónomos habían explicado que la asignación de un nombre oficial a cualquier cuerpo celeste estaba sujeta a un estricto protocolo que era forzoso respetar, y que era habitual que pasara bastante tiempo hasta la culminación del proceso. De hecho, insistían, eran muchos los candidatos en espera, en concreto varios pequeños satélites de Júpiter y Saturno e infinidad de asteroides y otros cuerpos menores.

La flema científica no casaba bien con la impaciencia popular, y todavía más en un caso que había calado mucho más en la opinión pública que el de cualquier remoto pedrusco perdido en las inmensidades del Sistema Solar. Así pues, si bien el nuevo vecino de la Tierra siguió sin contar con nombre oficial, comenzaron a florecer infinidad de iniciativas espontáneas, muchas de ellas fomentadas por los propios medios de comunicación que organizaron encuestas para *proponer* a la UAI el nombre según ellos más adecuado.

Entre la multitud de propuestas hubo de todo, desde las más ajustadas a la sistemática oficial de la UAI, cuyos criterios muy pocos se habían molestado en leer pese a ser fácilmente accesibles en internet, hasta las más delirantes y estrambóticas, todas las cuales formaban un pintoresco listado.

De todas ellas tan sólo unas pocas llegaron a tener una razonable repercusión, siendo una de las que más fortuna alcanzó, al menos en los países de habla hispana. La de un gracioso que, basándose en una innegable -y escatológica- similitud, lo comparó con un zurullo, lo cual tendría también la ventaja -así lo defendía su promotor- de situarlo en último lugar -al menos en español- en una lista donde estuvieran recopilados los de todos los miembros del Sistema Solar, algo acorde con su condición de recién llegado.

Y con Zurullo se quedó a nivel popular, a la espera de que los aguafiestas de la Unión Astronómica Internacional lo reemplazaran por el impronunciable nombre de alguna desconocida deidad perteneciente a cualquier mitología exótica de origen esquimal, polinésico, papú, celta, africano o algo similar, conforme a la *corrección política* que regía los recientes bautizos oficiales de la UAI. Pero esto todavía llevaría su tiempo, ya que ninguno de sus responsables estaría dispuesto a admitir la disposición oficial a competir con el ingenio popular. Faltaría más.

En cualquier caso, nunca se llegaría a conocer el desenlace de esta incruenta competición. En vísperas del lanzamiento de la sonda, para consternación general y frustración del colectivo astronómico, Zurullo desapareció tan repentinamente como había llegado, poniéndose fin a tan intrigante episodio de la ciencia moderna.

**MINISTERIO DE ECOLOGÍA Y MEDIO AMBIENTE  
DIRECCIÓN GENERAL DE ESPACIOS NATURALES  
UNIDAD DE VIGILANCIA Y CONTROL**

XRP%AJ#7Ñ0<sup>1</sup>

DF5T@ de VM\$JÇ de {\*+KO7 (huso galáctico 9Q).

Por la presente se le comunica que, conforme figura en nuestros archivos (adjuntamos copia de la documentación pertinente), el pasado LÑ^=Y del presente 3~45\$ nuestros servicios de vigilancia detectaron la incursión de una mascota no controlada, tal como prescribe la normativa vigente, en el espacio natural protegido GH7&”, cercano a su residencia.

Esta mascota depositó heces en las cercanías del planeta 47/ÑA perteneciente al citado espacio natural, lo cual está estrictamente prohibido dado su nivel de vulnerabilidad 3Q. Aunque por fortuna la acción del animal no llegó a provocar daños irreparables a la ecología planetaria, existe la prohibición taxativa de este tipo de conductas, correspondiendo la responsabilidad civil y, en su caso, la penal a los propietarios de las correspondientes mascotas.

Por esta razón, y una vez constatado que el citado animal figura registrado como de su propiedad, le comunicamos la obligación de hacerse cargo de la retirada de las heces, que deberá realizada obligatoriamente por una empresa autorizada en un plazo no superior a PF ciclos.

En caso de incumplimiento se aplicará la acción sustitutoria prevista por la ley, cargándosele como imputado todos los gastos junto con el porcentaje correspondiente a la vía de apremio.

Asimismo le informamos de que ha sido incoado el correspondiente expediente sancionador por infracción grave de la Ley de Protección de Espacios Naturales y por infracción leve de la Ley de Mascotas, cuya resolución le será remitida en breve.

En caso de disconformidad con esta resolución puede interponer un recurso de alzada en plazo y forma reglamentarios, advirtiéndole que esto supone la renuncia a todo posible descuento por pago de la sanción en período voluntario. La retirada de las heces por vía de apremio no está sujeta a descuento ni bonificación de ningún tipo.

El Director General (Ilegible):

---

<sup>1</sup> Transcripción aproximada.

## ALIENÍGENAS GOURMETS

La invasión extraterrestre, uno de los tópicos más habituales de la ciencia ficción popular, ocurrió en realidad. Y, a diferencia de los finales felices con los que solían concluir estas ingenuas narraciones, los chrsttt, que así se llamaban los invasores alienígenas, se adueñaron de nuestro planeta con total facilidad gracias a su aplastante tecnología.

Así pues todos los supervivientes del conflicto, la mayoría de la población dado que la conquista se saldó con apenas unos breves combates, se vieron sometidos a la esclavitud. O por decirlo con mayor precisión a la ganadería, ya que los chrsttt hicieron de la Tierra una inmensa granja para surtir de alimentos a su vasto imperio estelar, y de la humanidad unos simples animales domésticos a los que explotar en beneficio propio.

Por suerte para los vencidos los chrsttt no eran carnívoros. Los caprichosos designios de la evolución convergente les habían convertido en unas réplicas a gran escala -su caparazón medía aproximadamente dos metros- de los familiares coleópteros, en concreto de los escarabeoideos, popularmente conocidos como escarabajos peloteros, con los que también compartían su dieta alimenticia.

Es por ello por lo que los chrsttt pusieron mucho interés en velar por el buen estado de su cabaña ganadera, ya que ésta constituiría una apetitosa y nutritiva fuente de alimento que, según todos los indicios, mantendría su productividad durante mucho tiempo.

## INSPIRACIÓN

*En un lugar de la galaxia, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un robot...*

Desconecté el reproductor neuronal y pregunté a Krull:

-¿De dónde has sacado esto?

Mi pregunta era retórica, por supuesto, pero él la interpretó en sentido literal. Poniéndose ligeramente de color vergüenza -nos conocíamos demasiado bien para que conmigo le valiera fingir-, respondió:

-Me he inspirado en un libro que encontré en un planeta del Borde, bastante atrasado y recién incorporado a la Federación... nadie lo conoce por aquí, e incluso en su mundo originario son muy pocos los que todavía lo recuerdan aunque al parecer llegó a alcanzar bastante fama en su momento; pero no lo he copiado, mi versión es completamente original.

Yo sabía perfectamente lo que mi amigo entendía por *inspirar*, lo que no le había impedido convertirse en uno de los autores más famosos de todo el sector; pero, claro está, no iba a denunciar su afición al saqueo de clásicos olvidados, primero por amistad y segundo porque era su agente literario... y la comisión por la venta de sus libros constituía mi principal fuente de ingresos.

Además, para qué negarlo, ningún daño hacía a los autores vivos, ni a los herederos de aquéllos que todavía generaban derechos de autor, ya que siempre se *inspiraba* en textos suficientemente antiguos y tranquilizadamente olvidados, cuyos autores originales no iban evidentemente a protestar. Eso sí no los copiaba, en este detalle era sincero, sino que con gran habilidad sabía adaptarlos, dándoles su toque personal, para hacerlos accesibles -y apetecibles- a los poco exigentes lectores actuales.

Bien mirado gracias a él estas vetustas historias gozaban de una segunda vida literaria por más que, -nadie es perfecto, Krull *olvidara* compartir la gloria, siquiera de forma simbólica, con sus difuntos mentores.

-Es demasiado largo para poderlo leer ahora -me disculpé, aceptando tácitamente su explicación-. ¿No podrías resumírmelo en pocas palabras?

-Está bien -suspiró abatiendo los tentáculos superiores con resignación-. Se trata de un robot que vive en un apartado y atrasado planeta. Lleva allí una vida tranquila y aburrida, y se entretiene leyendo novelas de ciencia ficción. ¿Sabes a qué me refiero?

Asentí.

-Te has *inspirado* ya en varias de ellas -respondí mordaz-. Eran antiguos libros que hablaban de viajes espaciales, imperios galácticos y cosas así... escritos por lo general en planetas que todavía no habían desarrollado la navegación interestelar ni, en ocasiones, tan siquiera la interplanetaria. Pero los supiste aprovechar bastante bien.

Krull hizo caso omiso de la pulla.

-Resulta que el robot lee tantas novelas que se acaba creyendo lo que se relata en ellas. Se vuelve loco y...

-Un momento -le interrumpí-. ¿Cómo puede volverse loco un robot? Si se desajusta su cerebro positrónico se le manda al taller y...

-Es que en ese planeta los robots han logrado emanciparse convirtiéndose en ciudadanos. ¿Te gusta mi innovación? -sonrió cromáticamente-. Así pues no hay nadie que le pueda mandar al taller, y como él no es consciente de que está loco...

-Bien, el escritor eres tú -concedí con relucencia; por mucho que me costara reconocerlo, el muy puñetero tenía un instinto infalible para ofrecer a los lectores justo aquello que éstos querían leer-. Continúa.

-El caso es que cree ser uno de esos héroes fantásticos que surcan el universo combatiendo contra emperadores malvados y rescatando doncellas de las garras de espantosos monstruos...

No pude evitar que la risa pusiera a reventar todos mis cromatóforos. Tan sólo en las regiones más bárbaras y atrasadas de la galaxia se sigue dando importancia a la forma física, ya que la diversidad de razas, morfologías y metabolismos era tan enorme a lo largo y ancho de la galaxia que el concepto de monstruo ha quedado reducido desde hace mucho a un olvidado arcaísmo.

-Por supuesto el recurso a los monstruos es deliberado -explicó adivinando mis pensamientos-. Ten en cuenta que quiero resaltar lo absurda y ridícula que es su locura, precisamente es ahí donde radica la gracia de la novela.

Me limité a adoptar un color neutro, guardándome para mí la duda de si esa idea era original suya o si se la habría *inspirado* también su anónimo e involuntario *colaborador*.

-Funcionará -me tranquilizó. Y lo malo era que solía llevar razón-. Así pues, se equipa con unas antiguas armas de sus antepasados que encuentra olvidadas en el desván de su residencia, rescata un decrepito yate hiperespacial que estaba a punto de ser desguazado, y se lanza a *desfacer entuertos* por los planetas vecinos. Lo de *desfacer entuertos* -aclaró sin

que yo se lo preguntara- se me ha ocurrido a mí, ya que le da un toque antiguo bastante original. Claro está -continuó- que lo único que consigue es meter el tentáculo una y otra vez acabando en las situaciones más peregrinas, pero el pobre robot loco no es consciente de que se están riendo y se aprovechan de él, por lo que sigue adelante convencido de que está salvando al universo.

-¿Y no hay nadie de su entorno -la palabra *familia*, aun dentro de la enorme diversidad de formas que adopta este concepto social en las diferentes culturas galácticas, no me pareció correcta para aplicársela a un robot- capaz de impedirle que cometa esos disparates?

-Sí, claro que los hay, pero no pueden evitar que se escape de su planeta y dé rienda suelta a sus locuras; al final le acabarán encontrando y llevándole de vuelta a su planeta, por supuesto, pero mientras tanto se verá inmerso en muchas aventuras, más que nada porque si no, no habría novela. Pero -su piel adoptó un tono exageradamente formal- tampoco estoy dispuesto a contarte ahora todo, porque quiero que lo leas.

-Lo leeré por completo, no te preocupes; sabes que siempre lo hago. Lo que me choca es que pueda ir solo, vagando de planeta en planeta, sin nadie que lo defienda de las consecuencias de su locura.

-Es que no está solo; el argumento es mucho más complejo que lo que te estoy contando, pero como te empeñaste... -me recriminó tentacular y cromáticamente.

-Déjame adivinar. Lleva un compañero que le sirve de contrapunto e intenta evitar en lo posible sus descabros... los de ambos.

-Así es -respondió satisfecho-. Se trata de un *rústico*, otro arcaísmo que he inventado, de pocas luces pero a su manera muy pragmático, al que seduce con promesas de poder y riquezas que, claro está, nunca va a conseguir. Imagínate que incluso llega a prometerle el cargo de gobernador de algún planeta. También he intercalado episodios cortos en la narración principal, para darle así mayor riqueza y profundidad.

-La verdad es que tal como lo cuentas promete -en realidad no era toda la verdad de lo que pasaba por mi mente en aquellos momentos, pero tampoco quería precipitarme antes de haber leído el libro-. Déjame un tiempo para que lo lea y te cuento.

El resto es historia. Pese a mis dudas -no me refiero a las iniciales, sino a las posteriores- acabé recomendando su publicación, más por temor a que el irascible Krull se enfadara y acabara llevando el libro, y con él todos los posteriores, a otro agente literario - que sin duda le recibiría con los tentáculos,seudópodos, pedúnculos, palpos, antenas o cualquier otro tipo de extremidades abiertos-, que por verdadero convencimiento de que fuera tener éxito.

Por suerte para mí me equivoqué por completo y la disparatada historia del robot loco que recorre el universo *desfaciendo entuertos* -es curioso como esta extraña frase ha cuajado en el lenguaje popular- ha llegado a ser, como es de sobra sabido, uno de los mayores éxitos literarios de la galaxia de todos los tiempos de los que existe registro. Gracias a ello Krull se ha convertido en uno de los especímenes más acaudalados de la mitad de los sectores galácticos, y merced a mi comisión habitual tampoco me ha ido a mí nada mal.

Aunque más de una vez he estado tentado de retirarme, finalmente decidí mantenerme en mi puesto algún tiempo más... al menos hasta que Krull termine la segunda parte del libro que actualmente está escribiendo; siempre y cuando, claro está, no decida escribir también una tercera.